GUILLERMO MENESES

La mano junto al muro

El falso cuaderno de Narciso Espejo



Prólogo
ARMANDO NAVARRO

BIBLIOTECA BÁSICA
DE AUTORES VENEZOLANOS



1ª edición en Biblioteca Básica de Autores Venezolanos, 2005

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
La pesca en la laguna negra, s/f
ISABEL RIBAS
100 x 150 cm

DISEÑO DE COLECCIÓN
Marisela Balbi

DISEÑO DE PORTADA
Helena Maso

COORDINACIÓN DE LA BIBLIOTECA
BÁSICA DE AUTORES VENEZOLANOS
maryaedith garcía fuentes

COORDINADOR DE LA EDICIÓN
David Morey

Código postal, 1010, Caracas, Venezuela
www.literatura.org.ve

Apartado postal 70712, Caracas, Venezuela
Telefax (58-212) 263.8508
maelca@telcel.net.ve
www.monteavila.com.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal Nº lf 5002005800817
ISBN 980-01-1279-9

El falso cuaderno de Narciso Espejo

(1953)

Primera Parte

EXPEDIENTE DEL CUADERNO Y DEL RECUERDO

Documento «A»
EXPLICACIÓN DE JUAN RUIZ

Intento explicar el porqué de este trabajo; decir la razón que me guió para inventar las falsas memorias de Narciso Espejo. No en balde he dedicado tanto tiempo a esta tarea y considerado como algo más que un juego literario la decisión de dibujar la vida de Narciso, compañero habitual durante unos cuantos años de existencia.

Comienzo por explicarme a mí mismo. Lo creo de absoluta necesidad, porque poco puede valer el testimonio si se desconoce al testigo. No se entienda con ello que pretendo que el «cuaderno de Narciso Espejo» es importante por lo que de mí lleva. Mi intención es la de darme a conocer antes de comenzar a transcribir los datos relativos a Narciso, a fin de que mi testimonio sea apreciado en su valor exacto, dadas las características de quien lo rinde.

Para ningún juez vale igual el dicho de un hombre airado, la temblorosa confesión de un niño aterrorizado o el sereno discurso de un ciudadano respetable. El juez ha de pensar que las palabras del primero expresan la realidad desfigurada por las neblinas de la cólera y que la versión infantil tendrá esa delicada imprecisión, propia del juicio extravagante de un muchacho temeroso que suele dar importancia a muy pequeños detalles mientras olvida acontecimientos que aparecerán como parte esencial en la exposición del adulto sereno y consciente.

Así, como quiera que voy a rendir declaración sobre la vida de Narciso Espejo, creo necesario dar sobre mí relación previa que sirva de punto de referencia para evaluar mi propio testimonio.

Es posible que todos estos párrafos sean considerados por el lector como inútiles, ya que es sensato suponer que mi juicio sobre mí estará siempre falseado por evidentes consideraciones de amor propio. Quien así piense buenas razones tiene, ya que la condición del amor propio no falta en caso humano alguno. A pesar de ello, trataré de decir las cosas con la más rigurosa exactitud, sin traer a mis frases matiz de excusa, intento de juicio personal que pudiera influir en la simple enumeración de los hechos que, en su conjunto, dan aviso sobre mi personalidad.

Soy, en cierta manera, escritor. Digo *en cierta manera*, porque no es la literatura actividad de la cual deriven mis medios de subsistencia; ni siquiera he logrado esa aldeana seguridad que produce la pequeña gloria formada por las favorables opiniones de la ciudad donde hemos nacido. Dentro de un pequeño grupo, mis trabajos literarios son considerados con benevolencia (Narciso Espejo los estima como valiosos) pero publico muy de tarde en tarde y sólo mínimos comentarios y crónicas líricas —alguna vez una leyenda o pequeño relato— lo cual ha dado lugar para que un virulento periodista haya dicho que soy «más estítico que estético». (Esteta quería decir el vulgar chupatintas.)

Este «cuaderno de Narciso Espejo» —encabezado por el exordio o explicación que ahora escribo— es la única tarea de largo aliento a la que me haya dedicado. Mis actividades de secretario en el almacén de Pérez Ponte suponen escasos ratos de ocio, a pesar de que son consideradas por mi patrón como generosa canonjía concedida

por razones de amistad. Añado que no es muy grande la soldada, aunque da para mis gastos, escasos gastos de solterón.

He aquí un dato relativo a mi persona que es imprescindible tomar en cuenta: soy solterón y seguramente cerraré los ojos en el gesto de aceptación de la muerte sin que mujer alguna acompañe el instante final. He pasado ya la cuarentena y, desde hace tiempo, miro a las mujeres como animales cuyos adornos, palabras y costumbres me producen curiosa hilaridad o como sitios donde se abandona alguna noche la inquietud que el sexo procura.

Dejando a un lado esas consideraciones, puedo decir, escuetamente, que soy un solterón. Un hombre que, ante las mujeres, adopta en seguida la actitud de lejanía y timidez que permite que ellas me consideren desprovisto de interés, desde el punto de vista de la coquetería, aunque digno de una sana amistad y, en el peor de los casos, capaz de recibir confidencias y de conversar sobre problemas literarios a los cuales puede enredarse, en determinado momento, una serie de alusiones a sucesos personales, familiares, íntimos.

Soy solterón y —en cierta manera— escritor.

Mis conocimientos son, al mismo tiempo, escasos y prolijos. Sobre algunas materias tengo conceptos e ideas precisos; de otras, desconozco hasta el significado. Confieso, por ejemplo, mi ignorancia sobre la palabra LOGOPEDIA. Hombre formado sin disciplina de estudios, mi máquina razonadora ha sido organizada de acuerdo con lecturas apresuradas e insuficientes.

Vengo de un mundo árido y procaz, donde la idea de Dios estaba mezclada al precio de las velas que se quemaban en la iglesia del pueblo. Podría decir que, para mí, la túnica de Cristo estaba manchada por sucios goterones

de esperma. Las palabras hechas para designar en la mayoría de las bocas conceptos teóricos de absoluta pureza son, en cambio, en mi razonar, relaciones de grave mugre humana.

Decir que mi tío Monseñor Ruiz es el responsable de esa trágica mescolanza sería tan injusto como suponer que las monstruosas alianzas de lo divino y de la podredumbre (en cuya marejada se movieron mi infancia y mi adolescencia y contra las cuales se alzó mi juventud) corresponden a innata propensión de mi naturaleza.

Lamentable constatación la de que aquel ambiente influyó sobre mi mente de tan poderosa manera que ha conservado en mi recuerdo el misterioso encanto de las zonas peligrosas hacia las cuales tiendo irrevocablemente. A lo largo de mi vida he pretendido de continuo negar cualquier posible lazo con aquellos sombríos rincones de mi infancia. He negado la imagen de Dios manchada de humanas apetencias igual que he negado el místico ímpetu de ascensión hacia lo divino apoyado en podrida materia. Temo frecuentemente que fango y misticismo continúan acompañándome.

Mi interés por la persona de Narciso Espejo está basado en que Narciso posee muchas experiencias parecidas a las que dirigieron mis pasos de niño y de joven, aunque los resultados hayan sido muy diferentes en su vida y en la mía.

Narciso es un hombre sereno; su existencia, la de quien tiene junto a sí lo que le agrada; su trabajo apreciado siempre con justiciera estimación. Un hombre para quien los goces de la vida son presa que se defiende gozosamente, después de haberla obtenido con audacia y decisión. Su esposa es bella, fina, de grata conversación

que le ilumina el rostro de simpatía e inteligencia, sus hijos son hermosos, robustos, cariñosos, de buena disposición para el estudio.

Narciso representa lo que yo hubiera podido ser si, en determinadas circunstancias, hubiera actuado de manera normal y no como embelesado individuo que espera que la vida venga a ponerles entre las manos sus frutos. (En esto me parezco a otro amigo —José Vargas— contra el cual, además, guardo definidos rencores, por actos que no tengo por qué relatar aquí.)

Narciso y yo estuvimos juntos en algunos acontecimientos que ambos creímos importantes en determinado momento. Una serie de hechos llevó a realidad Narciso sobre los cuales puedo dar fe, ya porque los realicé junto a él, ya porque me llamó a que los conociese, ya porque me los contó en una y otra oportunidad con detallada minuciosidad. Estos actos constituyen —en su conjunto— la lucha de Narciso contra sus fantasmas, la que lo llevó a obtener el luminoso espejo de sí mismo que es hoy su mujer, a quien yo he llamado La Luminosa, porque su carne parece iluminada de lumbre interior.

Esa mujer ha podido ser mi mujer, como cada uno de los actos de Narciso ha podido ser mío, ya que todos estuvieron dentro de las posibilidades de una vida tan semejante a la mía.

La verdad es que, aun cuando fabriqué las mismas acciones que él, los resultados fueron totalmente contrarios, aunque las bases, razones y voluntades fuesen aparentemente idénticas. Me explico: he pensado muchas veces que debería actuar conforme lo ha hecho Narciso; otras veces lo he acompañado como cómplice, como testigo. Nunca hemos obtenido parejas consecuencias. Para él ha habido

siempre un desarrollo de acontecimientos armonioso, agradable, sensualmente finalizado en la grata sensación de reposo que corresponde al cumplimiento de un hecho simple y normal. En mí, al contrario, cada paso ha estado marcado por el peso de la angustia, por un reseco gusto de ceniza, por una tristeza de suicidio.

Una vez en mi vida intenté bailar con la mujer cuyo nombre es aún la forma de mi deseo. Al hacer los primeros pasos, mis piernas se enredaron a las de ella con tan torpe violencia que Lola cayó sentada sobre un pote de helechos que limitaba el terreno de la danza. Nunca le he hablado de mi pasión. Frente a ella, jamás he podido sentir nada parecido a lo que llaman amor. Sólo cuando no está presente su imagen sintetiza pasión y amor.

Solterón, escritor en cierta manera, comentarista de la obra ajena, los movimientos de mi razón y de mi sentimiento se corresponden en un pequeño mundo fabricado a mi medida, sin precisa relación con esa serie de apariencias a la que llaman realidad.

Los años han pasado sobre mi existencia y actividades de mi espíritu han formado parte de acontecimientos que, en determinado momento estrujaron mi corazón. Pasado el tiempo han resultado poco importantes esos sucesos; mucho menos valiosos que las otras aventuras del alma, forjadas con materiales de falsedad, con apasionadas exageraciones, con imágenes de alcohol.

Poco he hecho en la vida; nada, acaso. He vivido de experiencias cuidadosamente fabricadas. Tempestades las tuve, como también incendios, catástrofes, depresiva melancolía, lo mismo que instantes de goce, de alegría, de optimismo; pero, si quisiera reproducir en documentos el momento que ardió de pasión, difícil me sería encontrar

prueba alguna de lo que fuera actividad personal. Nada hay, sino los velos de la imaginación.

A veces pienso que, frente a mí, desde mi mesa de trabajo, las hojas de calendario han ido cambiando sus números, indicando la pacífica sucesión de los días semejantes, hechos de la misma sustancia rutinaria.

Si mi estado de ánimo correspondía a la inquietud durante unas horas, si mi corazón pudo sentirse algunos momentos como caballo tenso en su poder, dolorosamente retenido por las riendas de una voluntad dudosa de sí misma; si la alegría sonaba un dulce aire de fiesta como las yerbas de mi pensamiento; si en las regiones que limitan mi personalidad podía encontrarse —un día u otro— la rabia, el desconsuelo, la gozosa embriaguez o la tierna melancolía, ninguno de esos movimientos tuvo relación jamás con un hecho concreto.

Es posible que, en realidad, yo haya dejado de vivir hace mucho tiempo.

Sobre tal pensamiento, escribí hace tiempo unos párrafos que no puedo dejar de consignar aquí. Digo:

> ¡Que escuchen las muchachas, los amigos, la palabra que me dicta la Muerte! Cuando yo muera (y es que, creed, ya he muerto) no digáis ¡atención, que ha muerto Juan el compañero! Es que —creed— ya he muerto. Desde hace mucho tiempo es la Muerte quien dice con mis labios las palabras que escuchan los humanos; esas palabras que señalan las cosas como un dedo sonoro: esta es la rosa, esta es la nube, esta es la luz del sol. No soy (creedlo que ya he muerto) quien cuenta y determina las formas de la vida...

Acaso por esa idea de estar muerto he pretendido recoger mis recuerdos. Como poco he podido encontrar en mi propia experiencia, los actos de Narciso Espejo han tomado el lugar que los míos debían ocupar. Como ya he dicho que Narciso tuvo actividades semejantes a las mías, mi testimonio sobre esos sus actos es válido a pesar de que resultados tan diferentes en uno y otro caso pudieran hacer creer a cualquiera que mis posibilidades de observación y razonamiento pueden estar oscurecidas por la envidia.

No hay tal.

Tan convencido estoy de la igualdad de experiencia, que podría contar su vida como si fuese él el narrador. Podría cederle el «yo» de mi relato con la mayor naturaleza. Decirle: «Narciso, aquí tienes la pluma. Comienza...».

Documento «B»
EXPLICACIÓN DE NARCISO

He retardado durante muchos años la iniciación de este trabajo autobiográfico. Desde hace tiempo sentía la necesidad de escribirlo y, probablemente, ese sentimiento de necesidad me presentaba la tarea de tal manera importante que me parecía exigir la mayor preparación.

Pretendo sentir la más sincera emoción al escribir estas páginas. Podría decir que quiero —con voluntad orgánica, de huesos, de nervios, de vísceras— confesarme: dejar en el papel la marca de mis experiencias como si el momento actual de mi vida tuviese la certeza de que mis actos tienen una intención, cuya exacta inteligencia significa mucho, tanto para mí como para los demás hombres.

Creo sinceramente que mi capacidad para comprenderme y para comprender a los demás es particularmente fina y que por ello, mis actividades —expuestas con minuciosa claridad— pueden ser consideradas en su conjunto como un ejemplo.

No quiero decir que me enjuicio como prototipo de la especie humana; por el contrario, creo que mis facultades de análisis son extraordinarias y me ponen en capacidad de realizar obra de carácter excepcional sin que, por ello, me conviertan en un ser excepcional. Soy diferente de los demás hombres dentro de la diversidad normal de todos los hombres. Lo que me distingue

es —justamente— mi poder de observar, desmenuzar y conocer. Por eso, si mi vida no se ha realizado a través de acontecimientos heroicos o maravillosos, tiene, como especial característica, la presencia de un testigo permanente, admirable de sagacidad.

Tal ha sido razón suficiente para que mis compañeros de camino, casuales o habituales, me hayan opuesto cierta voluntad de huir, un esbozo de miedo que corresponde, sin duda alguna, a la intuición de que yo estoy unido a ellos por una especie de interés que podría considerarse científico, pero que se confunde, frecuentemente, con la más impertinente curiosidad.

He tenido vocación de espejo, cuyas precisas imágenes resultan insoportables para la coquetería y el amor propio. Yo mismo he procurado no dirigir contra mí el azogado cristal de mis análisis. Me ha divertido dibujar y copiar personajes, ambientes y situaciones que no tuvieran la menor semejanza conmigo o con mis experiencias.

Hoy, en cambio, siento la atracción del espejo. No pretendo que otras veces no haya mirado el ambiente que me circunda y la atmósfera que produzco con mis actos, pero he guardado mis observaciones con gesto de pudor, dentro de un supuesto archivo que estaba ordenado y en regla para ser utilizado un día. Ese día que hoy, al fin, ha llegado.

Efectivamente, deseo decir mi verdad ahora. Siento que mi vida merece ser contada. He decidido escribir los reflejos de mi recuerdo, mi biografía.

Naturalmente, será una falsa biografía. En materia literaria he tenido siempre prejuicios de muy diversa índole. Los «diarios», por ejemplo, me han parecido —sin excepción alguna— desagradablemente sospechosos. El escritor decidido a dejar un recuerdo que valga como obra de arte,

el escritor decidido a convertir su vida en documento interesante, me produce el desagrado que siempre he tenido ante los disfraces. Jamás he soportado los alardes que fingen sinceridad para esconder con mayor cinismo la mentira. Los escritores que escriben en primera persona me llegan bajo apariencias que suponen la mayor desconfianza.

Sin embargo, este relato que comienzo hoy no admitiría otra forma que la confidencia, aunque esa forma me sea desagradable.

Naturalmente será una falsa biografía. La dosis de mentira está rigurosamente calculada. He fabricado esta «mi vida» de fuera hacia adentro, a lo largo de un plano trazado en sus líneas generales con exactitud de dibujo matemático, apoyado en la seguridad de que hay detalles que iré descubriendo a medida que haga el camino ya previsto y fijado.

Bien sé que algunos de los que lean mi historia se asombrarán de las muchas falsedades que contiene. Lo sé. Por esa razón he tenido siempre la mayor desconfianza con respecto a los «diarios». Pero nadie puede conocer mejor —en lo que a mí respecta— cuándo una mentira es más auténtica que la verdad. El reflejo, inteligentemente preparado, puede ser más valioso que la verdad. Más valiosa aún, la presencia entrevista de lo que se quiere ocultar.

Para hacer frente a esas objeciones, he escrito:

> El tema es indeciso como un reflejo. Para guiarme poseo un antiguo documento. (Supongo tenerlo.) Pero también presumo que en el texto ha podido haber falsificaciones o, más aún, que lo que poseo es una copia del documento primitivo en la cual se ha interpolado multitud de datos falsos, acaso por picardía y ligereza, acaso por perversa intención.

En lo que el documento mismo se refiere, acepto diversas teorías, relativas tanto al fondo como a la forma. Puedo suponer que se trata de un libro de memorias o de un pergamino donde está dibujado un mapa o de un trozo de materia poco definible, encerrado en una botella que arrojó al mar un navegante perdido. Puedo decir también que se trata —nada más— de las imágenes guardadas en el fondo de un espejo.

Si me atengo a la teoría del pergamino bien sé que el mundo adonde voy a llegar es el mismo que construyo con mis palabras cuando fabrico la historia —las historias— de mi vida.

Sé que sentir verdad todo lo que voy escribiendo es tan absurdo como negarle toda posibilidad de certidumbre.

Lo más grave del caso está en saber que el documento —mapa, pergamino o reflejo en el cristal— ha sido adulterado y continúa sufriendo en su estructura añadimientos y enmendaduras, que son patentes las falsificaciones, porque esa circunstancia implica mayor posibilidad de fe: toda falsificación supone un original, interesante —entre otras razones— porque mereció corrección y engaño.

Conozco el país donde voy a llegar. Es el mismo que estoy dibujando en estas líneas.

Aparte imaginerías literarias, sé que estoy trabajando sobre un material que se me escapa; tengo que ayudarme a mí mismo para lograr la más estricta comprensión de los datos que poseo. Trato de realizar el esquema de la lucha que he sostenido contra mis fantasmas. He vencido alguno de esos monstruos al incorporarlos a mi existencia; otros se me han escapado y no sé si están muertos ya que, alguna

vez, he creído sorprender atisbos de sus movimientos, como voces que hasta mí llegan desde mundos que desconozco.

Comienzo mi historia.

Mi nombre es Narciso Espejo.

Doy por supuesto que nadie entenderá que esas palabras constituyen un nombre como los demás. Al decir que me llamo Narciso Espejo esbozo una definición y no doy un dato para la cédula de ciudadanía. Mi nombre se mira en mi apellido. Para explicar por qué me llamo Narciso Espejo escribí una vez una leyenda que voy a transcribir enseguida.

LEYENDA DE NARCISO

El hecho de que Narciso viviera de modo diferente a los demás se comentaba por todos malévolamente. Tanto las comadres del pueblo como los conspicuos ciudadanos, tanto los hombres trabajadores como los que podían ser considerados importantes personajes, tanto sus compañeros de edad como las mocitas en flor, expresaban su inconformidad a propósito de la inútil existencia de Narciso. Vigilaban lo que ellos consideraban como absurda y negligente actividad y se enfurecían al comparar las conclusiones a las cuales llegaban como resultado de su espionaje.

En las tertulias de la plaza y del comercio se comentó abundantemente la versión que establecía cómo Narciso había iniciado algo muy parecido a una relación amorosa con la fuente del bosque, con la arremansada poza que el mozo visitaba a diario.

Había en la existencia de Narciso muchos elementos difícilmente comprensibles para las gentes que vivían

junto a él, pero la contemplación de la fuente fue el principal motivo de murmuración. Muchos curiosos lo seguían en sus paseos y observaban sus actos.

Los que —ocultos tras un árbol— lo miraron al lado de la fuente, pudieron ver que hacía algo parecido al diálogo entre Narciso y el agua. Al menos, los labios de Narciso se movían como si dijese secretos de amor sobre la piel del agua.

Estas malévolas elucubraciones eran tanto más dignas de atención cuanto que Narciso había sido muy querido por todos durante largos años. La airosa disposición de su cuerpo y su sencilla cordialidad habían sido la causa de esa cariñosa admiración.

Nunca fue trabajador. Las pequeñas faenas que cumplían los demás niños, jamás fueron aceptadas por él. Un gracioso ademán, una sonrisa, le bastaban para que el trabajo fuera encomendado a otro. Pero poseía una especie de fuerza serena y se aceptaba que no cumpliera las tareas a otros exigidas, porque se esperaba que habría de realizar algo, impreciso pero muy valioso.

Es probable que el simple espectáculo de la belleza de Narciso fuera suficiente a los ojos de las gentes de la aldea, como contribución del muchacho a las actividades de la comunidad; es posible que le satisficiera el pensamiento de que iba a ser activo amante y a endulzar así la vida de muchas mozas cuyo único destino posible era el de ser amadas.

La verdad es que todos esperaban lo que había de ser el chico cuando entrase a la virilidad y por ello fue especialmente doloroso que el adolescente se retirara a su hosca soledad, se hiciera ajeno a todo contacto,

suprimiera sonrisas y cordiales gestos e iniciara la costumbre de sus conversaciones de amor con la fuente del bosque.

Alguien llegó a decir que Narciso había descubierto las presencias femeninas que hay en toda corriente de agua.

Otros dijeron que, por el contrario, era Narciso quien tenía dentro condiciones de río o de remanso que lo obligaban a buscar la serena correspondencia del agua empozada. Otros pretendieron —cansados al fin de tener que hilar tanta sutileza de cariño en sus explicaciones— que el amor de Narciso era simple juego solitario, de toma y daca consigo mismo.

La relación con sus vecinos se agriaba de insinuaciones, de gritos, de chistes. Es posible que todo ello constituyera una nueva forma de la antigua ternura cordial. Las gentes de la aldea no se habituaban a que se les escapase aquel chico en redor del cual habían tejido tantas esperanzas. Si les había pertenecido desde la infancia, si los graciosos gestos infantiles habían formado parte de la propiedad común como un adorno —igual, digamos, que el vuelo de las hojas en la brisa o el sonido de una flauta pastoril diluido en el brillo de la luz—, también les era imprescindible asegurar para sí los pasos del futuro hombre, estar ciertos de que los gestos del varón maduro adornarían también la vida de todos.

Narciso hubo de escuchar cuchufletas impertinentes, fabricadas con cuidadoso celo, como aguijones que debían provocar la confidencia; nada lograba la insistente curiosidad oculta tras las impertinencias. Hasta que aquella mocita —linda compañera otrora en los infantiles juegos—

se acercó para recriminarlo. Lloraba la niña y entre sollozos repetía frases que le habían enseñado a decir, palabras cuyo significado desconocía.

—Que estás enamorado del agua.

—Que tienes querida fresca.

—Que te abrazas al cuerpo de la fuente.

—Que de tanto acariciarte se van a dañar tus manos.

Lloraba la mocita su desconsuelo. Narciso la miró como si fuese la poza del bosque hecha mujer, brillaban los arroyos de las lágrimas sobre la mejilla como si corrieran sobre la más dulce arena. A ella se confió:

—Sucede que me busco a mí mismo en la fuente. Algunas veces he dudado si lo que me agrada es mirarme allí por el solo placer de contemplarme. Te digo que no es eso. En el espejo del agua encuentro mis recuerdos. Los hechos que he vivido y se han grabado en mi pellejo se me hacen presentes cuando los miro en la imagen que el agua me da —y me toma—. Suponer que esto es cosa de amores es absurdo. Suponer que yo me escondo para lograr el placer de mi carne y ver mi goce en los reflejos es igualmente tonto y perverso. Lo que yo busco en el agua es todas las preguntas a las que debo dar contestación.

Tal es la leyenda que explica por qué me llamo Narciso Espejo. Digo de nuevo que ahora comienzo mi historia.

O mis historias.

Documento «C»
EL CUADERNO APÓCRIFO
Teoría de los espejos

Si me preguntasen de dónde vengo diría que, cuando comienzo a halar mis recuerdos, ellos mueven la luz de brillantes crepúsculos donde retumban graves campanadas, se desgranan escalas musicales, tiemblan vuelos de pájaros entre las frutales nubes del atardecer, frente a la alta montaña severa.

Las calles que limitaban algunas de mis caminatas infantiles tenían el adorno de los gorgoritos de la Escuela de Música y del toque de Ángelus en la Santa Capilla.

Si me dedicara a cazar las imágenes de entonces, podría pensar en las fronteras de miseria que eran los callejones del barrio cercano, en la sombra de la escalera, en la lámpara azul del salón, en el negro brillo del piano, en la dulce penumbra de la presencia maternal.

Todo perfectamente inútil porque no me agradan las enumeraciones en materia literaria y porque nada de ello diría nada. ¿Qué son al fin los recuerdos?... Si se los toca ya no existen; sus reflejos sólo tienen valor en cuanto guardan la posición exacta del instante en el cual eran espejos de la realidad. Traerlos a la memoria es moverlos de su sitio, cambiarlos del campo de visión que frente a su momento tenían. Un espejo sólo puede reflejar lo que tiene delante. Por lo tanto, los recuerdos no existen. El tiempo es enemigo de todo

espejo. Y yo también, porque comienzo a ser viejo, lo que es comenzar a ser tiempo.

Sin embargo, bueno es pretender que se recuerda; decir que los recuerdos sirven para algo; engañarse y engañar, ocultando que sólo son fantasmagorías que en cada quien tienen su origen, su asidero y su final: sombras que en algún momento pueden parecer más eficaces que la realidad.

Porque bien cierto es que hay un mundo de ternura, de asombro, de milagro en estas sombras del espejo, tanto más atractivas cuanto más sinceramente evocadas. La vieja fábula de Narciso y su moderna complicación admiten una famosa vuelta más. No es sólo que Narciso llore por lo que de él mire la fuente ni que entristezca la fuente porque Narciso era su desaparecido espejo. Sucede que la imagen de sí mismo contemplada por Narciso en los remansos del agua no es ya Narciso solamente, sino que a ella está unido un misterio, extraño tanto a Narciso como al agua de la fuente. Ese misterio es lo que puede llamarse «espejo del espejo».

Igual sucede en el recuerdo. Hay allí un misterio que no nos pertenece, aunque esté ligado a lo que fue nuestro espejo en el instante que una vez vivimos.

Puedo decir que no hay recuerdos igual que puedo decir que no hay sueños: los sueños son los espejos del futuro. Sólo el presente es el misterio suspendido entre sueños y recuerdos, como insignificante certeza que copia el doble reflejo del pasado y del futuro, el sitio donde se observan los rostros iguales de la memoria y del deseo.

Toda esta palabrería corresponde, esencialmente, a la convicción de que he llegado a un modo de vivir que no permite siquiera ponerme a jugar con los recuerdos.

Un elemento razonador anda molestando allí, convertido en maniática forma de ordenamiento y explicaciones. Ese elemento razonador es un velo más entre el recuerdo puro y el hombre de hoy.

A pesar de todo lo cual, si me preguntasen de dónde vengo, diría que el sitio de mi nacimiento está iluminado por brillantes crepúsculos donde se cruzan graves campanadas, vuelos de pájaros, escalas musicales, junto a la sombra de una montaña venerable. Dentro de la casa hay una lámpara azul sobre el negro brillo del piano. Y está la penumbra de la falda maternal. Hay más: hay dos ángeles —dos aladas figuras fabricadas en blanca materia— inclinados al borde del callejón que sube al Cementerio de los Canónigos. Junto a esos ángeles se hizo una vez la escena de un duelo a balazos. El Elegante llamaban por sobrenombre a uno de los que murieron en ese desafío arrabalero. Mi padre contaba esa historia. Los hilos de mis recuerdos me llevan hasta allá, como me llevan hasta oscuros seres sin nombre y hasta la frente majestuosa de una montaña en cuyos lomos se alzan las casas de la ciudad donde nací. Una ciudad de luz que se llama Caracas.

Si dijese que recuerdo todo esto mentiría. Más exacto sería decir que, cuando pienso en estos detalles, en estas circunstancias, los creo una vez más y que en ellos está presente la silueta de un niño cuyo nombre es el mío. El molesto elemento razonador asoma las narices en todos mis actos, desde hace un buen poco de tiempo. El pensamiento pretende meterse en delicados vericuetos, conocer las cosas en su estricta verdad, en el límite preciso de sus matices y ese afán de minuciosa curiosidad dirigido contra mí mismo conduce en la mayoría

de los casos a una mezcla de disfraz y espejo francamente desagradable.

Digo que hay en mí un elemento que pretende conocer las cosas en su límite exacto y ello aparece, a primera vista, como un movimiento generoso de la inteligencia. En fin de cuentas, deberá ser tomado como el más simple egoísmo.

Conocer exactamente las cosas que nos rodean, los pensamientos que llevamos dentro, no es más que voluntad de definirse en la capacidad de conocimiento.

Cuando digo que el papel sobre el cual escribo es blanco y que la luz de la lámpara marca sobre él un círculo cuya luminosidad se va degradando sobre el grano de la página, me defino a mí mismo como hombre fijador de matices. Si caigo en la cuenta de que enorgullecerme de esa tarea es demostración de tontería, tal hecho ni añade ni quita valor a la función que desarrollo.

Es evidente que encuentro placer en dar noticia de mí mismo. Al hombre le gusta dejar huella —decir «aquí estuve yo»—, sobre todo si sus marcas están hechas sobre algún material interesante. Hay quienes inscriben sus iniciales en los palacios, en los monumentos, en los árboles de los parques donde encontraron a una mujer; otros prefieren las paredes de los urinarios y se quedan unidos a una intimidad de humano olor picante.

Yo prefiero decir que estoy presente en los crepúsculos, en los cielos encendidos de la ciudad donde nací, en las luchas que un niño llamado Narciso Espejo realizó contra los fantasmas que lo rodeaban. Prefiero dejar mi nombre en edificios de eternidad, en lo efímero de siempre, en la permanencia de lo que sólo dura un instante.

Cuando hablo de mí no lo hago porque suponga que soy el documento permanente, la pared en mármol del palacio de los héroes o el sucio tabique del mingitorio. Me imagino en función de los monumentos eternos sobre los cuales deseo vivir el mayor tiempo posible. Comienzo por describirme en mi ciudad.

Digo que la calle era un tanto jorobada, con barandal de hierros finos al borde de las empinadas aceras. Mucho tiempo se dijo que en la esquina más próxima había fabricado su morada el fundador de la ciudad, Diego de Losada. El recuerdo del niño Narciso Espejo no la representa como antigua y procera. La tarja en mármol que hace alusión a la presunta habitación del Fundador no ennoblece las casuchas pobres, las pulperías adornadas de letreros azules. En cambio hay un elemento de blanco vuelo. En las columnas, en los capiteles, en los jardines de la cercana Logia Masónica anidaban palomas, golondrinas, cucaracheros. Sobre sus alas se movía la tarde cuando echaban a volar.

Me imagino a mí mismo grabado en mi ciudad: la silueta de un niño que duerme en lo lejano de un brillante atardecer.

Para describirme como hombre tendré que imaginar a mi mujer. Diré que por tener la eternidad de su amor cambiaría hasta los oros solares que pintan los flancos de la montaña de Caracas y escogería la luz de su carne para grabar mi nombre; pero para hablar de mi mujer hace falta esperar. El niño que mi imaginación inventa ya la atendía y besaba su imagen cuando pensaba besar otros fantasmas. Ella estaba enredada a la luz de mi ciudad, entre palomas y golondrinas.

LA OTRA CIUDAD

Voy formando mi humana arquitectura con la lentitud de un maestro de obras que dirige el trabajo de sus albañiles. Lanzo hacia el pasado el anzuelo de la conciencia: regreso hacia las desdibujadas experiencias de mi vida; voy engarzando una escena apenas existente, el atisbo de un pensamiento, el ordenamiento de un mundo dentro del cual habían de caer mis pasos, la organización —hecha de acuerdo con las más precisas concepciones— de la cual había de formar parte Narciso Espejo.

Podría decir que, en mi redor, se alzaba una arquitectura metálica y ligera (como si estuviera formada con las sustancias del atardecer), ascendente desde sus bases de realidad hasta la encendida altura misteriosa del aire.

Había orden en aquella construcción: el orden de continuado brillo cuya definitiva brasa suprema era Dios y el edificio estaba formado por muros de nubes, finas paredes de luz, rampas que marcaban en circular escalonamiento las categorías, los grados del poder, la purificación de la bondad en su camino de vuelta hacia la perfección, hacia el sereno fuego de la divinidad.

Las diferentes etapas de la santidad estaban desdibujadas en lenta graduación. Se marcaban los límites —imprecisos pero ciertos— entre movedizas brumas transparentes, de ángeles a santos, de querubines a arcángeles, de arzobispos a papas, hasta llegar al escalón donde la Virgen colocaba su mano en la mano del Hijo y descansaba su cabeza en el seno de la Trinidad.

Aquel mundo que ascendía hasta el ápice de tranquilo fuego que era Dios, se asentaba en la vida de todos los días, en las oraciones dichas antes de acostarse, en los consejos,

en las lecciones. El muro de aéreo metal, formado por conceptos o ideas religiosas, se apoyaba en la casa misma. Dentro de la ideada pared cabían todas las cosas existentes, todos los seres reales o imaginarios, todas las normas sentimentales o ideológicas. La imagen del atardecer igual que la noción del pecado; el cariño por la madre igual que el espectáculo del agua en la botella de cristal; el interés producido por un cuento de hadas o una historia heroica igual que la pequeña luz encendida ante la imagen de San José.

Naturalmente, se suponía que había otras maneras de vivir y de pensar, otras formas de acción y de sentimiento, pero ellas pertenecían a la tiniebla que movía sus sombras fuera del muro luminoso en cuyo ápice se encendía el fuego de Dios, el sol divino.

Lo que formaba parte de la luminosa organización era lo correcto, lo bueno, lo hermoso. Lo que estaba fuera de ella significaba desorden, turbulencia, pecado.

Pero se podía estar cierto de que algo de la tiniebla lograba filtrarse hasta la luz serena. En el blanco mantel familiar podía encontrarse alguna vez una fea mancha de vino.

Si me atengo a los espejos del recuerdo, hay total separación entre uno y otro campo; pero si pretendo mayor rigor y detallado estudio, he de llegar a muy diversas conclusiones. Esto es lo cierto. Pronto lo veremos.

La oración iniciaba sus prodigios, su magia.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Era la voz de la madre la que guiaba el hilo de la plegaria y sus palabras creaban imágenes magníficas, brillantes personajes de oro y de cristal. Padre, tu nombre, tu reino. En escalones de poder y riqueza subía el niño

hasta el Cielo, hasta el trono resplandeciente donde fulgía la Trinidad, donde se unían en el Dios Único las Tres Personas del misterio.

—El pan de cada día dánoslo hoy...

La voz que decía la oración era tan dulce, tan suave, que dibujaba los pensamientos. Fabricaban la razón esas palabras de la voz... Los objetos nacían de aquella cantilena. El orden de las cosas, la blancura de las sábanas y el brillo de los utensilios que se usan para comer, los contornos de lo cercano, tomaban forma acordada con lo que decía aquella voz.

—Santa María Madre de Dios...

En torno a la figura que decía aquellas frases, a lo largo de las líneas que la voz inventaba, en torno a la penumbra que estaba en los lentos gestos, se creaban la ternura y el pan, la ropa fresca, la pelota de goma, las ganas de dormir.

Era grato, suave, dulce, todo lo que aquella voz designaba en el tono de la serenidad.

Yo existo por aquella voz.

Aquellas palabras crearon el primer suelo donde me moví y me señalaron el cielo del poder y de la santidad.

Ella —la madre— tendía en torno mío la arquitectura formada por altas murallas metálicas, por brillantes graderías tendidas hacia arriba en lenta ascensión hasta las puras estrellas. Un mundo dentro de cuya sustancia estaban colocados los personajes de la celestial jerarquía y de la importancia humana en sereno ordenamiento de grandezas. Ángeles, arcángeles, serafines y querubines asomaban las cabezas resplandecientes en aquella gradual organización de poderío en cuyo más alto círculo fulguraba, sobre la dulce cabeza de la Virgen María, la idea misma de la llameante Trinidad.

Digo que imagino ahora todo aquello, pero al mismo tiempo, puedo percibir en mi conciencia —en los espejos del recuerdo— el fino castillo amurallado que sobre el suelo de mis primeros años alzó sus muros ardientes hacia los cielos del misterio: la Ciudad de Dios.

DRAMATIZACIÓN DE LA CIUDAD DE DIOS

Pude pensar desde niño que los acontecimientos de todos los días, esos hechos que —dicen— forman la realidad de la existencia, son cosa muy distinta a lo que parecen.

Por ello buscaba razones de misterio para los actos más sencillos, imaginaba dudas y fabricaba hipótesis para explicar lo que no requería explicación.

Durante una época me ocurrió pensar que, en verdad, yo no era hijo de los seres que actuaban ante mí como padre y madre.

(«Pero, ¿qué importancia tiene eso?», me dijo un día José Vargas cuando le contaba esa parte de mis recuerdos en una conversación de juventud. «Claro que tú no habías sido testigo de tu nacimiento ni de tu procreación; pero si te ponías a pensar que es mentira lo que parece verdad, lo que haces es mentir otras verdades. Un juego demasiado bonito para que un niño lo estropee... y se estropee».)

¿Qué importancia tiene eso?...

Yo supongo que «eso» era terriblemente dramático y hermoso. Considerar mentira la realidad e inventar mentiras como quien inventa realidades era un juego, sí; pero un juego en el cual se jugaba la vida misma.

Llenaba mi soledad con gestos que sentía gestos de rey, gestos de obispo, gestos de santo, gestos de Dios. Llegué a imaginar: ¿es que, en realidad no era el Hijo

la divina porción de la Trinidad que se hizo hombre?... Si de la tierra de mis pasos ascendía hacia el infinito la muralla de ángeles y arcángeles hasta rodear y sostener la brasa donde María descansaba su serena grandeza en el misterio, ¿por qué no podía yo subir las escaleras de la muralla y convertirme en el Niño, en el Hijo?

Bien cierto estaba de que había una gran falsedad en las historias que me contaban. Sentía que me ocultaban muchos elementos y pensaba que si el cuento de Jesús había sido realidad una vez, podía repetirse después de muchos siglos un hecho que creara de nuevo el relato evangélico.

Hacía suposiciones. Tenía una Madre misteriosa y sagrada; si la Virgen así lo deseaba podía llegar a considerarme hijo suyo. Igual que mi madre de todos los días, la Madre celestial podía quererme como al hijo, acariciarme, besarme, rodearme de ternura. Si había sido posible el antiguo relato del pesebre, otro pesebre podía hacerse en la forma de la vida para que yo naciera de la Madre María.

Además del gran cuento del parentesco con Dios, había variadas posibilidades de crearme situaciones distintas a las de la casa donde vivía, a las de las personas junto a las cuales me movía.

Si me era posible acostarme en el raído sofá —el que estaba en el cuartucho de los muebles viejos— y si me era posible hacer gestos de litúrgicas bendiciones mientras susurraba latines eclesiásticos (extender hacia delante las manos y murmurar orate frates*), también era posible ser obispo o papa, como también convertirse en uno de los ángeles que doblaban sus alas entre los cirios del altar.*

Podía ser ángel no sólo porque me disfrazasen con túnica blanca y me colocasen los trozos de dorado cartón en las espaldas (lo que nunca habían hecho conmigo, pero sí con aquel rubio vecino de apellido Martínez), sino porque tenía en mí deseos de ángel, anhelo de estar entre nubes de incienso cantando las alabanzas del Señor; porque llegaba a tener ganas de descansar en el regazo virginal de María; porque bien podía ser ángel quien, en realidad, era Jesús, Jesús y Dios, engañado por los cuentos de quienes se decían sus padres y unido a esta tierra de luces, de campanadas, de vuelos de pájaros, cuando debía estar entre las altas nubes del cielo, en compañía de la Trinidad.

Si la realidad era mentira, si se podía imaginar una mentira y creer en ella, igual que en cualquiera de los misterios en los que la fe era obligatoria, ¿por qué no podía ser el Hijo de Dios?

Si podía llegar a suponer que todo lo que me contaban era mentira acomodada; si las narraciones de la Historia Sagrada contenían una enorme falsedad; si Dios era una idea bonita y nada más; si Jesús no fue jamás Mesías de ningún pueblo, ¿por qué no suponer que la verdad —oculta pero exacta— era que la sustancia de la divinidad, el milagro de Dios, estaban unidos a la carne y al destino del niño Narciso Espejo?

¿Se daban como buenas tantas versiones distintas?

Bien podía ser cierto que fuera yo el chico que nació en el pesebre de Belén, con derecho a ser adorado por todas las gentes del mundo. Podía considerar que la verdad de mi propio milagro había sido escamoteado bajo las serenas apariencias de una existencia parecida a las otras, dentro de una familia sencillamente idéntica

a las demás. Podía suceder que desearan evitarme el suplicio, la tragedia de la crucifixión. En tal sentido creía comprender como alusiones relatos que me hacían sufrir como si interviniera en ellos. «Antes de que el gallo cante tres veces, ya me habrás traicionado». Eso podía sucederme si en verdad yo era Hijo de Dios.

Otras veces, mis hipótesis se fabricaban dentro de la más firme ortodoxia. Las concepciones católicas me aparecían como ciertas. El metafísico edificio de la Ciudad de Dios existía, claro y perfecto en un magnífico ascenso hacia la brasa del misterio. Dentro de ese edificio valía como verdad el Amor. Esa forma de Dios que es su voluntad, su deseo, su sueño: el Espíritu Santo. Bastaba el deseo, el sueño, la voluntad de una de las Personas de la Trinidad para que yo pasara a formar parte del misterio, como adorno del triángulo milagroso, individuo unido al Cuarto Personaje, confundido con la Madre de Dios, la que llevó en sí a Dios y es por ello casi divina.

Igual que mis padres humanos, los padres celestes podían quererme y Dios mismo considerarme suyo —por razón de cariño—, perteneciente a su familia, pedazo del misterio que se quema en el cenit de la Ciudad de Dios, como corona abrasadora del edificio perfecto.

El viejo sofá, cuyos resortes saltaban entre la destrozada seda deshilachada, era país suficientemente amplio para servir de base a mis pensamientos.

Tendido allí podía ser obispo, mártir, héroe, rey.

Me echaba en el sofá, ceremonioso y solemne o montaba a caballo sobre el redondeado espaldar y susurraba salmodias semejantes a la que escuchaba en la iglesia (esos sursum corda, kirie eleison, dominus vobiscum *tan ondulantes y perfumados como las nubes del incienso) o decía frases ardientes y firmes de los personajes históricos —«He arado en el mar», «yo tampoco quiero mando», «si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro»— o recitaba los versos de aquel libro de poemas que había sido regalo de novios del padre a la madre.*

De igual modo extendía las manos en gesto de bendición, de dolor, de protesta, de poder, de cariño. O de vuelo, si es que era ángel. O de santidad, si había sufrido el martirio por defender el misterio de la eucaristía.

También creía conocer el gesto de Dios.

Aquellas verdades y las mentiras de todos los días formaban la vida del niño Narciso Espejo.

LA PRESENCIA DEL PECADO

Había otra cara del misterio que existía fuera del mundo de la luz divina, fuera de la cotidiana existencia de la casa, pero presente siempre como indirectamente y de soslayo. Muchas insinuaciones la dibujaban, marcaban sus caminos, señalaban direcciones al fondo de las cuales se presentía el otro misterio.

Aún en el mundo místico que alzaba sus brillos hacia el brillo de Dios se encontraban indicios y datos que sugerían los senderos hacia el territorio de la sombra.

A veces, en la serenidad de la alcoba, se filtraba la melodía de una canción venida de la calle, frase lenta y triste o copla de inquieto ritmo, en todo caso cargada de inexplicable ansiedad. En pleno ambiente casero vivía el perfil, el aletazo de una palpitación que irrumpía en la ordenación estática de la Casa de Dios. Una llamarada, un grito, un sollozo oscuro, las notas de una guitarra;

una palabra alzada en la noche, decían la sombría fuerza del mundo de la tiniebla. Del pecado.

La noción del pecado estaba presente aún dentro de la casa. La madre lo explicaba. En los movimientos, en las palabras, en los pensamientos de todos los días, podía colarse el pecado. El pecado puede estar en cualquier cosa: en una fruta, en una piedra, en un gesto. La tentación del paraíso, el pecado de Adán y Eva fue una fruta; el pecado de Caín al producir la muerte de su hermano fue un objeto tan simple como un hueso; Judas pecó contra Jesús y lo traicionó con un gesto tan dulce como el beso y Pedro, el apóstol, había pecado con el silencio.

Por haber callado, Narciso.

Me causaba miedo aquella posibilidad del pecado metido dentro del silencio de San Pedro, justo en el momento del canto del gallo, en la madrugada del Huerto de los Olivos.

Cualquiera cosa —idea, acto, pensamiento, sonrisa, objeto, silencio, canto— podía tomar forma de pecado si la mala intención la coloca fuera de la zona luminosa, en el sombrío borde que mueve su negrura más allá de las murallas del edificio divino.

Aquello comenzaba a ser difícilmente comprensible. Yo no sabía qué era exactamente «la mala intención». Pensaba: «cuando extiendo la mano hacia un objeto o hacia mi propio cuerpo, puede suceder que ese gesto no tenga significado preciso (nada quiere decir el desplazamiento de una mano a través del aire); pero alguien puede comprender —y hacérmelo entender así— que ya había en la piel de los dedos, en el filo de la uña, en las rayas de la mano, el tinte de la perversidad».

Así pude entender cómo hay actos que se deslizan con precisa lentitud —aguijoneados por la «mala intención»— de la clara ordenación al oscuro misterio, como un papel que descendiera tan pronto hacia un lado, tan pronto hacia el otro lado de la calle, sostenido y movido por el viento.

En primer término —la madre lo ha explicado— es necesario desconfiar de todo aquello que pida ocultamiento. Lo oculto es sospechoso. La gente que siente la necesidad de esconderse atiende a la angustiosa llamada de la sombra y debe saber que los deseos que lo impulsan a actuar de manera encubierta pertenecen a la oscura región del pecado. Por el contrario, los actos acordados con la ordenación divina confunden su claridad con la luz de la santidad y se exhiben en sincera pulcritud.

A pesar de las afirmaciones maternales que explicaban los límites de la luminosa región de la bondad, era necesario pensar muy finamente ciertas cosas.

El cuerpo —cualquiera de las actividades de la piel o de las entrañas— parecía en su desnudez simplemente sincero y, sin embargo, era obligatorio ocultarlo. Mirarlo —mirarlo nada más— se consideraba si no pecaminoso, teñido de culpa.

La razón estaba —era necesario pensarlo seriamente, pero ahí estaba la razón— en que todo lo considerado como vulgaridad y grosería debía suponerse cercano al pecado.

El sudor, los excrementos, los mocos —y otras cosas, tal vez, de las cuales no se habla a un niño— debían estar ocultos porque su ocultamiento era lo que los hacía soportables y aceptables dentro del orden de la claridad.

En cambio, los movimientos del alma, los que no tenían posible relación con nada del sucio corporal,

se purificaban al desnudarse en toda su claridad y tomaban carácter perverso cuando parecía imprescindible guardarlos en las cuevas del secreto. Era necesario tener mucho cuidado. Había pensamientos que, desde el momento inicial de su existencia, implicaban la presencia de la sombra pecaminosa. Y los pensamientos eran menos controlables que los movimientos del cuerpo, que la secreción de las glándulas, que el proceso digestivo.

Todo muy complicado y sólo explicable en su totalidad, después de algunos años de educación cuando pretendieron clarificar mi razonamiento no ya las palabras de la madre sino los sermones y consejos de los sacerdotes profesores del colegio.

Un detalle importante continuaba siendo difícil de comprender. Resultaba raro que uno de los sitios más oscuros, fabricado especialmente para esconderme —el confesionario— sirviera para desnudarse de negruras, para purificarse de perversidades y, además, para recibir las guías de conducta que iluminaran en el porvenir los caminos que llevan a la clara brasa de Dios.

LA LUCHA CONTRA EL PECADO

Una de las normas más tranquilizadoras y gratas que me dieron en el colegio (y hablo, por supuesto, de una época que ya sobrepasa la primera infancia) fue el consejo del padre Iturriaga, conforme el cual podía limitar el territorio de los pensamientos. Este límite —el que daba o negaba a un pensamiento condición de pecado— era el consentimiento.

Hablo, por supuesto, de los «malos pensamientos». Me preocupaba especialmente este azaroso tema porque era a todas luces evidente que aquello no se podía controlar con facilidad.

Los pensamientos podían estar moviéndose en la imprecisa lejanía del alma (o del cuerpo) y esa su vaga existencia no tenía valor preciso mientras el consentimiento no los fijaba certeramente.

La atención podía concretarlos, dibujar sus contornos, suponer su dirección, pero los pensamientos no podían llegar a ser considerados como buenos o malos, como claros u oscuros, si no había un nuevo movimiento de simpatía o de repulsión hacia ellos.

A veces (en la cercanía de la adolescencia lo comprendí con toda simplicidad) no resultaba fácil poseer un sistema repulsivo que tuviese la fuerza necesaria para borrar la existencia de una imagen venida del oscuro mundo y revestida, sin embargo, del más poderoso atractivo.

El padre Iturriaga aconsejaba cambiar esa imagen proveniente del mundo del pecado por otra imagen proveniente del mundo de la luz.

La oración —afirmaba el padre Iturriaga— era magnífico auxiliar para ahuyentar las insinuaciones del Diablo, las tentaciones de la carne. Decir el Ave María provocaba la aparición en la pantalla de lo imaginario de ciertas formas cuya pureza podía ser suficientemente respetable para romper cualquier sombra perversa, para avergonzar a Satán y ponerlo en fuga.

Se trataba de fabricar un ardid, una supercheria, una trampa, conforme a los cuales se cambiaba el contenido de los pensamientos, como quien cambia, en la cartera donde se guardan las pequeñas cosas interesantes, una postal obscena por la tarjeta recordatoria de la Primera

Comunión. O, si se quiere buscar un ejemplo más vistoso, como cambia el prestidigitador el color de los líquidos que presenta en una botella, del rojo al azul, al amarillo, al verde, al violeta.

De acuerdo con las explicaciones y directivas espirituales del padre Iturriaga, los pensamientos podían quedar libres durante cierto tiempo en un limbo impreciso desde el cual podían ser gozados —o sufridos— de manera indirecta, como si no existiesen realmente; pero, apenas considerados atentamente, desde el momento en el cual pasaban a ser pequeños personajes diferentes del hombre que los pensaba, desde el momento en el cual podía iniciarse el diálogo entre el pensador y sus pensamientos, éstos se convertían en objetos peligrosos cuya índole había de ser conocida con la mayor exactitud para saber si se aceptaba cometer ese pecado que prometían o se oponía al goce pecaminoso el encandilamiento producido por el resplandor de una imagen pura y luminosa.

Otro problema fue el del conocimiento preciso de lo que debía considerarse pecado.

Ya era difícil en los primeros años de los sueños en el sofá y la ternura maternal. La pequeña lista que venía en el catecismo era muy corta y decía demasiado. «No desearás a la mujer de tu prójimo». ¿Para hacer qué con ella, me querrá usted decir?, pensaba el niño. Y, sin embargo, algo se entendía. Se podía desear la mujer del prójimo para hacer de ella la propia mujer y acompañarla al teatro y regalarle vestidos y un sombrero con plumas y convertirla en una de esas mujeres que paseaban en coche y de las cuales se decía luego que eran «mujeres malas».

Todo lo relativo a la idea del pecado estaba hecho de materia tan delicada que al rozarla se destruía.

Había, ante todo, el caso —ya la madre lo había explicado desde los primeros años de vida— de que un acto, un pensamiento, una palabra se consideraban pecado en determinadas circunstancias y para determinadas circunstancias solamente. Como un pececillo exageradamente inquieto, el pecado podía hacerse presente en un aspecto de las cosas, de los seres, del paisaje; podía esfumarse en las neblinas de lo impreciso; podía desaparecer ante los resplandores del mundo divino o llegar a toda su plenitud en la monstruosa sombra prohibida.

El beso, por ejemplo: besar la sortija del obispo era un acto reverente y sagrado; besar a mamá era grato, bueno, permitido, pero en otros muchos casos besar era sucio, grosero, intolerable.

Si llegaba a pensar con mayor profundidad en estas difíciles cuestiones, podía concluir —así la idea me pareciera tenebrosa— que había una especie de correspondencia secreta entre lo sagrado y lo pecaminoso: el vino se convertía en la sangre de Cristo cuando el sacerdote decía sobre el oro del cáliz aquellas palabras susurradas en latín —«Este es mi cuerpo»—; en cambio la borrachera desvergonzada de un hombre vulgar constituía un espectáculo bochornoso y un gran pecado y si un borracho fabricara las palabras de la consagración sobre un trago de vino, entonces la burla de lo sagrado sería el más grave de los pecados —el sacrilegio—, el pecado por el cual se trata voluntariamente lo sagrado como objeto impuro y se confunden la luz y la oscuridad en una amistad monstruosa.

Mi pensamiento llega hasta aquellos instantes de mi infancia y se detiene ante el azoro y la pasión de Narciso.

CAÍDA DE LA CIUDAD DE DIOS

Pasados algunos años resultó indispensable estar metido dentro de ambientes especialmente religiosos para sentir como posible aquel conjunto místico que se sintetizó en la serena imagen del edificio metálico en cuya altura se sostenía la brasa de Dios.

Cuando pateaba el balón de fútbol sobre la afeitada yerba del campo de deportes, cuando corría bajo el sol manso y rojo del atardecer y cumplía el esfuerzo muscular, mal podían imaginarse que mi carrera, el impulso de mis músculos tensos bajo el pellejo ya cubierto de pelos, podían estar resguardados bajo la edificación alzada a través de las nubes hasta el cielo.

En la capilla del colegio, cuando la madre decía el Padrenuestro, podía encontrar la delicada atmósfera donde el pensamiento fabricaba estructuras marcadas con el signo de Dios; pero cuando estudiaba el texto de botánica, cuando entendía la explosión de las esporas, cuando leía el proceso de la partenogénesis, la ciudad divina se derrumbaba silenciosamente, como espejismo de encantamiento.

Encontraba por la calle cariñosas parejas de enamorados sonrientes, alegres grupos de activas personas reidoras y me veía obligado a pensar que si la vida de muchas gentes estaba regida por las normas de la Ciudad de Dios, otras muchas gentes preferían a la lumbre resplandeciente de la brasa de Dios la simple luz del sol o, acaso, la de las bombillas eléctricas.

Releía mis lecciones de Historia y no me encontraba ese género de personas firmes, finas y serenas que —como mi madre— sujetaba sus pensamientos dentro del límite luminoso de la bondad que asciende a santidad. Como luz, mi ciudad tenía otras llamas. Y los ejemplos de los personajes ilustres de muy diverso carácter al de las devotas amigas de mi madre.

Ni siquiera la Historia Sagrada traía ejemplos de beata perfección. El cuento de la manzana era, apenas, una redonda iniciación de pecaminosa frivolidad; luego venía siempre un juego sucio, violento, sombrío. Jacob, capaz de obtener por medio de la falsedad la marca del poder. Las llamas de Sodoma, la estatua de sal de la mujer de Lot, envuelta en el rojo resplandor de la ciudad llameante. Aun en el caso de Jesús: si éste aceptaba ser vendido y permitía que el beso de Judas marcara su mejilla, aceptaba y permitía que la hipocresía y la avaricia le señalaran el camino de la cruz. «¡Señor, Señor! ¿por qué me has abandonado?». ¡Qué terrible angustia la del Hijo, de quien el Padre había apartado los ojos en la terrible noche de amargura! Terrible aquel pavor de tiniebla, de miedo, de desesperanza y en ninguna forma aparentado con la quietud de la oración, con la paz del mantel blanco y la lámpara encendida en la alcoba.

Igual que Jesús en su agonía ansiosa y violenta, los héroes, los guerreros, los poetas, los sabios, los políticos, no establecen dulces relaciones con la luz de Dios. Por el contrario, yo los miraba como si se desplazaran entre la roja sangre del crepúsculo vespertino o entre la sombra de la más negra noche tempestuosa, asentados en su propia fuerza contra el envión de las voluntades enemigas.

Para permanecer unido a las antiguas imaginaciones me era necesario encerrarme en palabras que ya no movían mi corazón, porque no podían ocultarme el mundo, la montaña brillante en su piel como un sagrado animal,

la tierra extendida hacia el pasado por la vida de los hombres que habían dejado huella de sí mismos.

Si en la niñez pude entender que había en mí la capacidad de ascensión hasta el descanso en el seno de la Trinidad y en el amor de la Virgen María, cuando hube andado un poco de mi edad, la tierra me exigía una relación más clara y explícita. No podía explicar la reacción de dos sustancias dentro del tubo de ensayo por la frase «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores».

Si antes podía responder a los misterios religiosos con nuevos misterios inventados por mí (creer que había ángeles porque yo podía ser ángel; fingir que en la posibilidad de confundirme con Jesús —de ser Jesús— estaba la certeza de que Jesús es Dios), después todos los decorados caían por tierra y lo exterior, lo que antes se había considerado como sombrío, pecaminoso e insoportable, se presentaba dentro de hermosos contornos. Me pareció evidente que necesitaba claridad absoluta y que esa claridad no me vendría de las lámparas encendidas ante el altar cuyo sagrario contenía la hostia hecha cuerpo de Cristo.

Lentamente, a través de quién sabe cuántos filtros, fui preparándome a vivir sueños verdaderos. Ser pirata pasó a ser más interesante que ser ángel; el texto de química más íntimo que el relato evangélico; la heroicidad más atractiva que el martirio; el misterio de la circulación de la sangre, de la producción de glóbulos blancos, del funcionamiento de los riñones o de la actividad de los testículos, más pleno de sagrada pasión que la aceptación del cambio de la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo, por obra y gracia de la palabra sacerdotal.

La vida sobre mi tierra se me hizo presente como un milagro de todos los días. Estaba de rodillas ante el paisaje de mi ciudad. La rama de un árbol, el vuelo de un pájaro, la forma de una nube —una plaza, una calle, un camino de excursionista— acompañaban mi pasión de adolescencia. La vida de los libros entraba a formar parte del paisaje con terrible amor exigente.

Por aquellos años se realizó una serie de acontecimientos que me hicieron entender que el ambiente donde surgió mi infancia había terminado, que en la nueva manera de vivir ya no había sitio para el viejo sofá de los sueños infantiles y, sobre todo, que esos sueños, basados en un esquema religioso, habían dejado de existir para que ocupasen su lugar precisos deseos relacionados con la vida, con lo que se podía mirar, tocar, oler, oír, saborear. Al mismo tiempo, sentía mi vida —mi vida que había sido igual a la palabra ternura— rodeada de indiferencia y de torpeza.

Muchas cosas habían terminado dentro y fuera de mí; muchas cosas nacían en brutal floración desde la caliente tierra donde asentaba mis pasos.

Frecuentemente me sentía vacío de toda actividad y necesitaba los libros para crear nuevas maravillas. Era hermosa en verdad la idea de que la medusa deslizaba sus gelatinas en el sombrío fondo del mar y era admirable de intensidad la vida de la flor que rompía su ovario para llenar y transformar su intimidad y era bello —tan pleno de hermosura como si contuviera la tristeza— el cambio de la palabra en los juegos de la sintaxis. Me parecía que podía tocar el fino movimiento de las preposiciones en sus ataques contra el sustantivo, cuando lo hacían cambiar de lugar, de tiempo y se metían dentro de él o corrían a su lado o se apartaban en lejanía.

La pasión de lo que parecía cercana realidad era obsesionante. La difícil lucha contra mis entelequias religiosas me producía tristeza y entusiasmo. Era buscar, sentir, comprender lo que hasta entonces se me había presentado como prohibido, como propio de los sombríos territorios. En mi cuerpo encontraba la fuerza de un inquietante poder. Había un torrente en mitad de mi pecho. Lo demoníaco (la actividad que era circulación de la sangre y movimientos de las palabras, polen y nube, vuelo de pájaros y resplandor de luna sobre las calles nocturnas de la ciudad) no me era extraño; lo sentía profundamente personal; sabía que siempre había sido mío. Si alguna vez había soñado que podía ser Dios, ahora me sentía capaz de soportar los poderes del Diablo; podía sentirme Luzbel orgulloso de su triste y pura fuerza prodigiosa. Esa triste fuerza que ya vivía en mí había de ser la llave de la alegría. Me parece casi tonto decir el nombre de esa llave. Los antiguos sabían que era un Dios.

Por entonces comencé a sentir la historia de mi país como un asunto personal, como una tradición familiar. En los rasgos de una miniatura que representaba a un tatarabuelo de peluca y corbatín de encaje —personaje importante en congresos y misiones diplomáticas— quería encontrar mis propios rasgos. Las historias que contaba mi padre en sus escasos momentos de buen humor eran pedazos de la historia de Venezuela. Los ascendientes habían sido hombres que hacían la guerra, que promulgaban leyes, que alzaban su voz en los discursos, que intervenían en los tratados, que danzaban la rueda galante en torno a las crinolinas de seda de las damas de antaño. Había una abuela enérgica y burlona que trataba al Libertador Bolívar como a mozo de poco juicio y dudosa ambición: «Simón, ¿es cierto que te quieres coronar?».

Era inquietante que las magníficas acciones de las antiguas generaciones se empequeñecieran en las recientes voluntades heroicas.

APARICIÓN DEL TIRANO

El último gesto paternal que recuerdo, me lo presenta como mínimo héroe cuyas miserias no impedían el trágico final de tristeza, como un Cristo que ni siquiera tuviese derecho a gritar «¡Señor! ¿por qué me has abandonado?».

Por ese último gesto de mi padre conocí la existencia del Tirano; luego la olvidé mucho tiempo, pero estaba dentro de mí y surgió en el momento preciso. El comienzo, el instante en el cual se me presentó por primera vez frente a frente el pálido peso degradante de la tiranía, puede situarse en una época inmediatamente anterior a mis diez años. (He debido contarlo antes, pero el orden de este cuaderno va regido por guías que no son las de la estricta sucesión en el tiempo.)

Puedo recordar la pequeña tertulia de amigas de mi madre, junto al balcón abierto sobre la montaña solemne en la iniciación de la noche. Las mujeres murmuraban inquietas y temerosas. «Está preso el padre González». ESTÁ PRESO EL PADRE GONZÁLEZ. Está preso el padre González. El temor de las beatas me rozaba desde dentro; busqué refugio de cariño en la falda materna.

Había sido posible eso: el sacerdote había sido conducido a la cárcel, al sitio del crimen, al lugar de la violencia y de la sangre. El que tenía derecho a tocar el cáliz, a tener entre sus dedos la hostia consagrada, a hablar

en nombre de Cristo, había sido tratado con rabia y aspereza y llevado junto a los ladrones, junto a los asesinos, junto a los borrachos y pendencieros. (Pensé en la casa del barrio de La Pastora donde, según me habían contado, alguien había matado a cuchilladas para robar.) El padre González decía dominus vobiscum *entre el incienso de la iglesia, había voces que hacían sonar melodías en latín mientras él presentaba a los fieles la custodia de oro y, sin embargo, ahora estaba encerrado con los criminales.*

La conversación era un susurro de espanto; aquellas voces delicadas de viejas señoras devotas llenaban de susto el salón. El representante de Dios estaba metido en un calabozo junto con hombres sucios, manchados de sangre y de alcohol, llenos de crimen y grosería. Aquello era un acto inconcebible, monstruoso. Un sacrilegio. ¿Cómo se había atrevido El Tirano a rozar la sagrada figura del padre González?

—Complot militar.

—Lo descubrieron por traición.

—Hay muchos presos.

—Complot militar y traición.

Las voces temblequeantes decían algo que producía a un tiempo mismo admiración y miedo. El «complot» era un acto prohibido —por algo traía como consecuencia la prisión— y, sin embargo, el padre González y otras personas buenas y respetables lo habían hecho. Aquello era feo, terrible, sucio, asqueante y, a la vez, producía un sentimiento cercano a la veneración.

Yo hacía preguntas —«¿qué es un complot?, ¿por qué pusieron preso al padre González?»— cuando apareció en la puerta de su cuarto mi padre. Llamó a mamá. Estaba rojo y torpe como cuando había tomado muchas copas. (Ya hablaré de estos otros actos de mi padre, de sus actos no heroicos sino tristes, pequeños, dolorosos.) Mamá me asombró, pidió excusas a sus visitantes, no sé qué dijeron las beatas. Caminé tras de mamá y escuché apenas —porque la voz se le quebraba como si fuera a cantar muy alto— que papá decía «me está buscando la policía».

—¿Por tomar aguardiente?

Hubo un suspiro, un ¡ay!, una grosería dicha con dolor, con angustia.

¿Por lo del complot?

—Tal vez se arregla todo.

—¡Aníbal!

Es posible que el padre quisiese expresar burla de sí mismo y de todos. La mueca que se formaba entre sus labios era grosera y triste. Es posible que la voz de la madre se adelgazara a lo largo del diálogo, con pasión, odio, repugnancia, cariño. En mi memoria aparecen detalles que, seguramente, el hombre ha añadido. Es posible que papá dijera «¡muchachito!» como si marcara el dolor que le producía dejar la familia en abandono y que no hubiese en la casa quien pudiese tomar su puesto. Es posible que recomendara a mi madre la conveniencia de llamar a mi hermano Luis, quien, por entonces, estaba en Europa estudiando pintura. Es posible que papá dijera «¡muchachito!» y me rozara los cabellos y me besara. El hombre que escribe ahora piensa que aquel supuesto héroe paternal hedía a aguardiente como en sus peores momentos de borrachera.

El hecho estrictamente verdadero es que, esa noche, mi padre desapareció de la casa, halado hacia el misterio por una bruma de tenebrosas insinuaciones, de voces

de mando, de hombres que sostenían entre las manos un bastoncillo elástico y ocultaban los ojos bajo el ala de un ancho sombrero; halado hacia el ambiente de historias dichas en voz baja para relatar fríos crímenes crueles.

No regresó de aquella ausencia. Llegó a casa, algunos años más tarde, una forma rígida bajo las sábanas, dentro de una urna. Eso era el padre. Un pariente comentó: «Así no se mata a un hombre. Aníbal no había hecho nada. Puras habladurías de un borracho».

Creo recordar que mi madre contestó como se supone que hablan las heroínas de la historia:

—Murió en lucha contra la tiranía como un hombre. Dios lo haya perdonado.

Igual creo recordar que el padre dijo «¡muchachito!» en forma tan simplemente dramática, como para que yo tuviese siempre conmigo la imagen de aquella dolorosa circunstancia. Su mueca, un balbuceo, su olor de aguardiente, señalaron para mí la existencia de un frío aletazo de crueldad que era la huella del Tirano sobre la tierra venezolana. No sé cómo pude olvidar a veces estas cosas. Deseo recordarlas siempre.

Pensando estos recuerdos desde la serenidad de la lejanía, no podría negar que los acontecimientos de la prisión y muerte de mi padre me prepararon para cumplir más tarde el «gesto de la protesta» y me dieron ocasión para realizar el «acto de la medalla», hechos ambos muy importantes para mí.

Me desagrada contar estas realidades que más parecen cosas de novela que de cuaderno íntimo, pero es lo cierto que la mano de mi padre sobre mi cabeza, su beso de borracho y la absurda entonación que dio a la palabra muchachito*, para dirigirse a mí en aquel instante (que fue*

como el anticipado comienzo de su muerte) me causan aún hoy muy profunda emoción.

Estas consideraciones no tienen relación con los problemas de cómo miro al mundo, de cómo soñaba que —desde mi corazón— se alzaba hacia el cielo la Ciudad de Dios, de cómo las esporas lanzan hacia el viento su gesto de reproducción y los testículos fabrican la blanca materia de la fecundidad.

Esto pertenece a otra clase de experiencias y me molesta como una cicatriz; la cicatriz que me hizo El Tirano y me hace detestarlo. Por ello tengo eso que se llama pasiones políticas *y puedo sentir en mi dolor el dolor que se causa a los otros.*

Aquella tarde en la que el corro de mujeres comentaba en torno a mi madre la noticia del complot, de la traición, del arresto del padre González; aquel susurro miedoso que finalizó en el íntimo grito del borracho, colocaron frente a mí la existencia de algo sin precisa personalidad, de algo sonriente, fríamente burlón, baboso y cruel que se llama El Tirano.

Contra eso fabriqué el «acto de la protesta».

Tengo que explicar otros sucesos anteriores, de acuerdo con los cuales guardé precisa relación con las gentes que forman mi pueblo, consideré a mi padre como parte de ese pueblo y tuve como mía una experiencia común con el grupo humano dentro del cual nací.

Mi relato no guarda un camino de tiempo. Ya lo he dicho; sigue el camino de mí mismo, formado a saltos, con frecuentes regresos hacia las fuentes de los hechos que, en determinado momento, forman la materia de mi experiencia.

LOS EJIDOS DEL ALMA

Entiendo hoy que el alma —la conciencia—, el órgano del hombre que es su testigo, está incompleta cuando no puede encontrar en sí misma la presencia de los seres que la rodean. No vale totalmente su testimonio cuando se refiere exclusivamente a los sucesos íntimos, a los movimientos del sentir, del razonar.

Aunque me dé a mí mismo la tediosa impresión de un profesor de sociología me veo obligado a afirmar que tengo la convicción de que el individuo no existe en entero si no llena la parte que le corresponde a su pueblo, si no sabe extenderse hasta su territorio comunal, hasta su ejido. Me enorgullezco pensar que hay una porción de mi organismo que actúa en función de mi pueblo; por ella me conozco como venezolano y sé que Venezuela me pertenece, ya que está dentro de mí.

Cuando me he olvidado de ello, he sido profundamente infeliz.

En aquellos tiempos —un poco antes de la prisión y muerte de mi padre— el mundo entero y, dentro del mundo, mi tierra, mi ciudad y mi barrio, fueron heridos por la guerra y por la peste.

La guerra no fue, para nosotros, más que conversaciones en torno a la mesa y grupos discutidores ante la cartelera luminosa de algún diario, pero esas discusiones surgían de un malestar evidente; la figura del Kaiser, la de los jefes militares de Francia y de Inglaterra, centelleaban en la desagradable desazón. La peste fue —una mañana— el cadáver de una mujer mal cubierto por una sábana mugrienta; una redonda pierna rígida desnuda ante los ojos de todos mientras el cadáver era conducido en hombros por los vecinos hasta una camioneta de la Cruz Roja.

Yo había conocido a esa mujer, sabía su nombre, conversaba con ella; Juliana, la lavandera. Habitaba frente a nosotros, en aquella casa de vecindad donde, algunas noches, se alzaba el llanto del cornetín y la banderola de la fiesta cortaba el cielo estrellado. Yo conocía a Juliana como conocí a otros personajes de aquella casa, por cuyos habitantes guardaba mi familia una especie de amistad desconfiada.

La llegada de la peste fue lenta y callada. La palabra misma era apenas pronunciada y allá en el fondo de la carne producía una inquietud antigua de siglos. Nadie sabía quién dijo ni a quién dijeron, pero había peste y mucha gente moría.

La peste me señaló muchos rostros, me hizo poner atención sobre nombres y personas que me han acompañado a distancia como compañeros de vida hacia los cuales guardo sentimientos de simpatía. Creo recordar con certeza ciertos individuos que, de no ser por la peste, hubieran estado hoy escondidos tras las nieblas del olvido.

Creo recordar frases precisas de aquel entonces.

Es la boca del negro Malabar, el panadero, la que pregunta: «¿Qué es lo que hay?». Y Juan de Dios, el hijo de la costurera (el que, años más tarde, apareció en los periódicos como ladrón y murió en un encuentro a balazos con la policía) el que responde «Gripe española». Los ojos de Malabar dan vueltas entre sus párpados y sería cosa de reír si su azoro no le hubiera desnudado un colmillo entre los labios hinchados. «La trajo un barco», dice Juan de Dios y Malabar forma el gesto de la guiña con sus largos dedos negros: «¡Ah, buen regalo!».

He escrito algunos reportajes o relatos literarios en torno a pequeños acontecimientos que la peste me hizo presenciar. Son tan falsos como cualquier otro recuerdo, pero yo diría que, justamente porque trato de fijar en ellos experiencias ajenas, se me aparecen como reales y vivos.

«Va matando con fiebre y asfixia; es una mano fría que te quema el pescuezo, que te ahoga y te mata». Yo siento que esa frase puede ser de Juliana o de su marido, a quien llamaba el zambo Guillén *y quien era albañil. En todo caso es una frase que surge de la inquieta multitud que miré cercana en aquel tiempo. La enfermedad promovía entre las gentes estrecha comunidad de intereses.*

El niño que era yo entonces vivía en relación con los sucesos comunes de la ciudad. La voz velada de la señora elegante podía informar entre mohínes de la boca arrugada: «Nada se siente; viene despacito y, cuando te das cuenta, estás enferma». Mi madre se hacía pequeña de terror: «Dios nos salve a todos de esa gran calamidad». «¿Has recibido noticias de Luis?». (La señora elegante preguntaba por mi hermano, el que estudiaba pintura en Europa.) «Según dicen, allá es más fuerte la epidemia». «Él está bien, recibí carta esta semana». «El silencio estaba carcomido de ansiedad». «Todo esto tiene que ser castigo de Dios por las maldades y los crímenes que se han cometido». «Pero paga gente inocente». «No se puede dudar de la justicia divina; esperemos confiados en que para nosotros haya misericordia».

Era evidente que Dios podía ser terrible y justiciero, pero también clemente, misericordioso. Castigaba con violencia en determinado momento a grupos humanos entre los cuales había muchas personas que ningún mal

habían hecho y, en ese mismo instante, parecía demostrar cariñosa debilidad por un pecador. Así había sido siempre; el carácter de Dios se demostraba igual a sí mismo en sus designios, en su voluntad difícil de comprender para los humanos. Si la peste era castigo por los crímenes de la guerra, ¿por qué llegaba hasta aquel barrio mío, hasta la ciudad donde la guerra no había sido otra cosa que algún anuncio luminoso en las carteleras de los periódicos y muchas discusiones nerviosamente aguijoneadas por emociones misteriosas que llameaban entre los nombres del Mariscal Hindenburg y del General Pershing?

La madre no sabía responder ninguna de esas preguntas; le producían desconfianza; para ella no había otra forma de acción que la que correspondía a aceptar y esperar. Si la epidemia existía, demostraba con su dolorosa fuerza la voluntad de Dios (el mismo Dios que se alzaba en la cúspide del orden luminoso de la bondad). Era necesario esperar que el castigo fuese suspendido antes de que hiriese el pequeño grupo de las personas queridas. Lamentable que ya hubiese rozado a Malabar el panadero, al negrito Alejo, dependiente de la pulpería.

Las explicaciones medianamente científicas que de la enfermedad podía ofrecerle alguna amiga, poco significaban para ella. Había los microbios, esos animales pequeñísimos que el aire va llevando en sus vuelos y producen dentro del pecho la opresión de la tos y de la fiebre, pero, ¿quién los enviaba a golpear los hombres, sino Dios? «No se mueve la yerba sin su consentimiento».

Dijeron que era buena defensa contra los minúsculos productores de la peste el penetrante perfume del alcanfor; como un escapulario nos colgamos al cuello un trozo de aquella sustancia fría, blanca, de olor encendido.

Otros —papá entre ellos— aconsejaban el ron. El padre reía, bajo la nariz enrojecida, la mueca de su risa, cuando decía que los microbios se ahogaban en el aguardiente. La madre oponía una reserva angelical: «Buena excusa para los bebedores».

Yo he guardado de aquel tiempo señales cuyo valor desconozco. Cuando hablo de ellas sé que fabrico apariencias que pueden pasar por recuerdos, imitaciones hechas mucho tiempo después de que se realizaron los actos que pretendo recordar. Sé también que en esas imitaciones, creadas en los años siguientes a la adolescencia, interviene una gran dosis de mentira; pero ello es así, no porque tenga especial deseo de falsear la realidad, sino porque la materia sobre la cual trabajo es tan delicada e inconsistente, que apenas puede ser considerada como posible.

Voy a incluir en este cuaderno de memorias —o de olvidos— mis reportajes sobre la peste. Me parece indispensable incluirlos, porque los acontecimientos que describen están relacionados con sucesos personales que se desarrollaron más tarde.

Aquí van.

La gente, al principio, estaba llena del miedo de morir; en las habitaciones, cerradas a la luz y al aire envenenado; las bombillas eléctricas, envueltas en papel de seda para no herir los ojos enfebrecidos, apenas alumbraban los pasos de la angustia y de la preocupación. Después, todos fueron aprendiendo a vivir. Aun aquellos a quienes la muerte esperaba, fabricaban su propia paz difícil, defendida de continuo contra las mordeduras del temor y de la desconfianza.

(La imagen del Cementerio de los Canónigos se me presenta como surgida de aquel tiempo. La quietud de ese rincón ciudadano que guarda tras sus rejas un espacio vacío, donde hojas secas y retazos sin nombre ruedan en los círculos del viento, podría ser el centro del espectáculo de aquellos días. Ya había escuchado de labios del padre el cuento del desafío a muerte entre un hombre a quien llamaban El Elegante y su compañero de parranda. Ambos quedaron muertos al pie de aquellas estatuas de ángeles que adornaban la esquina del callejón del cementerio. Aquel sitio refleja muy diversos aspectos de la muerte.)

Sobre el trozo más ruinoso del antiguo Cementerio de los Canónigos una trinitaria abandona su mancha morada sobre el barro carcomido de la pared. En la noche del dos de noviembre —Día de los Muertos— manos piadosas van dejando cientos de velas encendidas en los huecos de la pared del antiguo guardadero de cadáveres y, por la calle pobre que sube de la esquina de El Abanico, el parpadeo de las llamas pone en el aire un pulso luminoso que tiembla en el alma de los que miran. La noche del dos de noviembre, la rota pared se viste de vida maravillosa, como si el barro que la forma fuera llama, como si toda ella se moviera en la irreal ondulación de las candelas; en ese resplandor metálico y brillante, la mancha morada de la trinitaria cambia sus tonos en movimientos de sedas, como si estuviera animada de lejanas sustancias obispales.

Para que su hija se cure, Juliana ha prometido a las Ánimas encender nueve velas en el Cementerio de los Canónigos la noche de difuntos. (Digo que recuerdo con toda exactitud la familia: Albertina, la hija mayor; Teodoro, quien fue luego atleta triunfador, roto muy pronto por la sífilis; Pura a quien no he visto más.) Como el dos de noviembre Albertina ha mejorado, Juliana ha querido cumplir su promesa.

Por las muchas miserias que gastaba la entrada del pueblo, la pared del cementerio floreció ese año con singular brío su cosecha de llamas; entre el montón de brillos temblorosos vio la mujer cómo se gastaban los nueve pétalos de oro que ella encendió. Frente a la trinitaria cubierta de encendida vida, Juliana recitó las oraciones que, conforme a su sentir, tenían mayor cargo de fuerza misteriosa: la del Ánima Sola, la de Santa Helena, la del Gran Poder de Dios. (Plegarias no reconocidas por las autoridades eclesiásticas, oraciones de negros que convenían a aquel sitio de llamas, de brisa y de muertos que era como una iglesia invisible en su majestad, dominada por el cielo anubarrado y gris.) Arrodillada en la calle, frente al muro carcomido del cementerio abandonado, rezaba Juliana su deseo, mientras se arrebujaba en un pañolón negro, porque el viento frío y hediondo que venía de correr sobre las sucias aguas de la quebrada cercana, le rozaba las carnes antes de mover las ramas y flores de la trinitaria luminosa, caída sobre el resplandor de las velas.

(Me pregunto si esa estampa de los tiempos de la peste significa algo más que la reducción a un solo relato de muchos casos que escuché contar entonces. Además de esa página escribí otra pequeña narración que, sin duda, quiere decir algo más que lo que sus palabras expresan; una narración que contiene alusiones a sucesos que no aparecen en el texto. Cuando leo ese relato —muchos años más tarde del instante que supone su redacción, mucho después del momento que se supone descrito— creo pensar que el acontecimiento retratado o inventado, trata más del descubrimiento del sexo que de un simple cuento de fantasmas. Y va el cuento.)

Por aquella época de angustias la gente sentía odioso placer en contar cuentos de difuntos y aparecidos. En la tertulia que se formaba junto a la puerta de la casa de vecindad donde vivía Juliana, unos a otros se lanzaban historias y leyendas de miedo. Guillén, el albañil, contó que, entre las llamas de las velas de la noche de difuntos, desde la pared del Cementerio de los Canónigos, llora pasito el alma del cura Pinzón, el que hizo pacto con el Diablo, para que el Sucio le consiguiera una mocita que lo tenía loco de tanto como le gustaba.

Alguien afirmó:

—Ese cura Pinzón ha debido ser el mismo que envenenó el vino de consagrar en la Catedral, para asesinar al arzobispo cuando dijera la misa y se tuviera que tomar aquello en su cáliz de oro.

(Yo escuché muchas de estas cosas aunque mi madre se esforzaba en que no llegaran hasta mí cuentos que podían ofrecer campo de dudas y problemas. Lo del vino envenenado, por ejemplo: si podía convertirse también en la sangre de Cristo, si el hecho de servirse de las sustancias del culto para cometer un crimen tan grande como el asesinato no suponía un pecado extraordinario, capaz de romper el ordenamiento de la religión, si las palabras de la consagración no evitaban la acción del veneno. El intento de asesinato del arzobispo Castro fue tema de muchas preguntas que hice a mi madre; me parece que, en realidad, no pertenece al momento de la peste; es posible que fuera tratado más tarde, cuando la prisión del padre González, cuando se discutió el derecho que podía tener El Tirano para encarcelar a un sacerdote y el derecho que tenía un sacerdote para olvidarse de su función espiritual y dedicarse a actividades políticas más o menos turbias.

Lo que sí tiene relación inmediata con la idea de la peste y con el paisaje del Cementerio de los Canónigos es el relato que yo destino a ser contado por aquel Juan de Dios —el hijo de la costurera— quien de hombre fue jefe de una pandilla de ladrones y apareció en los periódicos con el alias de «El Rey», cuando se hizo pública la información sobre su encuentro con la policía y su muerte a tiros en lucha con la autoridad.)

Cuando Guillén, el albañil, habló del caso del cura Pinzón todos tuvieron diferentes historias que contar sobre el asunto. Unos habían escuchado ruidos de cadenas, otros habían oído quejidos temerosos, ladridos extraños, voces y murmullos musitados entre la sombra de la noche. Juan de Dios reunió todas las alucinaciones en un relato.

Contó que, por un sitio donde la pared está un poco caída, él se había metido en el cementerio; dijo que, apenas había puesto los pies en la tierra de adentro, sonaron —¡pero fuerte!— las doce campanadas de media noche, dijo que entonces sonó un grito que comenzaba alto como lloran los chivos cuando buscan hembra y terminaba suavecito como voz de mujer. Y, después, dijo Juan de Dios que vio al cura Pinzón, del tamaño de un niño o de un enanito al principio y crecido en un momento hasta por encima de las tapias. Dijo Juan de Dios que el cura arrastraba la enorme capa de seda que usan los canónigos en la ceremonia de las «señas» de Semana Santa; dijo que el cura tenía brasas en vez de ojos y que en el vientre abajo era como si se estuviese quemando y que los dientes le brillaban pelados como sin boca. Por donde pasaba —contó Juan de Dios— se acababan las yerbas.

(Como un recuerdo escribí la historia de Juan de Dios mucho tiempo más tarde y me parece, a un tiempo, la concreción del mundo de la peste y algo más. A veces pienso que contiene la alusión a un recuerdo personal, perteneciente a la conciencia de mi propia vida sexual.)

El mundo de la peste rodeaba mi casa. La peste estaba presente en las calles de la ciudad, en el aire, en las nubes, en el cielo ceniciento. La luz del sol se había ausentado del luminoso país y la montaña —brillante de costumbre como un animal sagrado— desdibujaba la línea de sus lomas y de sus laderas entre la bruma que convertía al sol en foco de pálida lumbre. La ciudad había cambiado de carácter: de alegre y luminosa a angustiada y friolenta. Cada día traía la noticia de una muerte ya anunciada por anteriores confidencias.

Un día fue Juliana el nombre señalado. Yo vi su cadáver envuelto en una sábana y era muy grave y muy solemne el movimiento del grupo dolorido y la triste mirada del albañil Guillén junto a la muerte de su mujer. Juliana, la habladora, se había enredado en el silencio de la peste. Su cadáver representa para mí una sucesión de imágenes semejantes; su duro cuerpo era por sí solo un desfile de muertos conducidos hacia las afueras de la ciudad sin el correcto acomodamiento de la urna; el rígido cadáver de Juliana fue el paso teatral de los desordenados muertos de Caracas toda, envueltos en una vieja cobertura sucia de la cual surgen un brazo duro y sombrío, una pierna absurdamente procaz, una cabeza herida de inmovilidad y de loca ausencia de vida.

Por la peste, bajo la forma de la peste, conocí un poco de la vida de mi pueblo, su lucha contra la miseria y el dolor. La imagen que guardo en relación a esos hombres y esas mujeres a quienes en mi casa llamaban «los pobres» es una imagen de fuerza, de voluntad

no doblegada por todos los obstáculos del mundo. Algo muy diferente a la pacífica serenidad de la Ciudad Divina, edificada sobre los rezos maternales. El llanto, la rabia, la alegría, la danza, el alcohol, la ternura eran muy distintas al amparo de la lumbre de la Casa de Dios y en aquella enorme casa de vecindad donde vivían la lavandera, el albañil, el fabricante de pan y el vendedor de frutas. Aquellas gentes de la casa de vecindad luchaban con brío y con alegría; de su propio dolor sacaban fuerzas para continuar viviendo y luchando. El guitarrero Faustino puso un gran lazo negro a su guitarra cuando murió Juliana y cantó en voz muy baja una alocada copla de burla de la peste: «Si te da la peste, agárrate de éste».

Aparentemente, no había relación alguna entre los gritos, la alegría, la voluntad de vivir de aquellas gentes y la serena luz de la lámpara en el tranquilo corredor donde mi madre tejía, bordaba o leía sus libros devotos. Muy pronto supe yo que la había, aunque se ocultaba con bochorno, como si fuera una vergüenza terrible; la relación con la vida poderosa de la casa de vecindad estaba escondida tras el misterio que ocultaba algunas actividades de mi padre. Esas actividades ningún punto de contacto tienen ni con la peste ni con la prisión y muerte de mi progenitor. Vamos a hablar de ellas. Constituyen en sí tema aparte.

LA FIGURA DEL PADRE

De aquello no se hablaba sino a través de subterfugios, utilizando palabras que expresaban de modo indirecto lo que se pretendía disfrazar, señalando que existía una realidad molesta que no era posible ignorar, pero a la cual nadie se refería. Mamá me explicaba a veces ciertas

cóleras, ciertas risas, ciertas incorrecciones de mi padre, con la palabra «enfermedad». Alguna vez —seguramente porque mi asombro o mi tristeza fueron muy visibles— habló de «locura».

—¿Es que es loco papá?

—¡Hijo, por Dios!.. Que cuando toma le hace mucho daño; se le sube el licor a la cabeza. ¡Dios te salve de una tragedia tan grande, Narciso!

Cuando mi padre estaba hundido en esos ambientes de «locura» y «enfermedad», solía buscar la compañía del guitarrista Faustino y su voz se unía al coro de otras voces alcohólicas y populares. Una vez llegó a la casa un cuento de mujeres y de puñetazos. Y no era sólo eso: cuando regresaba a la casa sus palabras se enredaban en imprevistos obstáculos, como si estuvieran sujetas por cintas y adornadas de cascabeles que le producían risa y que, en un momento cualquiera le halaban hacia zonas de tristeza, de grosería, de crueldad. Lo escuché un día burlándose de mi madre; dejaba salir la voz en delgado hilo de cariño para decir «la tonta», «la santa». Luego se inclinó junto a mamá y lloró: «Perdóname, de verdad eres una santa; no sé cómo puedes soportarme», para luego volver a burlarse: «¡la santa!».

Más tarde comprendía que papá era hombre perverso —pequeñamente perverso— y que su vida estaba dominada por apetencias ascéticas y por algo que podría llamarse voluntad de arrastrarse en la podredumbre.

Un día la costurera Rosa —la madre de Juan de Dios— estaba en el pequeño saloncito de la entrada. Yo jugaba entre el blanco montón de sábanas que la mujer cosía o remendaba; recorría las laderas, las hondonadas, los picos de la montaña que formaba la tela blanca

en torno a la costurera. Pienso que esto ocurrió antes de la llegada de la peste. Suponía yo que era un gigante y aplastaba una colina o me dormía sobre una nube, como un ángel que acompaña a la Virgen bordadora. El montón de ropas podía significar el mar o convertirse en el enorme sillón escarlata donde se sentaba el arzobispo a repartir bendiciones o un castillo encantado.

Aquel día, cuando entreabrí los ojos adormilados miré el rostro de mi padre —la cara que le daba la «enfermedad». Estaba diciendo algo al oído de la costurera y ella le respondió airada:

—No, no señor. Yo soy una mujer honrada y usted es un grosero.

Para mí, la figura de mi padre estaba constituida por varios personajes. Hay una silueta pequeña, flaca, temblequeante; hay una gruesa voz cariñosa tras los gruesos bigotes; hay un hombrecillo nervioso, irritable, de alzadas expresiones coléricas; hay un enfermo tenebroso que dice frases estrafalarias cuyo sentido la memoria no guarda.

El hecho de que mi padre estuviese dominado por el vicio del alcohol fue para mí una realidad comprendida desde muy temprano, a pesar de que mi madre escondiera continuamente cualquier frase, cualquier comentario relativo al degradante asunto. Seguramente no entendía la gravedad del caso pero, apenas supe el significado de la palabra embriaguez, supe también que mi padre se embriagaba con exagerada frecuencia y de manera repugnante.

Mi madre sólo llegaba a decir «esa desgracia», pero la palabra de impreciso significado, al pretender ocultar las borracheras del marido, señalaban todo un universo de tristeza, de aceptación de la tristeza, de generosa voluntad.

Digo que el alma de mi madre era una apariencia de serenidad que guardaba en su quietud el deseo de revuelta —la tentación de la fuga— dominado en su raíz por la cristiana decisión de sacrificio y de la admisión del dolor como peso natural de la existencia; soportaba calladamente los hilos de amargura que formaban el tejido de su vida y llegaba a convertir la pesadumbre en sutiles formas de grata satisfacción. El hecho de ser tenaz, resistente en el sufrir, le proporcionaba un ensueño de santidad que abría el goce inocente del orgullo.

Recuerdo a mi madre como a severa abadesa de un convento donde ella era la única monja rezadora. Se dirigía a sí misma con órdenes inflexibles que debía soportar en su propia carne; los demás seres estaban obligados solamente a no hacer imposible la severa ordenación. La casa —la primera, donde nací, adonde llegó el cadáver del padre, en redor de la cual se extendió la peste— se marca en el recuerdo como una imagen reposante en cuyo silencio se desmenuza un canto de pájaros y el ruido de un chorro de agua. Las casas dirigidas por mujeres, en las que el hombre es apenas un accidente molesto, me han hecho siempre esa impresión conventual; por eso sentí más tarde, cuando vivía en la pensión de doña Rosita, que también había allí una forma de convivencia frailuna a la que, en determinado momento, llegó el saludable envión diabólico de Lola Ortiz.

Si Lola Ortiz fue en mi juventud un demonio iluminado por líricas alas calientes, en la calma de la casa donde se gestaron mis años infantiles había también un pequeño y desagradable diablo perverso: mi padre. Cuando salía de una de sus etapas de «enfermedad» y de «locura», pretendía ejercer autoridad con enfático celo (como si el sacristán quisiera alzarse contra la autoridad de la Madre

Superiora). Sus gritos de inconformidad sonaban molestos e insistentes y afirmaban una agria protesta inútilmente airada: «¡Aquí no se atienden bien mis órdenes!».

Su grito demostraba con su furor mismo que era sólo un ruido molesto.

Con relación a todas las mujeres que se movían en su cercanía, actuaba con exigentes celos, como si todas tuvieran con él relaciones de amor. Eran —pienso ahora— celos epidérmicos, hechos de imaginación y de neuróticas impaciencias. Cuando la cocinera presentó síntomas de preñez y se habló en la casa de sus relaciones con Malabar, el panadero, el furor maniático de mi padre chisporroteó con estampido de inútil pólvora. Entre chillidos y teatrales ademanes discurrió sobre la inquieta naturaleza de las mujeres, sobre su propensión al vicio, sobre sus desaforados deseos y su absurda lujuria, demostrada en el hecho de que siempre preferían hombres fuertes, vulgares y jóvenes. Parecía como si él hubiese hecho proposiciones a la cocinera y ésta lo hubiese despreciado por el mozo oscuro que asomaba el colmillo entre los gruesos labios en el gesto de la risa. Se hacía incisivo el padre en su algarabía y soltaba cortas insinuaciones repletas de perversa intención, cargadas de sarcasmos y grosera acritud.

—Les gusta el beso y la sinvergüenzura.

—Por el rato sabroso son capaces de todo.

Quien lo escuchara en esos momentos podría suponer que llevaba vida de severo ascetismo y que no aceptaba ninguna posibilidad de abandono al placer y la sensualidad. Tal vez sea eso cierto. Es posible que el alcohol le sirviera sólo para hacer el diálogo con su propia alma angustiada. He conocido borrachos que soportan su canallesca embriaguez con amor de castigo. Cuando mi padre lograba zafarse de la costumbre alcohólica se negaba empecinadamente al cigarrillo, a la relación amistosa, a las comodidades y al descanso que hubiera podido gozar normalmente.

Pasada de la severidad a la más asqueante forma de entrega y cada una de sus personalidades desconocía —así pienso hoy— la existencia de la otra y demostraba odio y repugnancia por las costumbres que, en otras oportunidades, eran su norma de conducta. A veces, un rasgo del parrandero se entremetía en la vida del severo sermoneador y la grosera jactancia del visitador de burdeles aparecía en la tierna luz del saloncito familiar donde Rosa, la costurera, zurcía y cosía la ropa blanca de la casa.

Cuando llegué a comprender estas cosas, ya el padre estaba muerto. Guardé, juntas y contradictorias, la imagen «del enfermo» cuyo vicio pretendía ocultar mi madre, la del irritante chillón que deseaba lograr la obediencia de todos a sus alocadas órdenes y la del tembloroso héroe, víctima del Tirano, desaparecido de pronto de la casa, como en una jugarreta teatral.

Durante cierto tiempo pareció que nada extraordinario sucedería a causa de la desaparición del padre. La calma de la casa se hizo completa. La madre añadía padrenuestros suplementarios a sus plegarias todos los días para rogar el regreso del «ausente».

Al fin lo cierto fue que la falta del payaso perverso y arisco que era mi padre, produjo en la familia muy grave desequilibrio económico. A pesar de sus desórdenes, el doctor Aníbal Espejo sabía obtener el dinero suficiente para que la casa marchara decentemente.

Mi padre era, según entiendo, abogado que mezclaba sus actividades profesionales a las de agente de negocios:

un intermediario en la compra y venta de inmuebles y acciones bancarias. Poca fortuna dejó y mi madre viuda se vio obligada a reducir cada vez más los gastos.

Algunos meses después de la muerte del padre (extraño caso en el cual el regreso del ausente, quieto en su negra caja, significó su desaparición definitiva) fue preciso cambiar de casa.

LA CASA DE LA ADOLESCENCIA

Vivimos entonces en una calle tortuosa, con yerba a la orilla de las paredes y aceras de lajas, como en los grabados de la ciudad antigua. El olor de la miseria parecía vecino. En el pequeño corredor había pobreza y pulcritud. Yo diría que había pobreza tradicional, como definición de mi familia candorosamente orgullosa de su distinguida penuria, de los antiguos bordados, de los viejos encajes, de los tejidos, de los muebles transmitidos de generación en generación.

En el mínimo saloncito un jarrón, un armario, daban a entender que la familia se había movido alguna vez en una atmósfera de grata luz donde resonaba la música y se hablaba con palabras finas y entusiastas de un verso, de una canción, de una pintura.

Creía sentir en aquellas cosas (los muy pocos objetos hermosos que quedaban) el roce de gentes que habían vivido con pasión, con fuerza, con elegancia y habían buscado la belleza, la gloria, la santidad. Por el lado paterno había siempre algo parecido a un adorno exaltado, de brillo inquietante; por el lado materno el gusto mediocre de burgueses serenos, gozadores de los frutos pequeños y delicados de un arte recatado y familiar.

Por el lado paterno —he pensado más tarde— hay santos, artistas, gobernantes, héroes, vividores, comerciantes. Una especie de arriesgada voluntad a la que se une un ribete de locura. La familia de mi padre me ha hecho decir que cuando los hombres quieren ser perfectos y no lo logran, suelen negar a canalladas el fracaso de sus sueños.

Para la pequeña casa, era mi madre la que marcaba su serenidad. Una serenidad pequeña y pulcra. Sus deseos de sostener la familia —mis inquietos comienzos de adolescente, los estudios en Europa del hermano mayor— la obligaron un poco más tarde a aceptar en casa a Juan Ruiz, muchacho flaco, moreno, pequeño, a quien los directores del seminario colocaron como pensionista en el severo lugar católico que era el mío, mientras su tío, Monseñor Ruiz —cura de un lejano pueblo de provincia— decidía lo que debía hacerse con respecto a la educación del mozalbete.

Juan Ruiz había venido a Caracas para ingresar al seminario, pero pronto demostró que no tenía vocación sacerdotal. Él y yo seguimos estudios en el colegio de los jesuitas y juntos realizamos algunos importantes hechos de la adolescencia. Separados luego durante varios años, volvimos a encontrarnos en la abigarrada convivencia de la pensión de doña Rosita.

Mi madre —ya lo he dicho— se ahogaba de preocupaciones durante los años subsiguientes a la muerte del padre. El nombre de Luis, el hermano viajero por Europa en estudios de pintura, saltaba de los labios maternales en continua muestra de ansiedad. Luis debía regresar para ayudarla; si Luis estuviera en Caracas todo se arreglaría.

Para mí, Luis era un personaje que se suponía existente, pero con el cual no me unía otro afecto que el interés por los cuadros, bocetos y dibujos guardados en casa. Los dibujos de mi hermano constituían para mí una gran zona prohibida. No es que las obras tuvieran sentido pornográfico. Desnudos académicos, realizados en líneas firmes que, según he visto más tarde, podían tener cierto sentido de fría copia arquitectural, eran guardados cuidadosamente por mi madre en un antiguo armario del cual se desprendía olor a naftalina.

(Es posible que yo haya señalado desde temprano una relación de naftalina-alcanfor y desnudo-peste. Hago esta observación sin darle la menor importancia, pero es bueno recordar que la peste quedó grabada en mi memoria por la desnuda pierna del cadáver de Juliana.)

En cambio, sobre las paredes del salón estaban colgados muchos apuntes de paisajes; un canal de Brujas, una calleja de Roma, el campanile del Giotto en Florencia, la fachada de una casa de Pompeya, la espiral de una escalera en el castillo de Chambord. De aquellos apuntes surgía una imagen vaga del mundo a la cual estaba unida subterráneamente la certeza de los cuerpos femeninos dibujados en exacta claridad y escondidos por la madre en el antiguo armario.

Yo miré algunas veces esos dibujos. Los encontraba atractivos, aunque para mi descargo debo decir (porque jamás he creído en el talento artístico de mi hermano) que prefería siempre las figuras contenidas en las páginas de los «libros de arte» que Luis enviaba de cuando en cuando. La impresión que me causaron al principio estas estampas fue una grata impresión de curiosidad y de paz.

El padre Iturriaga tiene la culpa de que yo le diera nombre pecaminoso a la contemplación de las imágenes del cuerpo humano realizadas por los artistas de la antigüedad. Un día de vacaciones miraba yo la reproducción fotográfica de la Venus Calipigia; había llevado el libro al colegio, por lo cual hay que pensar que no lo suponía especialmente unido a mis revelaciones sexuales de iniciación adolescente. Mi madre, que escondía los dibujos de Luis, dejaba en mis manos esos libros con la mayor naturalidad. El padre Iturriaga, por el contrario, me preguntó mirándome a los ojos: «¿Es que no te vienen malos pensamientos cuando miras esa clase de estampas?».

Yo no supe qué contestar. Probablemente me di cuenta de que, efectivamente, me venían malos pensamientos al mirar la redonda presencia de la Venus poderosa. La contemplación del desnudo artístico fotografiado pasó a formar parte de lo que merecía estar encerrado en el antiguo armario oloroso a naftalina. El hecho de que yo hubiera estado autorizado para ver aquellos libros no era más que un error de mi madre, error pronto corregido por probables decisiones del padre Iturriaga.

Comencé a mirarlos a escondidas. Cuando Juan Ruiz vino a vivir a casa los puse en sus manos como si estuviera ejerciendo sobre él una oscura insinuación. Sobre la base de aquellas fotografías (y no era raro que se llamaran reproducciones, como si aludieran al acto sexual) iniciamos Juan Ruiz y yo muchas conversaciones en las cuales nos inventábamos posibilidades de iniciar el conocimiento del sexo, el encuentro con alguna prostituta o inventábamos amores extraordinarios —impulsos sentimentales por alguna muchacha que mirábamos en la calle— que, en verdad, jamás pasaban de esas confidencias.

Puedo recordar el caso de Flor.

Flor Martínez era una chiquita rubia, delgadísima, de ojos azules y cabello de tierna debilidad, como yerbecilla quemada por el sol. Había mirado a Flor con frecuencia porque coincidía en parte el camino que ambos debíamos hacer hasta el colegio. Flor no era vecina, pero el tranvía que pasaba cerca de mi casa hacía habitual el encuentro de todas las mañanas y de algunas tardes. Decidí enamorarme de Flor. Me esforzaba en producir dentro de mí pensamientos especialmente delicados a pesar de su sensualidad. ¡Si yo besara a Flor!... Ella tenía una especie de resplandor dorado sobre la piel de las mejillas: el fino vello que los escritores llamaban piel de durazno. Si llegaba a presentárseme una imagen francamente sexual, si llegaba a pensar en los posibles vellos íntimos de Flor, rechazaba indignado mi estúpido pensamiento. Eso, no. Flor era mi novia.

Un día subí al tranvía donde iba ella para descubrir su dirección. La seguí cuando bajó. Miré con cuidado el número marcado sobre su puerta —52, estoy seguro hoy igual que entonces—. Me detuve un rato frente a su casa. Ella apareció en su ventana sonriente. Era mi novia. Flor Martínez.

Muchas veces me acompañó Juan Ruiz en las caminatas que terminaban frente a la ventana de Flor. Cuando la muchacha aparecía sonriente entre los balaustres y yo comenzaba a recitar la letanía de palabras que suponía eran exacta traducción del amor («Linda. Boquita de rosa. Piel de durazno. Cielo de tus ojos azules»), Juan me miraba con cierta burla despreciativa. Mi comedia de enamorado le parecía sospechosamente teñida de falsedad. Yo no pude sostenerla mucho tiempo, entre otras razones, porque por entonces realicé una serie de actos que fueron los preliminares del «acto de protesta».

El primero fue «el acto de la feria».

EL ACTO DE LA FERIA

Fue por la noche. Yo había ido a buscar una novela a la casa de Joaquín Pérez Ponte. Este Joaquín cuya amistad me ha acompañado a lo largo de la vida, era un compañero de colegio —rico, alegre, fuerte, simpático— quien (no me explicaba entonces por qué) mostraba especial interés por la literatura e intentaba escribir.

(Digo que no me explicaba el interés literario de Joaquín porque, desde muy joven, he pensado que estos negocios de arte están reservados en cierta manera a la gente pobre. No tengo razón especial para tal creencia, pero opino que el clima del arte se parece a la melancólica serenidad propia de las casas de los pobres.

Probablemente todo eso es un error y tiendo a creer que las condiciones dentro de las cuales crecí son las más favorables al ejercicio de una actividad que siempre me ha atraído.)

En todo caso, el muchacho Pérez Ponte demostraba mucho interés por la literatura y compraba todos los libros que deseaba. Su biblioteca estaba a mi servicio.

Esa noche —la noche que anuncio con grandes gestos que solicitan la mayor atención— fui a la casa de Joaquín en busca de una novela dramática y complicada donde había espadas y bocas, amores y pendencias. Había cenado en la mesa de los Pérez Ponte; había estado en contacto con la linda porcelana, el brillante cristal, había probado

la sabrosa comida de aquella familia rica, cordial, cariñosa. (La madre de Pérez Ponte era bellísima, elegante, muy grata en su trato de sonriente intimidad.) En el saloncito pequeño cercano al comedor sonaba la música y un trago de vino moscatel estaba presente como perfumado calor.

A la salida de la visita hice el «acto de la feria».

¿Merecerá la pena de ser contada una aventura tan pequeña y personal?...

Yo era un niño. Bien cierto es que la conversación con Pérez Ponte había estado relacionada con temas eróticos y que Joaquín había llegado a afirmar que había estado en la cama de la sirvienta. «¿En la cama de la sirvienta?... Pero los cuartos del servicio huelen muy mal... aun a través de la puerta entreabierta... ¿entonces?...» Pérez Ponte reía. Contó con palabras gruesas y precisas —palabra de oscuro deseo, de inquietud, de sombra, de pétalos y pelos— su coito con la sirvienta.

—Si tú quieres la llamo aquí con cualquier pretexto.

—¿Para qué?

—Para que la veas.

—¿Verla?

—Es una sinvergüenza capaz de cualquier cosa.

Capaz de cualquier cosa. Capaz, por ejemplo de hacer lo que se debe hacer en un momento cualquiera, cuando un hombre —un hombre, digamos, yo, claro está, Narciso Espejo— tenía ganas, de pronto, en un instante de caliente deseo y de cariño, entonces, capaz aquella mujer de convertirse en desnudez, en tiniebla de pétalos y pelos, en sombra de sudor y de saliva. De esa confusión surgió mi voz difícilmente segura:

—¿Cuál sirvienta? ¿La que servía la mesa?

Joaquín habló con dejo de hombre conocedor de la vida, de sus amarguras, de sus tristezas, conocedor de la infinita variedad de las mujeres y de los sentimientos femeninos.

—¡Hipócrita esa mujer!... El otro día, en el comedor, delante de mamá, con pretexto de alisar el mantel, me pasó la mano por las piernas y me agarró. ¿La llamo?

—Llámala.

El momento de azarosa espera terminó cuando apareció la mamá de Pérez Ponte. Iba a un concierto, a un baile la señora. Yo la miraba acariciar a su hijo, besarlo desde la lejanía de sus pieles, de sus joyas, de su perfume. Había allí una circunstancia equívoca. Aquella señora podía convertirse en tiniebla y desnudez también. Igual que la sirvienta que llegó en aquel momento y se retiró sin que nadie le ordenara algo. Yo me despedí entonces. Tal vez fue la sirvienta una sombra que pasó a lo largo del patio mientras Joaquín me acompañaba hasta la puerta.

Un poco más tarde, yo —Narciso Espejo, adolescente de Caracas— esperaba en una esquina de mi ciudad natal la llegada del tranvía. Ese sitio de espera se llamaba la esquina de El Pájaro. Quien desee pensar alusiones al respecto puede hacerlo. Ya no estoy en edad de conmoverme con juegos de palabras chistosos.

Esperaba aquella noche de mi adolescencia en el cruce de dos calles oscuras adornadas con faroles distantes. Una esquina de mi ciudad, como cualquiera otra, con su farmacia, su pulpería y su venta de licores; entre mis manos, el libro magnífico de amor y de aventuras. El caballero hacía rodar sus dedos por el límite del descote de la duquesa. «¡Oh, monseñor! ¡Atrevidas manos tiene vuesa merced!».

De pronto, sentí cerca de mí la presencia de la feria.

Música de organillo en el sombrío viento, lejano rumor de muchedumbre gozosa. Desde un rincón de la ciudad surgía hacia la noche el rojo resplandor de aquel tumulto. Una guirnalda de bombillas multicolores adornaba el negro hormigueo de aquel sitio donde se adivinaba un regazo de árboles. Junto a la Plaza de Toros, la feria; una brasa terrenal, inquieta, capaz de producir el rezongo de muchas voces y la espiral melódica de la música de un vals tristón y popular. Una brasa terrenal muy diferente a la alta brasa del misterio de la Ciudad de Dios.

Era como si me llamaran desde allá, desde el remoto rincón donde se confundían luces, árboles, rezongos, sombras. Era como si allá se encendiera la intimidad de la sirvienta de Pérez Ponte, aquella mujer grosera, capaz de tocar en público a un hombre mientras fingía ademanes de servicio hogareño. Era como si me llamaran desde allá y la lejana llamada me rozaba el pellejo como la brisa fría.

Yo llamo a esto el «acto de la feria».

Ya se acercaba el ruido del tranvía, el chirrido de los rieles y de la estridente masa de hierros; cuando dirigí mis pasos hacia la feria. No me separaban del sitio rojo y hormigueante más de cuatro minutos de marcha. El tiempo de comprar el ticket en la taquilla, el tiempo de dejar en manos del portero el papelito que permitía la entrada, la duda de si me dejarían pasar —si podrían considerarme un niño porque todavía no usaba pantalones largos.

Yo podría explicar:

> *Señor ya yo tengo ordenados en la sastrería los pantalones largos. El sastre tomó las medidas hace unos cuantos días. Desde el año pasado debería de tenerlos, pero mamá ha retardado exageradamente la decisión sobre mis pantalones de hombre, porque en casa hay ahora muchas complicaciones de dinero. Desde que murió mi padre, ¿sabe usted?, las cosas van mal. No es que antes fuéramos ricos, pero yo no creo que hubiera tantas dificultades. Ahora por fin, mamá ha tenido que ordenar en la sastrería los famosos pantalones —un traje de casimir y dos de dril— porque el padre Iturriaga en persona le hizo ver que yo resultaba risible e indecente con estos calzoncitos de niño. El padre Iturriaga tiene razón y cualquiera se hubiera dado cuenta (excepto mi madre, quien no tiene por qué fijarse en estas cosas) de que yo estoy ya demasiado desarrollado, como puede usted mismo ver...*

Ya estaba dentro del recinto cercado por planchas de zinc donde vibraba la feria cuando terminé el desarrollo de mi razonamiento sobre el tema de mis futuros pantalones largos. El ambiente donde me movía era apasionante, con el montón de gentes que reían, hablaban, hacían gestos y constituían en sí mismos el espectáculo. Demasiado apasionante aquel tumulto, tal vez. La timidez, la curiosidad, el asombro, la satisfacción de haber logrado estar allí y de dominar mis temores, me obligaban a atender a los pensamientos que surgían dentro de mi cabeza. Continuaba pensando una larga excusa, dirigida a cualquiera de las personas con las cuales me cruzaba. Una excusa dirigida a la feria toda:

> *Señor, señora, señorita... Podría usted suponer que yo estoy aquí un poco fuera de lugar. Creen ustedes que yo soy*

un niño que se ha metido en este sitio por sorpresa o por engaño, a escondidas de sus padres... En realidad, mi madre no tiene razón alguna de saber que yo estoy aquí. A estas horas, ella, probablemente, está rezando o encendiendo la pequeña lámpara de aceite que coloca ante la imagen de San José. Es posible que esté angustiada, como siempre. Tal vez escriba ahora una de esas cartas que hace en estos últimos tiempos, para lograr que el Gobierno pague el regreso de mi hermano, el que estudia pintura en Europa... Yo creo que Luis no quiere regresar, aunque debe darse cuenta de que mamá lo necesita. Ahora, en su última carta, le ha dicho a mamá que está casado y que, si regresa, tiene que venir con su mujer. Una mujer que se llama Marta. Ciertamente mi madre no sabe que estoy en la feria, pero eso no quiere decir que yo, por mi parte, esté cometiendo algún crimen, ni siquiera una falta... aunque usted podría considerar que se trata de un pecado... digamos que un pecado venial. En todo caso, aunque uso todavía pantalones cortos, ya soy un hombre y pueden ustedes creerme cuando digo que la vida sexual no tiene secretos para mí... No, no he estado todavía con una mujer, pero uno cualquiera de estos días lo haré. Estoy decidido a hacerlo y, por lo tanto, bien puedo venir a la feria, ya que pronto visitaré un burdel.

Me sorprendí de encontrar en mis labios las palabras de este largo monólogo que continuaba extendiéndose en mi pensamiento. No me agradó observar que hablaba solo, como los locos, pero continué conversando conmigo mismo.

Me pongo a decir palabras, porque tengo miedo, porque estoy tímido y me siento ridículo. De todas maneras he tenido el valor de entrar aquí. Naturalmente, si no estuviera como encogido dentro de este gentío, pudiera gozar de todo con tranquilidad. Es magnífico esto. La gente toda parece nerviosa; yo estaría más tranquilo si encontrara algún amigo que me acompañara. He debido pensarlo antes y decirle a Pérez Ponte que se viniera conmigo. Joaquín debe estar ahora acostado con la sirvienta.

Era una feria como todas las ferias del mundo aquella feria, pero era también mi primera actuación personal. En algunos quioscos había ventas de cerveza, de helados, de sandwichs. Más allá daban vueltas vertiginosas unos carritos. La alta rueda vertical hacía subir hasta sobre los techos aquellos pequeños cajones donde se mecían hombres y mujeres que reían a chorros de cosquilla. Los caballos, cisnes, conejos, tigres de madera pintada giraban en torno al organillo del tiovivo. Había sitios como la casa del misterio, donde una mujer agitanada, vieja, con enormes ojos brillantes de ojeras azules, ofrecía la adivinación del porvenir por la cartomancia y la lectura de las líneas de la mano. Era aquella una feria como todas las ferias del mundo. No faltaba el payaso que hacía propaganda de algún producto medicinal, ni la tienda donde se encontraba la cabeza parlante, ni las casetas de tiro al blanco, donde pasaban hileras de patos de yeso ante los espectadores que preparaban sus rifles. Era una feria como todas las ferias del mundo. Había también ruletas.

Pocas veces he hablado de este asunto. Dudo si ha habido razón valedera para que me haya referido a él

en este mi cuaderno de memorias y olvidos. El «acto de la feria» tiene apenas la importancia de un inquieto ramo de ansiedad. No sucedió nada aquella noche y, sin embargo, surge su huella desde el sombrío rincón del recuerdo, como una armoniosa composición de contrastes oscuros y encendidos, de donde brota la emoción de un adolescente.

Es posible que yo sintiera los momentos nocturnos que rodearon el «acto de la feria» como señalados por el destino y quisiera pedir al azar una demostración de su signo benéfico. Había ruletas en aquel sitio de árboles y bombillas. Miré cómo se hacía el juego bajo la dirección de un hombrecillo pálido, tembloroso, de ávidas manos. Busqué su número señalado por buenas influencias. El número de la casa de Flor, 52. Debería jugar el 7. «Si pierdo tendré que irme a pie hasta casa. Es muy lejos y me parecerá más lejos a través de la noche. Mamá se va a angustiar». Una monedita sobre el 7. Perdí.

Mientras atravesaba la ciudad nocturna, caminaban en realidad mis pensamientos. Ya estaba decidido que, después de haber ido solo a la feria, buscaría a una mujer. Hablaría de ese asunto con Juan Ruiz. Era necesario conseguir una regular cantidad de dinero. «No he estado con una mujer, pero, ahora, después de haber ido a la feria, me meteré en un burdel cualquier noche». Las luces de las vitrinas del centro de la ciudad caían sobre mis razonamientos. La estatua del Libertador, el oscuro bronce verdoso, en mitad de la plaza me designaba un ademán de misterio. Bolívar tuvo queridas. Se lanzó en el amor de las mujeres con pasión que merece respeto. «Yo me meteré en un burdel una noche de estas. Hablaré con Juan Ruiz. Buscaremos una francesa. Dicen que las francesas son más corrompidas. ¿Corrompidas?... Bien. Hablaré con Juan Ruiz. Hay que tener un poco de dinero».

Sobre la ciudad la noche era brillante, con estrellas. La montaña se eleva sobre el cielo, solemne.

EL COMPAÑERO JUAN RUIZ

Ya he contado que, por aquel tiempo, llegó a vivir en mi casa Juan Ruiz. Desde un poco antes —varios meses, tal vez más de un año— era compañero de colegio aunque, en cierta manera, estaba bajo el control del seminario y, por otra parte, formaba igual que yo en el coro de voces infantiles que intervenía en las misas y ceremonias religiosas del colegio, del seminario, de la catedral o de la iglesia de San Francisco.

El caso de Juan Ruiz me interesaba, porque en el hecho de haberse negado a vestir sotana —para lo cual lo destinaba su tío, monseñor Ruiz— miraba yo una hermosa demostración de rebeldía. Me parecía que Juan Ruiz iba a ser siempre un rebelde. Si no lo ha sido luego, puedo suponer que su ausencia de Caracas en el momento que hubiera hecho natural su pública protesta contra El Tirano, le impidió unirse al grupo estudiantil que dijo una palabra serena y altiva para romper el silencio que pesaba sobre la tierra venezolana.

No le doy demasiada importancia al «acto de protesta», ni Juan Ruiz se la hubiera dado tampoco en el caso de habernos acompañado en el «gesto», pero, como especiales circunstancias se lo impidieron, le ha quedado su ausencia como un remordimiento.

Comprendo que no es juicioso convertir una oportunidad fortuita en razón permanente de la vida. Juan Ruiz no estuvo presente en el grupo de estudiantes que firmamos una carta altiva, que fuimos presos, enviados a trabajar en la construcción de una carretera, detenidos

en las bóvedas del Castillo Libertador de Puerto Cabello. Eso le ha hecho adoptar una actitud de timidez rabiosa. Digo que es esa la razón, pero quién sabe cuáles motivos más profundos han intervenido para hacer de Juan un hombre tímido, arisco, reservado.

Con estas consideraciones me adelanto a los acontecimientos que relataré más tarde. Ahora debo contar la iniciación de mi amistad con este compañero a quien veo muy poco, a pesar de que conservo por él la confianza y el cariño que todos tenemos por las gentes que formaron parte de nuestra intimidad en los años de adolescencia y de la juventud.

Cuando lo conocí de niño era un espíritu sano, fuerte y decidido a defender su derecho a la vida; sin aspavientos ni gritos, aquel muchacho era un hombre respetable. Cuando, años después, nos encontramos en la pensión de doña Rosita, se había cambiado a un ser débil y medroso. Con la madurez ha logrado ciertas apariencias de serenidad y ha continuado una obra literaria de tono menor, fabricada a retazos dentro de una forma simple y fina.

Yo que lo conozco bien podría decir que su vida no corresponde en manera alguna con su obra. Es una vida pobre, atormentada, sin especial significado en su soledad. Alguna vez lo ilumina de goce el encuentro con un hermoso libro o con una tarde resplandeciente. Suele telefonearme cuando pasa por una de estas etapas de fervor artístico y hablamos de los tiempos, de las circunstancias, de los acontecimientos que nos fueron comunes. Juan Ruiz cree que nuestra juventud fue hermosa. La idea de que toda juventud es bella resulta un prejuicio muy generalizado.

Una de las atmósferas que vivimos en común Juan y yo fue la del coro infantil que los superiores del seminario y del colegio utilizaban para cantar las partituras de sopranos y contraltos. Yo no llegué nunca a destacarme dentro de la fresca gritería armoniosa del coro; enronquecí muy pronto, a pesar de lo cual asistía a los ensayos y reuniones del grupo cantor y repetía las melodías con cierto entusiasmo burlón.

Juan Ruiz tenía buena voz y oído preciso. Para el Tantum Ergo *de la capilla se alzaba el delgado hilo de la voz de Juan con un temblor de copa que se va a quebrar.*

(Gentes hay que gustan de ese cristal quebradizo que hace un camino de segura incertidumbre sobre las notas del pentagrama: una voz equilibrista sobre la cuerda floja de la melodía. Si se cae o no, si se rompe en sollozo o logra alcanzar la próxima altura, si vuela en fino miedo y queda arriba. Aleteando su indecisión. Hay gentes a quienes gusta ese drama de la angustiada vibración que parece insostenible y que cobra fuerzas de su propia debilidad.)

Juan Ruiz poseía la facultad de insinuar la posibilidad de que se rompiera la cuerda frágil de sus armoniosos gritos que volaban en la capilla como rápidos movimientos del aire cuyos dedos hacían temblar los coloreados vitrales de las ventanas.

Lo conocí como guía y ejemplo musical del grupo cantor. Mientras subíamos las polvorientas escaleras del coro de San Francisco iniciábamos amistosas conversaciones; sentados en los antiguos asientos de madera labrada —con angelones dorados y litúrgicas hojas de vid— decíamos nuestros deseos de adolescentes en aquel

sitio sombrío, tras del órgano, lugar tenebroso donde antaño dijeran los frailes sus maitines. La sombra allí era pesada y daba a los relieves de la madera extraordinaria intensidad. Cuando se llegaba a fijar las figuras esculpidas en el espaldar o en los brazos de los sillones, parecía que se entraba en contacto con la huella de sucesos que apenas se imaginaron hace mucho tiempo y que nunca tuvieron realidad.

Entre uno y otro canto, entre una y otra parte de la misa, el tiempo podía ser utilizado con la más osada actividad imaginativa: pensar que del más oscuro rincón podría surgir un pirata, un arcángel, una doncella; pensar que en la entraña misma del órgano —cuyo aliento era necesario renovar a fuerza de brazos— se forjaba una escena de místico erotismo entre imprecisos fantasmas de los tiempos pasados.

«Domine, non sum dignus...».

La voz de Juan Ruiz extendía las sílabas de las frases como un arabesco de ternura. Me contaba entonces que decía aquellas palabras como una declaración amorosa dirigida a un ser misterioso y desconocido, a una mujer brillante y maravillosa cuyo amor producía dolor, deseo, dulzura destilada en los filtros del alma tendida hacia el infinito en magnífico flechazo. Claro que ni él ni yo teníamos entonces las palabras necesarias para explicar nuestros sentimientos, pero la verdad es que las teorías que Juan aplicaba al canto encontraban en mí la mejor disposición. Yo también pretendía poner modulaciones de endecha amorosa en el Domine, non sum dignus... *«Yo no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di una sola palabra y sanará mi alma»... Una sola palabra. La palabra esperada. Una pequeña frase que no podía ser sino te quiero. Era Flor la que decía te quiero.*

En las olas de la música nuestra alma de adolescentes seguía la serena modulación armónica. Lejos, en el fondo de la iglesia, tras la delgada nube del incienso, los oros del altar marcaban su duro fuego, su llameante arquitectura de brasa y hermosura. De aquel sitio encendido surgía la voz de los sacerdotes y, entre la niebla azul del sacrificio, se movían las figuras revestidas de sedas, de encajes, de brillantes bordados.

*El canto gregoriano brotaba entre las nubes olorosas y hacía la alabanza de Dios: ¡*Gloria in excelsis Deo*! Y, desde el coro, el grupo de chicos respondía, apoyando su impericia en la sabia seguridad de los adultos tenores, barítonos y bajos mientras el órgano dejaba correr el grueso torrente surgido de sus trompas de plata.*

¡Gloria, gloria, gloria!

La iglesia se encendía de afirmaciones violentas y metálicas. Poder, orden, riqueza, lujo, majestad, decían los sonidos de la música solemne.

¡Gloria, gloria, gloria!

Los muchachos sentíamos la presencia de nuestro canto dentro de la armoniosa fuerza musical. En el territorio de lo auditivo se elevaba también una construcción solemne y brillante como los dorados altares y la voluta musical correspondía con el movimiento de un incensario humeante balanceado entre las manos del monaguillo: surco de plata junto a la roja mancha de la sotana.

¡Gloria, gloria, gloria!

Los barítonos, los tenores, el coro infantil, repetían la frase que ordenaba la paz para los hombres de buena voluntad. El canto de todos dibujaba la Ciudad de Dios, perdida entre las brumas de la infancia como el oro del altar tras de las tinieblas del incienso.

La amistad entre Juan Ruiz y yo —comenzada en aquel ambiente de dominus vobiscum y et cum spiritu tuo— se hizo más firme por la decisión de enviarlo a vivir en casa. Los directores espirituales de mi madre conocían tanto los problemas de la viuda desamparada como los del chiquillo a quien el tío sacerdote enviaba al seminario sin tomar en cuenta su voluntad. Buscando resolver ambas difíciles situaciones, Juan Ruiz fue colocado a la sombra devota de la señora Espejo. Los resultados definitivos de esa decisión no fueron favorables a los deseos del seminario.

Desde el comienzo de nuestra amistad hubo entre Juan Ruiz y yo una voluntad de confidencia cuya razón final vendría a ser que ambos necesitábamos el encuentro con alguien a quien suponíamos semejantes. Yo le contaba las historias de la Ciudad de Dios, de las borracheras y la prisión del padre, de la peste y del cadáver de Juliana. Juan Ruiz decía que él venía de un pueblo árido y seco donde la única alegría estaba fabricada a base de aguardientes y terminaba frecuentemente en pendencias sangrientas. Había crecido en una casa donde hacían nido bandadas de murciélagos y donde sonaba el balido de una chiva, atada a una estaca en el solar del fondo. El tío era un hombre obeso y vulgar que cuando hablaba de religión se refería a las posibilidades monetarias que le proporcionaban las fiestas patronales y a la avaricia de los fieles, olvidados de que el servidor de Dios debía estar sostenido por sus parroquianos.

Era el tío cura el que lo había obligado desde pequeño a aprenderse latines y a sentirse rodeado de pecados como de murciélagos. Juan era el hijo de una hermana del cura y era, también, el gran pecado de esa pobre mujer a quien Juan apenas recordaba, porque había muerto cuando su pecado comenzaba a andar. Gente hubo que contó al muchacho que su madre había sido víctima de monseñor Ruiz, quien la acosaba con el recuerdo de su falta. Luego, quería lavar al niño de aquella negra hora diabólica que tanta vergüenza y tanto rubor habían producido en el sacerdote.

Antes de enviarlo a Caracas, monseñor Ruiz mandó a hacer una sotana para el futuro seminarista.

Sobre esta época, Juan ha escrito una novelización de sus recuerdos. Un día de tristeza y depresión me confió esos papeles; me dijo que él no sería jamás escritor y que tal vez a mí me servirían de algo. Los copio a continuación:

> ¡No quiero, no quiero!, gritaba mi alma empavorecida; pero esos gritos mordidos junto con la funda de la almohada húmeda de sudor y de lágrimas, no eran escuchados sino por mí mismo. En aquella terrible casa del pueblo, donde se escuchaba de noche el rumor de seda de los ratones que vuelan, yo era como un pequeño miedo, como un hueso de dolor.
>
> Cuando llegué a Caracas, ya lejos del tío obeso, vulgar, eructador, lleno de gases, de toses y de ahogos, pude encontrar alguna tranquilidad. Es muy posible que el seminario pueda parecer a alguien un sitio de severa disciplina; para mí fue grato, al compararlo con la vigilancia degradante de mi tío el presbítero. En el seminario pude decir a algún otro seminarista, que no quería ser sacerdote, que no tenía la menor vocación. Cuando el tío cura estuvo lejos gocé la posibilidad de hablar, de no morder entre sollozos la funda de la almohada. Lejos del tío cura dije que a mí me gustaba la calle, que deseaba ser político, tener dinero, ¡casarme!

Uno de los directores me llamó un día. Era un viejo de mirada triste y serena. Lo recuerdo con respeto y ternura; el anciano había conocido mis afirmaciones.

—¿Es cierto que no tienes vocación? —me dijo.

—Cierto es —respondí—. Esto (y agarré la sotanilla) me molesta.

—Puedes dejar de usarla.

—Me molesta todo.

El anciano habló de las cosas de siempre: la voluntad de Dios, los designios de Dios, las intenciones de Dios.

Sí. Ya yo había escuchado muchas veces esos razonamientos conforme a los cuales Dios era un personaje capaz de valerse de una serie de artimañas para imponer su voluntad en el corazón del hombre y luego, cuando ya éste sentía como propios los designios divinos, el personaje sonreía sarcástico, complacido de su astucia.

El anciano que hablaba como representante del seminario, lo hacía de manera teórica, suave, lírica. Aquella voz parecía indicar que los designios de Dios eran como la brisa tendida sobre la tierra del alma, sobre las yerbas, las montañas, las sabanas espirituales. No era conveniente oponerse a esa brisa. Lo saludable y sensato estaba en dejar que aquella fuerza se ejerciera en todo su poder.

Era eso —justo: eso— lo que yo temía. Eso: que la voluntad de Dios se apoderase de mí. ¡Tan pequeño y débil me sentía y debía esperar que la voluntad de Dios continuase con sus jugueteos, con sus trampas y travesuras hasta obligarme a sentir que no podía oponerme a sus deseos!... No; si la voluntad de Dios era que yo continuara en el seminario y me hiciera sacerdote, yo me oponía a la voluntad de Dios mientras hubiera tiempo.

Me sentí crecido hasta más allá de las nubes, más allá del azul del cielo, ante el trono de la Trinidad Santísima. Exigía que no me molestaran más con tretas perversas. Yo quería que Dios me respetara, no quería que me obligara a vestir sotana, a decir misa y a cobrar por rezar ante un muerto el réquiem.

Por primera vez en la vida hablé claro ante aquel pacífico anciano.

—La verdad es que no quiero.

Estábamos hablando en un pequeño corredor alto, frente al campo deportivo donde unos cuantos ensotanados perseguían el balón de fútbol. El atardecer hacía del cielo un misterio brillante, entre lila y azul, con algo de pellejo de fiera, de ala de libélula, de caparazón de insecto, de piel de serpiente. Inquietante, morbosa la tarde, como si insinuara un movimiento de respiración anhelante aquella inmensidad azul que resbalaba sobre la alta montaña hasta adormilarse en un lejano barrio ciudadano.

—La verdad es que no quiero.

—No quieres hoy, en este momento; pero no puedes resolver tu vida en razón de un sentimiento que te ocupa un instante. Hay horas de desaliento. Espera. Reflexiona. Deja actuar la voluntad de Dios. Tu tío...

—Mi tío nunca me ha querido.

—Monseñor Ruiz es un buen hombre, un sacerdote meritorio; no puede quererte mal.

—Yo quiero salir de aquí, encontrar un trabajo, ser un hombre.

—Pero eres un niño, Juan. ¿Cuántos años?

—Trece voy a cumplir.

—Ten calma. Nada se hará contra tu voluntad. Se buscará lo mejor para ti, siempre. Lo mejor para tu cuerpo y para tu alma.

Se hizo una pausa. El cielo aceptó la congoja de la sombra. La voz del anciano sonó dulcemente serena.

—Deja de usar sotana, si quieres.

Aquella noche recé con fervor, como desde hace mucho tiempo no lo hacía. Sentí que podía tener confianza en Dios y rogarle que me dejase en paz. Dormí serenamente. He debido de soñar que todos los murciélagos del mundo habían muerto. Tenía derecho a alzar la voz y decir claramente lo que deseaba.

Aquí terminan las páginas que me cedió hace tiempo Juan Ruiz. Es posible que yo haya cambiado algunas expresiones, aunque creo que el contenido ha sido respetado integralmente. No lo sé. Desde hace algún tiempo me es difícil estar seguro de algo. Es posible que yo haya inventado algunos recuerdos de Juan Ruiz, como es posible que sea Juan Ruiz quien está contando mi historia y colocando sobre mi verdadero nombre —como un antifaz— ese seudónimo a medias mitológico de Narciso Espejo.

LOS ACTOS DE LA CAPILLA

La admiración provocada por los cuentos de Juan Ruiz y su insurgencia contra la voluntad del tío que quería hacerlo cura, me obligaban a imaginar para mí mismo sorprendentes historias que Juan escuchaba con benévola displicencia.

No poseía yo experiencias que pudieran asombrar la segura altivez del compañero Ruiz. Mis historias infantiles —aquellos sueños que pretendían equipararme a Dios— eran insuficientes; los cuentos de la prisión y de la muerte del padre, no me pertenecían; la osadía de haber ido a la feria no llegaba a llenar los requisitos de grandeza imprescindibles para causar asombro. Juan Ruiz conocía la vida, mientras que yo sólo había llegado a soñar apariencias y teorías de niño. Para que la amistad de Juan no se me hiciera insoportable en su importancia, tenía que componer un gesto que correspondiera a su valiente oposición frente a las tentativas de hacerlo sacerdote.

Suponer que yo pudiera actuar de manera semejante me era en extremo difícil. Nadie exigía de mí esfuerzos extraordinarios y a nada tenía que oponerme. Sin embargo, la línea que se había iniciado la noche de la feria marcaba su realidad con exacta firmeza. Yo sabía que algo avanzaba seguramente, como sabía también que ya había en mí la voluntad de afirmarme.

El incidente que provoqué algunos días después del «acto de la feria» fue, esencialmente, una travesura, pero fue también la continuación de un proceso que implicaba la realización de otros hechos de mayor valor. La circunstancia de que escogiera como víctima al padre Iturriaga da especial intención a la travesura en cuestión.

El padre Iturriaga era el profesor más cercano a mí —mi director espiritual, como diría él mismo. Me producía confianza y cariño aquel hombrón alto, grueso, deportivo, optimista y simpático que, en cualquier momento, se mezclaba en mis problemas personales, planteaba conversaciones en tono amistoso, aconsejaba a mamá la conveniencia de mandar a hacer mis pantalones largos, me preguntaba si las reproducciones de un libro de arte no me producían malos pensamientos o me decía —y allí

se originó, a fin de cuentas, la travesura—: «Hace algunas semanas no te confiesas».

El padre Iturriaga hablaba como si conociera de antemano las respuestas, jamás demostraba sorpresa. Cuando me habló de la confesión, afirmó, como si yo le hubiese respondido algo: «Naturalmente, cuando se permite que dominen las pasiones, parece mejor que no haya nada que recuerde la enfermedad del alma».

Es posible que, al oír esas frases, yo enrojeciera avergonzado, porque entendí —no sé si con razón— que el padre Iturriaga aludía a la práctica de la masturbación. Le dije que se equivocaba, que no había en mí dominio alguno de pasión malsana; que, sencillamente, pasaba por una época de poca devoción y que esa falta de devoción implicaba que no me considerase bien preparado para confesar y comulgar. Más nada.

—Es posible que haya interés en otras cosas que impiden la amistad de Dios. Mira, creo que el trato continuo con Ruiz no te conviene. No, no diga nada contra Juan. Es muy buen chico. Pero ha tenido una educación tan diferente a la tuya.

—¿Diferente?

—Me prometes no hablar de esto con nadie, ¿verdad?

Yo jugaba con una delgada sortija de plata, regalo de mi madre. Una sortija antigua.

—Nunca he sido amigo de chismes.

—Bien, bien, bien. Un hombrecito digno de confianza. Y ... Narciso, hace al menos cuatro años que te conozco, te escucho en confesión, sigo tu comportamiento en clase, estoy en cuenta de tus estudios. No te olvides de Dios, quien te ha dado condiciones de inteligencia y corazón que no todos poseen.

Silencio. La sortija entre los dedos, como un pequeño animal, como un brillo saltón.

—¿Cuándo te vas a confesar?, ¿hoy mismo?, ¿con otro padre, si es que te es difícil hacerlo con tu confesor de siempre?

Las preguntas del padre Iturriaga eran afirmaciones. Por la tarde (al día siguiente sería viernes primero y había especiales facilidades para la confesión) me arrodillé ante el padre Iturriaga, con la buena intención de decirle llanamente mis habituales faltas. Mientras rezaba el Yo Pecador sentí que se formaba dentro de mí un movimiento de feria, de poesía, de risa.

—Padre, he realizado actos lujuriosos.

—¿Pensamientos... tocamientos..?

—Actos.

Impersonal, como si recitara letanías:

—Contigo mismo, con tus compañeros, con personas de otro sexo.

No entendí lo que decía el padre Iturriaga. ¿Personas de otro sexo?... Tal vez esa alambicada forma de expresión hizo explotar la travesura.

—Conmigo mismo y con mujeres.

Era admirablemente satisfactorio enredar al padre Iturriaga en este magnífico embuste. Apenas pronunciada, mi frase vivía, daba vueltas y aletazos dentro de mí. El siguiente punto del interrogatorio cayó sobre mí inesperadamente.

—Soltera, casada, viuda...

Reaccioné del susto con exagerada fuerza.

—No sé, padre. ¿Cómo voy a saber?

Pienso ahora que lo natural hubiese sido que el padre Iturriaga me aconsejara serenamente y demostrase

la mayor tristeza por ver cómo mi alma se había manchado. Ha debido añadir alguna indicación sobre el riesgo de la infección venérea. Así lo había hecho cuando otros compañeros le habían confesado un pecado de lujuria. En mi caso no fue así. Es posible que tuviera dudas con respecto a mi sinceridad y, sin embargo, no le quedaba permitido dudar ya que, si yo no había cometido en realidad los pecados de los que me acusaba, estaba cometiendo el sacrilegio de falsear el contenido de la confesión.

El padre Iturriaga no podía acusarme de acto tan monstruoso; supongo que tuvo que llegar a la conclusión de que yo, en un momento de tentaciones especialmente atractivas, tal vez bajo la influencia de un trago de alcohol, había llegado a ciertos excesos cuya exacta significación desconocía y, por eso, consideraba en su imprecisa totalidad, como «actos de lujuria». Es posible que el padre Iturriaga quedara un rato en silencio revisando las posibilidades de mis palabras para elaborar el consejo correspondiente. Si en otras ocasiones el hecho de confesarme ante él había sido más un rato de charla amistosa que una tediosa relación de pecados, esta vez, por el contrario, el diálogo se había fabricado seco y exacto. Hubo la pregunta final:

—¿Más nada?

Y, ante mi gesto negativo:

—Reza un rosario y ruega a la Virgen que te defienda. Ella es madre de todos. Dios te bendiga.

Difícil me es explicar la satisfacción que obtuve por haber hecho la falsa confesión fabricada en un momento de burlona inquietud. Me divierte referirme a ella tras la distancia de muchos años, constatar que había pintorescas reacciones en el alma del adolescente Narciso Espejo. No creo que la pequeña escena hubiera estado preparada con anterioridad; sostengo, por el contrario, que venía hacia mí desde el futuro, de la necesidad de realizar actos que deseaba sentir míos aún antes de que existiesen; me acusé de aquellos pecados para estar cierto de que algún día los cometería.

Mis palabras de aquella tarde ante el padre Iturriaga me hicieron dueño espiritual de la lujuria. Durante largo rato me asombré de mi audacia. Bajo mis pasos estaba el camino de los grandes pecados «de la carne» y, por ello, era capaz de sonreír. Como inocente pecador sonriente, me senté en uno de los bancos de la capilla para rezar mi penitencia.

Cuando regresábamos hacia casa, le conté a Juan Ruiz el sencillo y grave acto de la falsa confesión. Juan, rió, aprobó:

—Muy bien hecho. Todos se creen que pueden dominarnos, controlarnos hasta los pensamientos. La mejor venganza es burlarse de ellos.

Yo añadí:

—Burlarse de ellos y de sus tonterías. Yo no creo en nada. Mañana al comulgar, tocaré la hostia con la mano. Dicen que eso es un gran pecado. Vas a ver. No creo en nada. Ya es sacrilegio haber hecho la falsa confesión. Será otro sacrilegio comulgar en pecado mortal. Además, tocaré la hostia. No creo en nada.

Creo que logré asombrar a Juan Ruiz. Me apoyó, sin embargo.

—Hay que ser hombre. Dejarse de tanta necedad.

EL ACTO DE LA HOSTIA

La cadena de los actos que marcan mi independencia ante el mundo que me rodeaba —los actos de adolescencia, podría decir— comienza con la feria, continúa con la falsa confesión y se afirma una vez más en el «acto de la hostia».

Cada uno de estos actos prepara los siguientes. Se cierra el círculo con la protesta y su pequeño apéndice «el acto de la medalla».

El «acto de la hostia» puede ser considerado como digno de especial interés, ya que supone la ruptura de un símbolo que se había considerado antes con el respeto que merecen la forma y la sustancia que, después del cotidiano milagro de la consagración, se convierten en la divinidad: el pan-Cristo.

El sacramento y misterio de la eucaristía representaban la más pura esencia del mundo infantil al cual llamo la Ciudad de Dios. La noción de que en la delgada hoja blanca, en la pequeña rueda de trigo, podía entrar la vida de Cristo —cuerpo, alma y divinidad de Nuestro Señor— no podía parecerme extraña a los quince años, por la muy simple razón de que existía dentro de mí mucho antes de que pudiera sostener frente a ella un análisis crítico.

Cristo metido en la hostia, hecho hostia, unido a la sustancia de la harina purísima, implicaba para mí un acontecimiento tan sencillo como el amanecer. Si el cielo cambiaba por el hecho de tener o no tener en sí la llameante presencia del sol y, a pesar de ello, continuaba siendo cielo —nada más que cielo, puro cielo— la hostia, que era el mismo trocito redondo antes y después de la consagración, podía ser diferente en su esencia aunque igual en su apariencia como son distintos —y también la misma cosa— el cielo nocturno y el radiante cielo del mediodía.

Así, el hecho de que la hostia se convirtiese en el cuerpo de Cristo al contacto de las palabras del sacerdote —«este es mi cuerpo»— era en mi pensamiento un efecto de paisaje, como un espejismo en el cual el reflejo de las cosas cobra aspecto tan cierto como las cosas mismas.

Desde los lejanos remansos de los recuerdos y de los sueños infantiles el blanco círculo de harina podía contener y contenía en realidad un mundo en el cual vivía un pastor que soportaba sobre sus hombros un cordero y era, a la vez, pastor, cordero, círculo de harina y redondo límite del milagro.

El cambio de sustancias, la trasmutación del pan en «cuerpo, alma y divinidad de Nuestro Señor», aquel acto de magia finísima, por el cual la impalpable sustancia de Dios entraba en el disfraz del pan no era más que un gesto milagroso igual a los cambios del aire en razón de la luz.

Un efecto de paisaje, realizado en el pequeño mundo redondo y blanco de la hostia.

Si es que yo creía en la existencia del fenómeno mágico —del milagro surgido de las palabras del sacerdote— o si imaginé más tarde una teoría mística y visual que explicaba los posibles cambios de sustancia, es problema que no me atrevo a revisar y que ha dejado de ser interesante para el hombre actual. Hoy es, apenas una imagen poética que crece en la tierra de los sueños infantiles como una flor de harina iluminada de inocencia.

Aparté de mi atención —de mi conciencia— esa maravillosa posibilidad de creer que el cuerpo de Dios, su alma y su condición divina son iguales al misterio de la luz. Los quité de mi capacidad razonadora cuando hice el «acto de la hostia».

Es posible que necesitara una afirmación de fuerza indiscutible para oponerla a los misterios, a las magias, a los milagros, a las ideas de santidad que podían estar guardadas dentro de mí. Es posible.

El «acto» en cuestión fue, simplemente, tocar.

Toqué la hostia con mis dedos largos y pálidos, mientras la sostenía entre los labios temblones. Tanta voluntad puse en ello que el «acto de la hostia» quedó nimbado de heroísmo.

Callado heroísmo de un adolescente pálido e idiotizado que el hombre observa a la distancia de los años con sonriente melancolía.

Narciso Espejo fue siempre amigo de fingimientos y de alambicadas teorías en las cuales ponía su corazón.

Cuando tocaba la hostia era su propia sangre la que tenía entre los dedos con un amor de miedo y de pasión.

Narciso Espejo comprendía los milagros y se negaba a aceptarlos; los destruía, como si cumpliese con ello una suicida voluntad de romperse a sí mismo. Pretendía ser sincero y heroico cuando tomaba entre los dedos un engaño por el cual había vivido sus más hermosos sueños.

No puedo negar que le tengo cariño a su imagen. Lo cual es una respetable manera de quererme.

EL ACTO DEL BURDEL

Si digo que Juan Ruiz y yo organizamos minuciosamente la serie de detalles indispensables para lograr el premeditado encuentro con una mujer, mentiría. No hubo en realidad el croquis preestablecido de una maniobra. Sucedió —nada más— que nuestra vida entera estaba dirigida a obtener lo necesario para realizar el «acto del burdel» y que para ello tuvimos que lograr cierta cantidad de dinero y la excusa válida para disponer de unas cuantas horas una noche cualquiera.

Porque si lo que deseábamos esencialmente era realizar el acto sexual, no considerábamos que podíamos llevarlo a cabo aisladamente, sino dentro de circunstancias que lo hicieran aparecer como una orgía traducida a los medios que nuestras condiciones de juventud y pobreza nos permitieran. «Aquello» se presentaba como el hecho central de un grupo de acontecimientos difíciles.

Es posible que aumentáramos las dificultades para engañar nuestro temor al «acto» en sí. Juan añadía determinados detalles; debíamos tener cigarrillos extranjeros —turcos o ingleses—, debíamos ir antes a un espectáculo de mujeres, de bailes, de canciones, estábamos obligados a tomarnos unas copas de licor. Ya tarde, buscaríamos las prostitutas.

Por fin, un día consideramos que teníamos suficiente dinero. Todas las cuentas estaban hechas y esa noche podría ser la gran noche de parranda. Se dijo la excusa a la madre y salimos a la calle repleta de noche, bajo la luz de los faroles. Graves alumnos del colegio de jesuitas, pobres y atildados —la corbata anudada con esmero, el traje cuidadosamente planchado, la camisa de cuello almidonado, los cabellos bien peinados de brillantina, el sombrero ladeado sobre la sien izquierda, un cigarrillo mal sostenido en la mano temblona—, reíamos y charlábamos sobre un tema resbalado de la inquietante espera.

Llegamos demasiado pronto al sitio del espectáculo y la ansiedad no se calmaba por mirar las paredes, los carteles, los palcos. El teatro era un edificio enorme y feo, con la fealdad de esas casas que nunca han sido nuevas, a las que se les ha añadido algún adorno sobre su vieja suciedad,

casas ampliadas o reducidas por tabiques, convertidas de uno a otro uso con el añadimiento o la supresión de una escalera, de una pared, de un nicho.

El teatro donde fuimos era un enorme y feo edificio.

Por aquellos tiempos se utilizaba en comedias, zarzuelas, rumbas y canciones. Llenaba el ambiente grisáceo y deforme una incómoda estridencia. Había allí ganas de reír y de mostrarse cordial, guapetón y macho. El olor del perfume llegaba a las narices mezclado de una insinuación de lodo, podredumbre, orines y sudor.

Aquella noche el espectáculo era la sucesión de pequeños motivos donde mujeres medio desnudas cantaban melodías sentimentales, populares, pícaras. ¡Cuánta angustia frente a los groseros movimientos de aquellos cuerpos vestidos de brillos y movimientos, tan atractivos en la distancia y en la luz de los reflectores y tan terriblemente molestos si se pensaba que la mujer podía acercarse, decir una cuchufleta, un chiste, una palabra burlona en relación con la juventud y la timidez!

La perversa intención que allí nos llevaba era la de ponernos en contacto con el mundo cuya existencia habíamos sabido siempre cierta —mundo al cual pertenecían muchos de nuestros más profundos y personales pensamientos— y ante el cual se había extendido hasta entonces una prohibición firme, permanente. El oscuro mundo de la borrachera, del jadeo, de la sangre, del pecado estaba presente bajo la amarilla luz de las candilejas. Aunque no podíamos dejar de considerarlo como un oscuro y atrayente abismo, se nos presentaba también como gozoso juego de encandilamiento, cascabel y risa, dentro del cual la tristeza misma era un adorno dulce y brillante, como la lentejuela que se encendía de luz azul junto al ombligo de la rumbera.

Difícil decir los sentimientos del adolescente ante los desnudos cuerpos blancos o morenos, ante la mezcla de piel y brillo, de ojos pintados y plumas multicolores, de roja sonrisa y repiqueteo de tambor.

Estaba sumergida en azoro, asombro y maravilla la pequeña alma asomaba sobre aquella brasa que ardía en gritos de temor y gracia. Podría decir que, en aquel instante, Juan Ruiz y yo éramos, ambos, Narcisos enamorados de nuestra imagen reflejada en aquellos chispazos de fanfarrona locura que eran los cuerpos femeninos, adornados de su desnudez.

A la salida del teatro, de pie bajo el foco de luz del farol esquinero, miramos cómo se iba desparramando la multitud a lo largo de las calles.

Cerca del teatro comenzaba el barrio del vicio, sobre cuyas aceras oscuras caía la luz de las ventanas iluminadas donde se mostraban mujeres ostentosamente pintadas, descotadas, apretadas en sus vestidos; mujeres que mimaban la comedia de la invitación y del deseo; mujeres que llamaban en voz baja y proponían los juegos del sexo; mujeres que cantaban muy bajo una canción de amor.

Ante nosotros, las calles del vicio extendían sus sombras y sus llamas.

—¿Vamos hacia allá?

—Primero vamos a tomarnos unos traguitos. Ya lo dijimos —afirmó Juan.

Así lo habíamos pensado. Era necesario llegar hasta la mujer —hasta una mujer, cualquiera mujer de aquellas— con unos tragos de aguardiente adentro, el cigarrillo humeante en el rincón de los labios, el aspecto bravucón de un altanero tipo de donjuán despreciativo. Muchachos que si apenas habíamos probado un vaso

de cerveza o una copita de moscatel, soportamos mal el caliente sorbo de ron. Después caminamos aquellas calles de misterio, de sombra, de brasa, atentos a que una voz o un gesto nos detuvieran.

Así sucedió.

Cuando salimos de aquella casa, Juan Ruiz dijo (y yo creo que lloraba):

—¡Qué porquería, mi hermano!

Es posible que yo sintiera igual, pero la sonrisa que me había sujetado en el rincón de los labios como un cigarrillo, me impedía cualquier comentario y me daba la certeza de que con el «acto del burdel» había cumplido un requisito necesario.

Es posible que una lejana y poderosa voz quisiese repetir en los fondos de la conciencia que el cuerpo desnudo es la negación de la luz.

De todos modos, aquello estaba hecho y era, al menos, la justificación de la falsedad confesada al padre Iturriaga.

LA MUERTE DE LA MADRE

He unido en este relato —dentro de la cercanía de unas cuantas páginas y pretendiendo afirmar que hay entre ellos cerrada relación de cadena— los que podría llamar, en su conjunto, «actos de adolescencia». Quien lea los sucesivos relatos de la feria, la falsa confesión, el gesto de la hostia y el acto del burdel, ha de pensar que yo miro estas pequeñas experiencias íntimas como dependientes cada una de la inmediatamente anterior.

Así lo pensaba.

Mientras escribía las huellas de estos inventados recuerdos tendía a probar la existencia de la rueda de acontecimientos cuya exacta realización podría considerarse muestra del poder del destino azaroso. Describía la fatal cadena de incidentes como si desease demostrar que hay movimientos completos de la vida, regidos por un programa para cuya completa existencia basta un pequeño impulso inicial.

Hasta había inventado una pequeña nota para relacionar mi sacrilegio contra el sacramento de la eucaristía y la subsiguiente visita al burdel.

Había escrito:

> *La vecindad de tiempo entre el acto del burdel y el acto de la hostia no es simple producto de azar ni ardid literario que enreda recuerdos con determinado propósito. Todo adolescente dice «este es mi cuerpo» al descubrirse a sí mismo en el primer encuentro con una mujer; cuando siente como propias tales palabras —este es mi cuerpo— cumple un misterio de amorosa consagración cuyos resultados son imprevisibles; decir este es mi cuerpo implica la repetición de una fórmula mágica de poder desconocido.*

Las últimas frases contienen peso de verdad indiscutible. Al salir del burdel yo me adornaba con una sonrisa. Juan Ruiz lloriqueaba.

Pero volvamos al caso de mi relato.

Cuando inventé los «actos en cadena» inventé en cierto modo, el más importante de los disfraces que he metido en este juego de espejos de mi historia. Al establecer

la continuidad de estos actos encadenados, he ocultado algunos acontecimientos que estuvieron mezclados con los que forman anteriormente mi relato. No debo excluirlos de esta mi segunda falsa confesión. Tienen que constar en el cuaderno apócrifo de Narciso Espejo.

Por aquel tiempo —no sé si después del «acto de la confesión», pero, seguramente, antes del «acto del burdel»— regresó de Europa mi hermano Luis. Vino con Marta, su mujer europea. No llegaron a vivir inmediatamente a mi casa, pero, al poco tiempo, sobre todo cuando la enfermedad de mi madre se agudizó, comenzaron a pasar junto a ella varias horas del día y, llegado el terrible momento de la agonía maternal, eran ambos ya dueños de la casa, depositarios de la autoridad, la cual ejercían sin la menor tendencia tiránica.

Aquella época se fabricó como imprecisa sucesión de días a través de los cuales asistíamos todos al hundimiento de la madre en la agonía. Cuando quiero recordar ese tiempo, una frase me hiere: «¡Hijo mío, hijo mío!». Se dirigía a mí y no a Luis, mi madre. Cuando le hablaba a Luis era para recomendarle que me defendiera, como si yo necesitase apoyo especial en la vida. Es posible que la madre moribunda sintiera la poderosa certeza de muchas cosas ocultas en el misterio del futuro.

Es verdad, mi madre se acercaba a la muerte con las mismas angustias que habían formado siempre el centro de su actividad; pero, al fin, la angustia superficial de todos los días se convirtió en el hipo de la muerte. Recuerdo aquello y una sensación de náusea y de vértigo se hace presente en mi conciencia. Fue como si aquella querida carne blanca se hundiera en abismos de sombra, como si le brotara dentro de una oscura apetencia de tierra. (Tal vez por contrariar la huella de la náusea sombría me enamoré de una mujer esencialmente luminosa, cargada de lumbre interior.)

La casa se llenó de flores, de curas, del cristalino sonido de una campanilla anunciadora de muerte. Luis daba órdenes y susurraba frases a su mujer en un idioma extraño. Aquella hermosa extranjera parecía absurdamente ajena a todo lo que estaba sucediendo y absurda su mezcla en los asuntos familiares.

Poco después de la muerte de mi madre, Juan Ruiz desapareció también de las conversaciones habituales. Regresaba a la casa de los murciélagos en el lejano pueblo seco y caliente. Mi casa no era ya el ejemplar hogar católico de la viuda Espejo, bajo cuya vigilancia Juan debía guardar su fe y sus honestas costumbres. El pintor Luis Espejo, casado con una extranjera sospechosamente apartada de las prácticas religiosas, no producía confianza en los clérigos que guiaban la juventud de Juan Ruiz.

—Ya volveré —dijo Juan en el momento de su partida, y añadió como en secreto—: Es linda la señora de tu hermano.

—Me lo has dicho mil veces; me lo dijiste hace unos días, la noche de las mujeres.

—Ten cuidado... ¿Cuándo te lo dije?

—La noche que fuimos a casa de las mujeres. ¿Por qué dices cuidado?

—Yo tendría miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Miedo de enamorarme de ella.

—Ya estoy enamorado. La adoro.

Al recordar este diálogo tengo que llegar a la conclusión de que el «acto del burdel» fue posterior a la llegada

de mi hermano, ya que —según consta— Juan se había referido a mi cuñada durante la noche de nuestra visita al barrio del vicio. Es posible que no vivieran todavía en mi casa los fraternos viajeros. Seguramente, el hecho corresponde a las semanas durante las cuales la enfermedad de mamá no había exigido los cuidados que, más tarde, se hicieron necesarios. Pienso que los acontecimientos que he narrado en los capítulos anteriores ocupan el espacio de varios meses, tal vez de un año. O más.

Cuando quiero precisar mis sentimientos frente a Marta, la mayor dificultad que encuentro proviene de que están acompañados por los sucesos que —surgidos al mismo tiempo o poco después de su llegada— se relacionan con la muerte de mi madre.

Sin embargo, la comparación entre objetos de amor tan diferente en su significado ha tenido que producirse. Cuando comparaba a mi madre con Marta tenía que advertir, en primer lugar, la diferencia de los ojos, de las miradas. Mi madre, al mirar a alguien, veía directamente, como si se estuviera dirigiendo a un sitio colocado más allá de los ojos, dentro de la persona a quien miraba. Supongo que pretendía ver el alma. Cuando ciertos ojos le oponían un límite intraspasable (y tal fue el caso mío en determinadas circunstancias) ella se negaba a continuar el sereno y limpio contacto de su mirada. Todo en ella era limpio y sereno, a pesar de las angustias de su existencia. Entiendo que su cuerpo era para ella una pesada carga con la cual la única relación admisible era la de cuidarla, dentro de la más exigente pulcritud. Olía mi madre a jabón y a ropa limpia. Su limpieza se extendía a la casa como un aire fresco.

La mujer del hermano artista era completamente distinta. Aquella señora rubia presentaba ante mí su cuerpo como un animal vivo, violentamente oloroso e íntimo. Apenas si hablaba trabajosamente unas cuantas frases en español; estaba ocupada siempre en una labor de tejido, en la lectura de un libro francés; pero su cuerpo existía.

Yo lo miraba preciso, robusto, y, además, ella me miraba y yo no podía decir que su mirada iba más allá de las pupilas para establecer una relación espiritual. No: su mirada se detenía con sonriente serenidad, en los ojos, en la piel. Yo sentía mi cuerpo en los ojos de Marta, su presencia me hacía tomarme en cuenta con pasión. Cuando Juan Ruiz se refirió a la belleza de la señora de mi hermano, *hacía una certera indicación de que por Marta —por el acicate de su sonrisa, de su mirada, de su olor, de su cuerpo— había llegado yo al «acto del burdel».*

No solamente eso produjo. Tomó su puesto en la cadena de los acontecimientos de la adolescencia y complicó de asombrosa manera —con un halo brillante y romántico— los instantes de mi juventud en los cuales fueron cumplidos el «acto de la protesta» y el pequeño incidente de la medalla.

EL ACTO DE LA PROTESTA

Es posible hacer nuevas teorías sobre los acontecimientos de entonces. El hombre maduro que vuelve la cabeza y saluda la silueta del adolescente puede fabricar esas teorías. Decir que mi personalidad había sido formada desde los primeros pasos dentro de la mística arquitectura de la Ciudad de Dios; que el alma del niño estaba

guardada por aquella concepción de escalonados muros que subían en lenta ascensión hasta el misterio de la brasa de Dios; que, dentro de ese orden, vivía Narciso Espejo sus ensueños de quietud; que la familia estaba allí contenida aunque la figura paternal del payaso alcohólico dibujaba un esguince, un arabesco de locura, el movimiento de una cinta en cuyo vuelo se enlazaba un trozo del presentido mundo sombrío que existía fuera de la Ciudad de Dios.

El hombre maduro puede señalar la actividad de lo que he llamado la «zona ejidal» del espíritu; el territorio que dentro de cada quien, pertenece al pueblo y a las relaciones del individuo con la comunidad. La peste, la prisión y muerte del padre, las muchas noticias relacionadas con el terror del Tirano, me hicieron entender que, fuera de los límites de la luz mística, la vida era hermosa, limpia, fuerte y justificaba por su propia belleza el apartamiento del fulgor divino.

El hombre maduro puede decir que todo eso estaba dentro de la vida del adolescente.

Al sacudir de mi existencia el orden místico de los sueños infantiles, viví cierto espacio de tiempo atento a mis actos, mirando mis pasos sobre la tierra como el más hermoso milagro. Pronto, los sucesos individuales entraron a terreno ejidal y popular. Hice entonces el «acto de protesta», el repudio contra El Tirano. En grupo de estudiantes se habló de una carta que rompía el silencio impuesto por El Tirano a la tierra de Venezuela.

En determinado momento supe que mi pueblo estaba herido por El Tirano. Lo había sabido siempre, pero fue entonces cuando sentí la obligación de luchar contra el sagrado personaje representante del terror, de oponerme a aquel fantoche cruel y extraño cuya figura paseaba a veces las calles de la ciudad tras los cristales de su automóvil como una imagen perversa.

Aquel ser —El Tirano— significaba la personificación de todos los elementos de maldad que mantenían la miseria, la angustia, el desespero, el dolor, sobre la tierra venezolana.

Ni siquiera leí la carta que me fue presentada para firmar —la carta contra El Tirano—, pero estaba cierto de que, al poner mi nombre bajo aquel texto, estaba realizando un acto por el cual me unía a la suerte de muchas gentes cuyo destino había ignorado mientras estuve refugiado en la Ciudad de Dios y mientras me dedicaba, exclusivamente, a analizar y saborear el sentido de mis pequeños «actos de adolescencia».

Sentí que había gritado un escandaloso grito heroico y que, con la protesta, me había colocado al lado del dolor, en hermandad con los perseguidos. Soportaría la suerte de caídos y despreciados, aceptada como propia con entera voluntad. Era enemigo del Tirano. Un héroe. Y nadie sabía que había sido capaz de la altiva afirmación, del gesto viril y altanero.

Caminaba las empinadas calles que llevaban hacia mi casa; me cruzaba con obreros fatigados, con flacas mujercitas pobres; ya dentro de mi calle, miré un grupo de niños atareados en sus juegos. Nadie sabía que yo había sido capaz de firmar aquella carta; nadie imaginaba que el flaco y desgarbado adolescente que era yo había opuesto su firma a los designios del Tirano. Gozaba un enorme sentimiento de orgullo. No tenía por qué contárselo a nadie. Llegaría a mi casa. Comería calladamente mientras escuchaba el murmullo del diálogo extranjero entre Luis

y Marta. Habitualmente, me desagradaba el estar separado de la pareja fraternal por aquella cortina de palabras ininteligibles, pero aquel día me resultaría la situación especialmente grata; tenía derecho a sonreír de todo, de Luis el artista y de su mujer francesa.

Cuando cumplía conmigo mismo el orgulloso gesto del silencio, Luis rompió de la manera más natural.

—¿Firmaste la carta?

Un segundo pretendí oponerme a que me echaran a perder mi papel de callado héroe, pero respondí:

—Sí, la firmé.

—Yo sabía que la ibas a firmar.

El hermano había hablado con admiración, satisfecho.

—¿Cuándo salió la carta?

—Hoy.

—Mañana estarás preso.

Un rato estuvo callado, jugando con el brillo de un tenedor, silbando una tonadilla insignificante. Luego continuó emocionado.

—Yo bien hubiera querido... Pero..., es decir... Cada vida tiene su camino definido. Pintar es, tal vez, una de las más dolorosas formas de hacer patria.

Se levantó de la mesa. Desde el pequeño patio se alzó su silbido con el humo del cigarrillo. Marta alzó los ojos. Me miró.

—¿Sucede algo?

—Nada especialmente importante.

Durante un momento se me ocurrió complicar mi estampa de héroe y decirle que era por ella por la que me había metido en una terrible y exaltada aventura. Durante un momento pensé decir bajito:

—Por ti...

Desde el patio venía el silbido de Luis, y era como un cariñoso lamento de tristeza y de orgullo el roce de la melodía sobre el alma del joven héroe.

Conmovedora la escena. Graciosa en su dibujo melancólico. El hombre la mira a distancia de años y sonríe. Casi es capaz de acariciarse a sí mismo en la lejanía de los años mozos. Casi soy capaz de decirme a mí mismo «¡muchachito!», como dijera mi padre hace ya mucho tiempo, en la noche de su prisión, en el instante inicial de su ausencia definitiva.

EL GESTO DE LA MEDALLA

Regreso a mi adolescencia. Podría llenar el tiempo de mis años mozos, pero corrijo la posible lágrima aun antes de que humedezca los párpados cansados del hombre maduro. No, no hay razón para el compasivo cariño ante el aprendiz de personaje heroico. Si puedo suponer que el mocito deseaba en realidad esconder su miedo a la vida, acallar su temblorosa inseguridad, tapar el balbuceo de su terror y la angustia de sí mismo, logró su absurda jactancia y opuso al mundo que lo rodeaba un pequeño pero magnífico gesto bravucón.

El acto de la medalla fue realizado entonces.

Como quiera que escribo estas líneas con la idea de publicarlas, me apresuro a decir que no pretendo darles intención polémica. Lo que puedan tener como consideraciones políticas es subsiguiente al acto de la medalla, explicación crítica posterior a los sucesos de la protesta y absolutamente extraña a ellos.

Entre bayonetas íbamos los estudiantes venezolanos presos, rumbo hacia un sitio que desconocíamos.

Marchábamos en fila —un estudiante, un soldado, un estudiante, un soldado— y los pasos nuestros —de los estudiantes y de los soldados— sonaban con ritmo de triste peso sobre la tierra empapada por una lluvia reciente.

Yo sentía que mi marcha se apoyaba sobre la tierra venezolana. Establecía una relación de violenta sinceridad entre mi pie —entre el sucio zapato húmedo, cargado de barro— y aquella mojada tierra fecunda y olorosa, aquel paisaje por donde pasaban las sombras de los ascendientes, de los abuelos que habían cumplido su valiente faena y marcando con su sello la historia de la patria. El campo venezolano rodeaba mi alma con su viento perfumado de sombra, teñido de orgullo y de leyenda.

El «gesto de la medalla» apenas duró un segundo.

Sobre los huesos de mi pecho sentía el metal caliente de la medalla que mi madre me había regalado hacía muchos años. Estaba allí la ruedecilla de metal, como representación de todo lo que en aquel instante sentía hostil. La medalla era la Ciudad de Dios, el paisaje luminoso de la hostia, el padre Iturriaga, la mujer de mi hermano Luis.

Mi mano se apretó sobre el pellejo sudoroso donde brotaban ya los pelos de hombre en torno a la medalla. Rompí la cadena que me la sujetaba al cuello, apreté entre los dedos aquel inútil pequeño montoncito de metal y lo lancé hacia el misterio del campo dormido, hacia la noche de los héroes y del violento perfume fecundo. Sobre el brillo de un charco enlunado cayó el mínimo objeto.

El adolescente podía decir, acaso, que aquello era una ofrenda a los genios de la nación venezolana. El hombre que esto escribe duda, con melancólica sonrisa, y deja su duda escrita, con tristeza cierta.

Si fuera otro quien escribiera podría extender el relato del incidente de la medalla describiendo el solemne paisaje nocturno, diciendo cómo el adolescente se sentía en compañía de los bronces que simulan las figuras de los Padres de la Patria, explicando cómo el grupo de estudiantes y de soldados caminaba adentrándose en el corazón de la tierra.

Yo no puedo más que recordar el gesto de mi mano, mis flacos dedos largos, pintados de luz en el instante de lanzar la medalla hacia un charco enlunado. Preciso que la medalla rompió los llameantes espejos de aquel poco de agua encendido entre la yerba.

Parece que hubiera cierto simbolismo en este recuerdo. Puedo afirmarlo: el «acto de la medalla» cerró la cadena de los «actos de adolescencia». Palabras como medalla *y* cadena *se repiten en esta página con muy diferente sentido.*

Yo no hago más que constatarlo.

Segunda Parte

LEGAJO DE LA NUBE Y DEL SUICIDIO

Documento «D»
PRIMER REPORTAJE SOBRE LA NUBE AMARILLA

La nube amarilla estuvo sobre la ciudad desde antes del momento crepuscular; pero, para mucha gente, aquel inmenso cuerpo de brillante gordura fue traído por el viento para que se forjara la sustancia de aquel atardecer: su marfil incandescente. La nube amarilla estuvo presente, suspendida sobre la ciudad, durante los momentos finales de la tarde. La mayoría de la gente se dio cuenta de que allí estaba la nube cuando ya faltaba poco para que el sol desapareciese.

Todos tuvieron que notar el redondo brillo de aquel pesado monstruo de pluma y algodón, porque la ciudad se llenó de una tensión ambiental extrañamente delicada, producida justamente por la invasión de la luz amarilla que la nube reflejaba en sus redondos vellones.

El más sencillo de los habitantes de la ciudad tuvo que sentir cómo había en torno a él —o en su más escondida intimidad— un movimiento detenido, un aletear que no llegaba a vuelo, una estridencia de tan corta duración que no podía ser sonido.

La luz amarilla estaba viva entre las casas, sobre los vidrios de las ventanas, en el niquelado de los automóviles, en la mirada y en las joyas de alguna señora, en la comba de las uñas, en el tierno verde de las hojas.

Era una luz parecida a otras muchas cosas y que se descubría como falsa y poco natural. Si hubiera sido más intensa pudiera ser resplandor de fragua, metal derretido, incendio que lame ruinas destrozadas. Si hubiera sido más suave podría equiparársela a la quieta luz que la lámpara deja sobre el blanco mantel de las cenas hogareñas. Pero no, la luz de aquella tarde era como la impresión que puede producir la palabra de un individuo extranjero que nos pregunta algo en un idioma desconocido.

Todos pudieron darse cuenta de que aquella nube decía una misteriosa verdad (decía muerte, decía «santo, santo, santo», por ejemplo), y su luz se deslizaba por todas partes y anegaba todos los rincones. En el vaso alzado para beber el agua, en los anteojos de un oficinista, en el metal de un anillo de desposados, en el barniz de las paredes, estaba aquella luz que corría por las calles y rozaba con sus dedos amarillos a los transeúntes.

La enviaba, desde su quieta presencia sobre los techos de la ciudad, la gruesa nube que estuvo colocada allí desde que comenzó a bajar el sol.

Cuando la luz invadió la oficina del almacén de Pérez Ponte, Juan Ruiz la definió como un desagradable tono mineral, de cualidades no definidas. Aquella luminosidad lo sumergía en el ambiente del laboratorio de química del colegio; si aquella luz amarilla pudiera ser llevada al tubo de ensayo y colocada en contacto con el ácido sulfúrico, produciría una reacción azul-violeta, lo cual indicaría que...

Juan Ruiz se interrumpió. Miraba la luz filtrada por las rendijas de las persianas. El trozo luminoso que caía en un ángulo de la ventana equivalía a una mancha de orín. Óxido. Y la unión con un ácido produciría una sal

azulenca, una sustancia azul como sólo se produce en los tubos de ensayo calentados con el mechero de alcohol, sobre la porcelana del laboratorio.

Y por cierto que su vida actual nada tenía en común con lo que podía preverse en aquel Juan Ruiz que se había opuesto a que lo hicieran cura y quien, como estudiante de química, se asombraba ante la fórmula del carbono, ante el dibujo que podía confundirse con la imagen ideológica de un cristal.

Para aquel estudiante había mucho de fino milagro en los experimentos químicos. Un milagro o una rápida manipulación, como las que pueden realizar entre los telones de un escenario los ilusionistas y prestidigitadores. Sólo que, en el laboratorio, el ilusionismo, la magia, el milagro, se llamaba ciencia.

En el borde de la ventana, entre las rendijas de la cortina de madera, estaba aquella luz mineral. Aquello debía oler a musgo y daba también la sensación de yerba o de mar. Podía hacer pensar en la lluvia: una lluvia fría y poderosa como las notas del órgano de una iglesia abandonada. Por ella —por la luz— se provocaría otro recuerdo de adolescencia: el del muchacho que dice la melodía de un canto eclesiástico. Juan Ruiz en el coro de San Francisco y sus palabras de amorosa tristeza, su *Domine, no sum dignus*.

Juan Ruiz escribió en su pequeño block de notas comerciales: «Una luz mineral, sagrada, caliente, que tiene en sí misma las cualidades contradictorias de frío, de lluvia, de aire libre». Le había sucedido siempre —siempre no, pero le sucedía desde hacía mucho tiempo— el estar sumergido en un mundo en el que se cruzaban imágenes apenas esbozadas, enredadas unas a otras, ninguna claramente

definida, ninguna exacta en absoluta soledad, sino confundida, deslizada por rampas neblinosas hacia la nada.

Cierto que la excesiva amistad de los licores podía ser responsable del confuso oscurecimiento, pero no porque hubiera una razón era menos doloroso el caso. Redactaba con rapidez cualquiera de los documentos relacionados con el trabajo de la oficina, pero cuando el pensamiento se dirigía hacia el terreno de los juegos literarios, apenas si encontraba un montón de ideas, de fórmulas indecisas, caídas unas sobre otras, inútiles en su aglomeración, inútiles en la vaga mescolanza de sus líneas.

Era necesario analizar aquella luz, había pensado. Una luz mineral, semejante a la que puede nacer al contacto de dos materias en el pequeño mundo de un tubo de ensayo. Dos materias que —así podría decirse— llevaban en sí una carga de recíproca atracción. Esa era la apariencia que brotaba de la realidad de la luz. Pero lograr una definición exacta requería más. La imagen que sirviera para limitar y expresar la luz debía dibujar con precisión la urgente afición de los átomos que se buscaban y se unían para producir el nacimiento de aquel color maravilloso, milagroso.

Juan Ruiz escribe en una hoja de su block de notas: «Una luz metálica, milagrosamente inicial, nacida en este instante, como el color de una reacción química». Raya, vuelve a escribir: «Una luz mineral, de madrugada química, recordada a través de un tubo de ensayo».

En este instante, un nuevo elemento entró a formar parte del ambiente de la oficina. Esta vez, no de color, sino de temperatura. Juan Ruiz miró a sus compañeros de trabajo: Lola Ortiz, Luisa López, el patrón, Joaquín Pérez Ponte. Lola fue la primera en decir su regocijada opinión:

—Llegó un poco de fresco. Una brisita.

Efectivamente, un pequeño movimiento del aire se filtraba a través de las maderas de la persiana y las hacía golpear dulcemente contra los vidrios de la ventana. Lola suspiró.

Juan Ruiz creyó saber que Lola pensaba en el pozo del gran río donde se bañaba de niña. Pero, seguramente, no era cierto aquello; sólo una suposición, sin base alguna, ya que él no conocía la infancia de Lola, aunque fuese su amigo desde hace mucho tiempo, desde la época de la pensión de estudiantes, y como aquella Lola de entonces se llamaba Lola la Guayanesa y como en relación a ella había siempre una imagen del Orinoco, Lola aparecía como fluvial, fresca, acuática.

Había pasado el tiempo para todos y Lola era ya una mujer mayor de treinta años, que poco parecido tenía con la muchacha alegre, llegada un día cualquiera a la pensión de doña Rosita: la Lola guayanesa, vestida con la imagen del río.

La brisa invadía como finísima corriente de agua el territorio de la oficina, pasaba a lo largo de las paredes, bajo los escritorios, junto a las piernas de las secretarias. No destruía la metálica luz permanente; al contrario, se unía a ella y completaba la impresión de luminosidad mineral, como si la humedeciera.

Pérez Ponte, el patrón, se levantó de su escritorio. (Pérez Ponte, antiguo compañero, había pasado muchos ratos, como asiduo visitante, en las tertulias de la pensión de doña Rosita y protegía ahora a un amigo como Juan Ruiz, a una amiga como Lola Ortiz.) Al pasar junto a Lola, sonrió como si pudiera suponer que había alguna complicidad entre ella y la pequeña brisa que acababa de llegar. Lola devolvió la sonrisa.

¿Habían sido amantes alguna vez Lola y Pérez Ponte? Juan Ruiz pensaba tristemente en esa posibilidad. Para Ruiz, Lola había sido siempre una magnífica pasión poderosa; pensar en ella, la más bella aventura del corazón y del cerebro. Sólo que esos pensamientos y esos sentimientos ninguna relación tenían con el ser humano llamado Lola Ortiz. Muchas veces había razonado que necesitaba aquella hermosa mujer morena y, sin embargo, bien sabía que entre los dos no había sitio siquiera para la cordial amistad.

Pérez Ponte salió. Los batientes de la puerta se entrecruzaron temblorosos durante algunos instantes, como si Pérez Ponte en persona tartamudeara excusas. Idea absurda, naturalmente, porque Pérez Ponte no tenía razón alguna para creerse en falta, a menos que tener dinero pudiese suponer una culpa ante sus empleados pobres, a menos que el hecho de engordar como había engordado Pérez Ponte pudiese parecer a alguien una indelicadeza.

En cuanto Pérez Ponte salió, Lola puso la mano en el teléfono. Lo hacía siempre así (Juan Ruiz lo había observado suficientemente) y era como si demostrara con ese gesto de impaciencia su voluntad de ser libre. Frecuente el gesto de Lola, su mano sobre la negra curva de la bocina telefónica. Llamar. Ponerse en comunicación con gentes pertenecientes a un mundo distinto a la rutinaria tarea de la oficina. Llamar. ¿A quién? Tal vez, hace algún tiempo, a Pérez Ponte.

Juan Ruiz miró cómo la muchacha dejaba la bocina en su sitio y se mordía la uña con gesto de inconformidad; luego fue como si un hipo de tristeza le subiera a los labios. No tenía a quién llamar Lola Ortiz; nadie a quién decir «espérame». Estaba avejentada Lola, dulcemente golpeada

su carne por los años. Y pensar que en los tiempos de la pensión de doña Rosita fue para todos —en especial para Juan Ruiz— un vendaval de extraordinaria belleza...

Difícil imaginar cómo se había hecho aquel proceso de destrucción. No es que hubiese engordado o enflaquecido, ni que estuviera especialmente arrugada; era —nada más— como si su antigua morenez de barro armonioso se hubiera convertido en oscura ceniza. «Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora campos de soledad...». La que fuera airosa columna había caído en ese campo donde se marcaba la huella de la soledad. No había posible compañero para la airosa arquitectura de antaño, caída sobre sí misma y cubierta por la ceniza de la soledad.

Juan Ruiz miraba la ansiosa tristeza de Lola, su roja uña entre los labios rojos. Iba a llamar por teléfono de nuevo. Pero ¿a quién?, ¿a quién? El tableteo de la máquina de escribir de la otra secretaria —Luisa López— repiqueteaba en la atmósfera, en la brisa y en la luz.

—Ha llegado un poco de fresco, ¿verdad?

Sí. Admirable ese pequeño soplo de aire que entra en el bochorno de la tarde sin romper la metálica luz que impregna el ambiente.

—¿Vamos al cine?

Lola escucha con terror su propia voz. No quiere ir al cine, pero ha hecho esa proposición que Luisita ha aceptado en seguida. («¡Claro! ¿Cuándo podrá Luisita decir no a una invitación?»).

Juan Ruiz sonríe.

Podría dibujar los pensamientos de Lola con mayor exactitud que sus propios pensamientos. La conoce desde hace tiempo y la quiere con buen cariño y la desea con violenta pasión, aunque nunca haya significado ninguna

de esas cosas siquiera una corriente de amistad. El «campo de soledad» es tan fino e inquieto en sus reacciones como lo era el bello animal de la juventud.

Lola comenzaba a fabricarse la posibilidad de una llamada telefónica, había inventado ya una cita sobre la base de esta luz llameante que tiembla en la atmósfera y todo lo ha roto con sus propias manos antes de que comenzara a existir.

No había nada cierto; todavía se preguntaba a quién llamaría para pasar las horas del atardecer, qué hombre la acompañaría en la hora crepuscular y ya se había condenado a sí misma a ir al cine con Luisita López. ¡Y ese tonto de Juan Ruiz, eternamente a su lado desde hace años y años de vida espiándola, pretendiendo interpretar sus gestos! Seguramente diría que lo de morderse la uña era angustia, nerviosidad, ridícula tontería de una mujer casi vieja que sueña citas sentimentales para la hora del crepúsculo.

Lola se hacía los más exagerados reproches; al invitar a Luisita López se había impedido toda ocasión de buena compañía. Porque no era cierto lo que opinaba Juan Ruiz, lo que, tal vez, opinaba Pérez Ponte. Claro que el tiempo pasa y ella no tenía ya la fuerza, la impetuosidad, la alegría de los quince años. Claro que había un poco de cansancio en la tristeza; pero todavía era posible utilizar ciertos artificios y asomarse a la ternura. El alcohol, por ejemplo. Bien lo sabía Juan Ruiz. Muchas veces lo había encontrado, ya tarde en la noche, solo, soltando al viento frases de angustia. Siempre solo, Juan Ruiz. Pero había otros capaces de pintarse y adornarse con el alcohol para mirar a una mujer que, como Lola, tenía sed. Juan Ruiz era un maniático empeñado en creerse diferente a los demás, porque en su

juventud había pretendido ser poeta. Lola puede recordar cierto poema dedicado a la mujer que surge de la selva y del agua, y ese recuerdo le bastaba para sentirse de quién a quién frente a Juan Ruiz. Puede pensar que si ella dejó de ser bonita, él es un pobre hombre a quien la poesía abandonó. A saber quién perdió más...

En todo caso, en materia de pérdidas, Lola había perdido esta tarde rara, amarilla, violenta. Había invitado a Luisita. Luisita había aceptado, como siempre. Lola golpeó las teclas de la máquina con exacta rabia: «a propósito de la deuda que esa firma canceló...». Podría terminar esta carta mañana. No; apenas faltaban dos líneas. Mejor era dejar listo todo, porque tal vez esta tarde se encontraba a aquel absurdo tipo que se había acercado a ella hace unos días, en un coctel de periodistas, y era posible que, juntos los dos, buscasen su propia compañía —la unión de sus soledades— en unos tragos de alcohol. Pero no. Nada de eso era posible porque había invitado a Luisita y Luisita había aceptado, como siempre.

Se marcaban nítidas las letras en el papel cuando los dedos afianzaban su rabia en las teclas. Terminó la carta: «De ustedes, atentamente»; dejó un espacio en blanco para la firma de «Pérez Ponte y compañía». Sacó del rodillo el papel. Si Luisita no hubiese tomado en serio su invitación para ir al cine, todo tendría arreglo. Se volvió para mirarla. Luisita tenía ante la nariz la diminuta polvera mientras se extendía sobre los labios la mancha grasosa de la pintura.

—Luisita...

—Ya estoy lista.

—Entonces...

—Cuando tú quieras nos vamos. Ya es hora.

Lola sentía dentro un pajarraco de ariscas plumas. Aquello molestaba en el estómago, en el pecho, junto a la garganta, a través de las venas, en el golpeteo del corazón. Aquello se parecía mucho a las ganas de llorar. Era insoportable que hubiera roto con sus propias manos todo lo que hubiera podido existir en esta tarde amarilla.

En ese momento entró Pérez Ponte. Lola y Luisita colocaron sobre el gran escritorio patronal la correspondencia y se despidieron apresuradamente. Pérez Ponte y Juan Ruiz quedaron frente a frente en la oficina de la gerencia. El patrón habló:

—¡Qué rara luz amarilla la de esta tarde! Como de cobre.

—Como de grasa de gallina.

Así debía de ser; si Pérez Ponte coincidía con Juan Ruiz en su opinión sobre la calidad mineral de la luz de aquella tarde, Juan Ruiz se sentía obligado a disentir, a llevar como definición de la luz una condición de entraña animal que antes no había imaginado.

—Esta Lola —continuó Pérez Ponte— se va haciendo atolondrada con los años. ¡Pensar que era tan bella mujer!

Pérez Ponte se refería a la belleza de Lola con un tono de tristeza que dibujaba la presunción del íntimo conocimiento de esa ya perdida realidad de hermosura. Juan Ruiz enfurecía. Tenía ganas de decir que Lola se había transformado en «campo de soledad», porque no había hallado en los hombres que le rozaron la voluntad de darle sincera compañía.

—Lola es muy bella —afirmó.

—Todos estuvimos enamorados de Lola en aquella pensión de doña Rosita.

—Tú nunca fuiste pensionista.

—Asiduo visitante.

Pérez Ponte hablaba en tono franco y amistoso. Sobre su aspecto actual era fácil reconstruir el mozo cordial y entusiasta de entonces. Tenía la gordura del cuarentón, pero en él aparecía esa tendencia a la obesidad como decisión de triunfador, como signo de riqueza. Había instantes que lo hacían sentir su grasa como residuo de monedas, sucio de transacciones, basura de los negocios en los que intervenía, mugre de billetes usados: una especie de manteca amarilla.

—¡Qué luz tan rara! —repitió—. Como de cobre.

Como manteca de gallina.

El patrón iba a responder algo desagradable cuando, desde la calle, reventó en la oficina, como una fruta podrida, un grito de hombre pesado y oscuro al que se enredó un alarido de mujer.

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron! ¡Socorro, Joaquín, que lo mataron!

El nombre de Pérez Ponte era Joaquín. Mientras alguien lo sostenía sobre la pila bautismal y una mano dejaba caer sobre su cabeza el chorrito de agua bendita, un cura afirmaba, hace cuarenta años que aquel niño gordo se llamaría Joaquín. Un niño gordo. Un adolescente enérgico, entusiasta de la literatura: un hombre —gordo de nuevo— cuyo destino encerraba riqueza, poder, capacidad de mando y, también, ese grito que lo llamaba desde la tarde incendiada de luz amarilla.

—¡Socorro, Joaquín, que lo mataron!

—Es Lola la que grita. Está aterrorizada.

Y cuando estaba aterrorizada gritaba Joaquín, como si dijera que era cierto que ella y Pérez Ponte habían sido amantes alguna vez, como si llamara con su nombre

a quien la había besado en los instantes de miedo a su propia pasión.

Pérez Ponte alzó la persiana. Aquella luz amarilla y pegajosa (como manteca de gallina, como gordura de rico, como barriga de Pérez Ponte) invadió la oficina en una bocanada estridente y enferma.

Frente a la ventana, Lola lloraba, gritaba. Su rostro se descomponía en una mueca de máscara. Los balaustres de la ventana encuadraban su agitación como si la tuvieran encerrada en el gran manicomio de la tarde llameante.

—¡Lo mataron, Joaquín, lo mataron!

Gritaba y susurraba al mismo tiempo, como si poseyese una garganta de bebé que se cambiara de pronto en dura laringe de animal apaleado y rencoroso.

«Lo mataron, lo mataron, lo mataron, lo mataron...».

Las palabras se unían hasta perder el sentido, hasta convertirse en una serie de sílabas que decían «ta ron, lo ma-taron, lo ma-ta-ron, lo ma... ta... ron, lo mataron...». Como una letanía discordante.

—¿A quién?

El tembloroso dedo señalaba con su punta roja el ensangrentado cadáver de Justino, un obrero del almacén de Pérez Ponte.

Documento «E»
SEGUNDO REPORTAJE SOBRE LA NUBE AMARILLA

José Vargas —jefe de redacción del diario *Mañana*— revisaba el trabajo de los reporteros. Mil temas rutinarios presentados en términos escuetos a su atención. Temas de todos los días y, sin embargo, si alguien quería interpretarlos así, repletos de actividad humana.

La iniciación de una carretera. La reunión de ganaderos. El jefe de redacción José Vargas puede pensar, si así lo desea, en un raya negra sobre el mapa de Venezuela, en una herida sobre la oscura carne de la tierra, en una canción de obreros que trabajan un camino, en las cifras recitadas por un secretario a propósito de un producto relacionado con la alimentación del ganado.

José Vargas sentía los desplazamientos de su imaginación. La luz amarilla que untaba la tarde no llegaba hasta la oscura sala de redacción, pero Vargas había atravesado las calles hace poco y se sentía impregnado de aquella vibración luminosa, de aquella extraña irradiación de marfil.

Ahora llegaba con sus notas Mendoza, el reportero policial. Las notas de Mendoza: pequeños papeles cruzados por líneas azules. La máquina de escribir de Mendoza tenía una tinta que daba este azul molesto. Una tinta de repórter policial. El periodista ofrecía del delgado montón de hojas, extendía el reportaje entre sus dedos de uñas sucias, junto a las mangas sucias de la camisa. Sobre

los brazos de Mendoza se había rodado el sucio de la materia sobre la cual trabajaba: pendencias, robos, sucesos de arrabal, tribunales, cárcel.

—¿Algo interesante?

—Un asesinato. Hace media hora. Frente al almacén de Pérez Ponte. La foto es buena. Un negro fuerte, el muerto. Ha habido que inflar la noticia. Y un intento de suicidio. El hombre estuvo agarrado al barandal del puente un rato largo. Por fin se dejó convencer. Parece que el motivo era falta de trabajo. También lo he inflado un poco, porque no daba gran cosa.

La idea del suicidio, la desesperada decisión de lanzarse en vuelo sobre el aire de la muerte y el regreso a la aceptación de lo que no podía sufrirse sin que se considerara la muerte como un dulce detenimiento del dolor.

Por otra parte, el asesinato, el violento regalo de la cuchillada y la sangre, que no había solicitado aquel negro, peón del almacén de Pérez Ponte.

La desesperación y la rabia habían fabricado esos sucesos bajo la luz amarilla de la tarde incandescente. La sangre que debía correr sus caminos a través del cuerpo de un hombre había encontrado de repente una salida distinta al laberinto de las venas y de las arterias. Se había liberado de su cauce habitual la sangre de Justino. Hecha chorro rojo, mancha escarlata sobre el cemento de la acera, escapada de los canalillos por donde corría y regaba el oscuro país de aquel hombre que cargaba y descargaba fardos a la puerta del almacén de Pérez Ponte.

Y el suicidio frustrado. La duda ante el vuelo de encuentro con la muerte. El regreso de aquella zona de terror y deseo.

Decía Mendoza que no había en ninguno de los dos sucesos material suficiente para una gran información. Era cierto. Las razones no eran extraordinarias. Hambre y rabia.

Había sido necesario inflar el pequeño negocio, como esos globos con los que juegan los niños. Mendoza —el sucio Mendoza— era el inflador, el que soplaba dentro de aquellos acontecimientos para convertir en noticia de interés periodístico la terrible inquietud del hombre que se detenía, agarrado al barandal del puente, en la lucha con su terror y su voluntad de aniquilamiento, para conceder, finalmente, que podía regresar a su habitual terror, a la voluntad de aniquilamiento de todos los días.

Mendoza decidía, igualmente, que era poco interesante la agonía del negro peón, roto en el río de sus arterias por un trozo de metal que empujaba la rabia.

Tenía razón. Se trataba de sucesos que debía inflar.

José Vargas imaginaba el gesto: los redondos carrillos de Mendoza apretados sobre el globo de goma de la angustia mortal (una bomba amarilla) y sobre el estertor de la muerte de un hombre (una bomba azul). El aliento de Mendoza estirando esas inquietudes hasta convertirlas en reportajes que, con sus fotografías, llenarían la última página de un periódico escandaloso como el diario *Mañana*.

El papel azul cruzado de líneas azules decía: «Ayer, hacia las seis de la tarde, poco después de haber terminado su trabajo, Justino Calazán, obrero del almacén de Pérez Ponte, salió del sitio donde trabaja —entre las esquinas de...».

José Vargas ordenó:

—Un gran amigo mío trabaja en el almacén de Pérez Ponte. A esta hora debe de estar tomando cerveza en el Bar Bristol. Llámelo por teléfono, Mendoza. Pregunte en el Bar Bristol por Juan Ruiz. Yo le hablaré.

Documento «F»
INFORMACIÓN SOBRE JOSÉ VARGAS Y LA PENSIÓN DE DOÑA ROSITA

Cuando José Vargas llegó de su provincia a la pensión de doña Rosita, sus nuevos compañeros de vida le parecieron incómodos y desagradables. Se explicó más tarde que esa incomodidad y ese desagrado se producían porque las gentes de la ciudad estaban exageradamente interesadas en sí mismas, en sus menudas debilidades.

En la provincia natal —playa de arena y de azul— lo natural era respetar el misterio de cada quien, igual que se respetaba el misterio de los animales y de las cosas. Si una mujer reía, si un pez saltaba, si Pedro y María estaban enamorados, si la rama de un árbol florecía, si se odiaban los González y los Vázquez, nadie tenía por qué dedicarse a desmenuzar hechos tan sencillos.

En la provincia de la playa la vida toda era siempre sencilla. En cambio, para los habitantes de la ciudad cada incidente era complicado. Para Narciso Espejo, especialmente. A pesar de lo cual, José estaba obligado a escucharle sus teorías con admiración. El misterio de Narciso Espejo estaba en la voluntad de no tener otro misterio que los caminos inventados por su cerebro. Narciso escribía largas páginas y las leía a Vargas cada vez que le parecía conveniente; llenaba con sus observaciones un cuadernillo rojo cuyas tapas rotas apenas sostenían las hojas manoseadas.

José Vargas escuchó, por ejemplo:

> El hombre se empeña en dar significado de importancia a su existencia sobre la Tierra. Por eso ha inventado a Dios; es decir, al personaje que, por su parte, ha considerado al hombre tan importante como para sentirse obligado a crearlo.
>
> La idea de Dios es una versión optimista que ha creído imprescindible imaginar el interés de un ser ultrahumano tendido hacia lo humano: una sombra vigilante, allá en lo alto; una mirada inteligente y apasionada tendida sobre la vida de las gentes que pueblan la Tierra.
>
> Dios es la esperanza de que la pequeña experiencia inmediata, la pequeña certidumbre que nos ofrecen nuestra razón y nuestros sentidos (la pequeña demostración de nuestra propia pequeñez) sean falsas.
>
> Si Dios existe, hay otra vida —otra experiencia, otra certidumbre, otra razón— diferente a ésta en la cual intervenimos y la muerte misma puede ser una experiencia más y no el final absoluto. Si Dios existe, el hombre vale más que su propio dolor, más que su angustia, más que todas las cosas perecederas. Todo ello sería gracioso si no fuera exageradamente frívolo.

Narciso Espejo muestra estas líneas a José Vargas con la seriedad de quien ha realizado un trabajo de difícil intensidad. Lanza el humo del cigarrillo entre sus labios con delicada lentitud, como si ese humo continuara el hilo de sus razonamientos. Arranca el cuaderno de las manos de Vargas y se retira a su cuarto. Horas después regresa. José continúa la lectura de aquellas líneas:

> Naturalmente que, además de Dios, el hombre ha inventado algunos sucedáneos de la divinidad, menos graves y poderosos, menos precisos y exigentes: la memoria de su obra a lo largo de las generaciones, por ejemplo. O también el concepto de que transmite vida a sus descendientes. Esa idea que se ha sintetizado en la frase *sembrar un árbol, escribir un libro, tener un hijo*. Al fin, mediocres sustitutos de la inmortalidad, que sólo es cierta si también es cierta la existencia de Dios.
>
> Inmortalidad y Dios son dos nombres de una misma cosa.
>
> Si Dios existe es como símbolo de perennidad, como contraparte de lo humano, mutable y perecedero.
>
> Dios es la inmortalidad interesada en los negocios que la muerte limita: en la vida, en el hombre.
>
> Sembrar, crear, fecundar es —nada más— dejar señal larga de sí entre los otros. Es hacer débil la muerte, detener su carácter inexorable, solicitar más largo plazo. A través de esos subterfugios se logra atenuar la certeza del final absoluto y se llega hasta el suspiro anhelante que imagina una supuesta continuidad imperfecta de nuestra existencia en el recuerdo de posibles seres futuros cuya relación con nosotros es hoy —cuando todavía no existen— pura figuración surgida del deseo de no morir.
>
> Lo cierto es que todo ello no constituye sino pequeño optimismo. Tan pequeño como todo lo humano. Menos frívolo acaso que la idea de Dios, pero menos tranquilizador. El verdadero optimista transforma en Dios, sin aceptar sustitutos, su voluntad de inmortalidad. Descansa en el seno de Dios y siente su vida, el testimonio de sus sentidos, el movimiento de su razonar —los diversos

aspectos de su pequeñez— como una patraña que pretende envolverlo.

Si Dios existe, le está asegurando al hombre —por el hecho de existir— que su experiencia y, con ello, la esencia de esa experiencia (que es la certeza de la muerte), no son otra cosa que una mentira, una forma deleznable, humana y pequeña, de la única verdad eterna, inconmensurable, divina. La verdad que el hombre no puede entender, porque sólo Dios se comprende a sí mismo.

Está satisfecho Narciso Espejo. El hecho de haber pensado —de haber puesto en marcha la maquinaria cerebral— le produce grata sensación. Quiere encontrar en la mirada de José Vargas la comprensión y el entusiasmo. Encuentra muy diferente cosa: el asombro de alguien que no llega a seguirlo en sus filigranas de bordador.

José Vargas se perdía en las palabras del compañero lo mismo que en las calles de la ciudad. Lo sorprendía de pronto una frase de Narciso, como una plaza a la que se desemboca desde un callejón oscuro, como el ruido confuso de la multitud ciudadana.

Cuando José llegó a la ciudad, cuando el automóvil lo metía por vez primera entre las largas calles encementadas (tan distintas a las callejas rubias de su aldea playera), el grito de un vendedor de periódico le llegó, triste y desprovisto de significado, como una canción cuyas palabras no se comprenden. ¿Por qué aquel muchacho pregonero gritaba el nombre de un periódico y el resumen de una noticia con tanta fuerza de inquietante pasión?

Igual Narciso Espejo cuando decía «eternidad, inmortalidad, Dios»: una voz que gritaba apasionadamente la insistente presencia de algo escrito en un papel, una voz

extendida en la largura de una calle repleta de sombras y de brillos que pasan.

Era difícil para José Vargas la amistad con la ciudad y con los hombres de la ciudad.

José —su alma— estaba rodeado de mar y de cielo, de playas y redes, de la risa y de las palabras de los pescadores y marinos junto a los cuales creció.

Muy distinto lo que encontraba en la pensión de doña Rosita. Cuando Narciso Espejo hablaba de profundidad y de luz se refería a la atmósfera de una iglesia donde sonaban las trompetas del órgano. José, en cambio, pensaba en el verde del agua atravesada por el sol. Si Narciso hablaba de penumbras quería hablar del salón donde una señora dejaba descansar sus manos blancas en la oscura saya de seda; para José, penumbra era la sombra de los árboles, a la orilla de la salina en noche limpia y sin luna.

A pesar de ello, iban fabricando su amistad con sincero interés. Tras de la serena pobreza, de la aparente paz y de la inquietud razonadora que constituían el aspecto exterior del carácter de Narciso, José sabía que había algo más; algo humano, violento y misterioso, diferente de las complicaciones cerebrales y de la humilde serenidad, se hacía evidente y demostraba que Narciso Espejo tenía sangre en las venas.

José sabía que Narciso había estado encerrado en la cárcel como preso político. Era Narciso uno de aquellos estudiantes alborotadores contra los cuales su padre —el viejo Aquiles Vargas— lo había prevenido en grave conversación, días antes de enviarlo a la ciudad.

No le molestaban los detalles de la vida de Narciso que podía conocer por cualquiera de sus viejos amigos. Si Narciso había nacido de vieja familia caraqueña, si poseía

la miniatura de un tatarabuelo de corbatín de encajes y peluca empolvada, si había sido preso político a una edad en la que muchos otros no son más que niños, si aceptaba con digna serenidad una vida pobre y solitaria, sin más cercanía familiar que la de aquel hermano médico que venía a visitarlo alguna vez, el conjunto de esos elementos era suficiente para organizar el retrato de un hombre y dejar a salvo el misterio respetable de esa existencia y la posibilidad de una amistad. Por el contrario, cuando revisaba las disquisiciones de Espejo sobre Dios y la inmortalidad, el montón de frases le dejaba la impresión de que Narciso era excesivamente nervioso, que daba demasiada importancia a sus razonamientos y que la amistad con un tipo de ese carácter era, por lo menos, desagradable.

—¿Tú crees que Dios existe? Bueno. ¿No crees? Bueno. ¿Dudas si existe o no existe? Bueno. Nada de eso merece una preocupación.

—José ¿y tú dices que eres poeta?

—Sí, Narciso Espejo. Soy poeta. Vamos hasta la esquina, nos tomamos una cerveza y hablamos de Lola la Guayanesa. Para hacer comentarios sobre Dios y el pecado te juntas con tu amigo Juan Ruiz.

Porque si Espejo escribía especulaciones ideológicas relacionadas con la divinidad, Juan Ruiz llenaba sus conversaciones con frases donde la palabra pecado sonaba con pesada insistencia. La repetía tanto, que igual la utilizaba para un atardecer especialmente hermoso, para el cuerpo de Lola Ortiz o para la pequeña ración de queso que servía en el desayuno la dueña de la pensión.

—Bueno. Vamos a tomarnos una cerveza y hablamos largo de Lola Ortiz.

Esto sucedió uno entre tantos días de los tantos años que aquellos muchachos gastaron entre las cuatro paredes de la pensión de doña Rosita. Joaquín Pérez Ponte y Juan Ruiz estuvieron sentados también aquella tarde en redor de la mesa del bar estudiantil. No se podía suponer entonces que, a lo largo del tiempo, se aficionara con tan apasionado fervor a los líquidos alcohólicos.

Documento «G»
La entrevista de José Vargas y Juan Ruiz

Cuando José Vargas habla hoy —tantos años después— con Juan Ruiz e intenta lograr confidencias de un testigo casi presencial sobre el asesinato cometido ante las ventanas del almacén de Pérez Ponte, le parece que esta tarde actual tiene la misma luz resplandeciente de una lejana tarde estudiantil donde se trató el tema de la belleza de Lola Ortiz. Podría decir el color de la mesa en redor de la cual hablaba el grupo de estudiantes: era una mesa que había estado pintada de verde y que había perdido en muchos sitios la pintura; una mesa marcada por los círculos que había dejado el roce de los vasos mojados.

Claro es que la relación entre una y otra tarde ha sido establecida por Juan Ruiz cuando ha contado que, apenas hace una hora y media, Lola Ortiz gritaba «¡Socorro, Joaquín que lo mataron!».

Nadie pensaba aquella otra tarde lejana que Juan Ruiz se iba a enredar con tanta pasión en el gusto de los líquidos alcohólicos; pero eso era lo cierto, como cierto era que su voz temblequeaba al preguntar:

—¿Tú crees que Lola ha sido mujer de Pérez Ponte?

José Vargas se ha limitado a mirar a Juan Ruiz para indicarle la inconveniencia de tal pregunta. Juan se siente absurdamente avergonzado, como si Vargas lo hubiera sorprendido espiando a través de la cerradura de la sala

de baños de Lola. La imagen de Lola joven tiñe los cielos de su memoria con una luz de nube amarilla. Un sentimiento que lo incita a tomar muchos vasos de cerveza, a recitar versos, a creer que ha cometido una falta terrible contra alguien. Vargas ha tenido siempre la facultad de irritar a Juan Ruiz, de colocarlo ante sí mismo en actitudes vergonzosas. La mirada de José lo ha hecho sentir que su pregunta ponía delante del mundo entero las piernas desnudas de Lola, su vientre unido al cuerpo de Pérez Ponte en un ambiente de fuga, de borrachera, de impudor, a través de un crepúsculo obsceno y amarillo.

José Vargas habla:

—Usted sí que pregunta tonterías —advierte categórico.

La tristeza le sube a Juan Ruiz dentro del pecho como amarga espuma de cerveza. Ha llegado al momento alcohólico en el que le brotan emocionadas palabras de absurdo, de confidencia, de grito lírico. Dentro de un momento dirá un poema, la forma de su corazón, la negra llama de su melancolía; después se convertirá en un individuo malhumorado y procaz. José Vargas lo acompañará mientras está en la etapa poemática; después sólo Narciso Espejo podrá soportarlo. Y después —después de mucho tiempo y de muchas copas— vendrá la bruma y otra vez la tristeza y la pasión y el sueño tartamudeante y pesado.

Su sensación de vergüenza se transformó un instante en sentimiento de odio contra Vargas. Dentro del alma de Ruiz estaba viva todavía aquella escena del tiempo estudiantil, cuando José lo dejó de manera tan violenta y desagradable. Siempre había sido así. Vargas tenía la facultad de colocar a Ruiz en la situación de representante de la debilidad, de la vergüenza y del miedo mientras se otorgaba a sí mismo el papel de poeta recio y puro que traía en sus venas la fuerza del mar.

—Lo que quisiera es que me contaras algo sobre lo que sucedió en el almacén de Pérez Ponte esta tarde.

—Poco podría contarte. Por lo menos, muy poco para lo que puede ser el interés de un periodista. El muerto se llamaba Justino Calazán.

—Eso ya lo sé. Hay reporteros en el periódico.

—Era peón en el almacén desde hace años. Un hombre bueno. Muchas veces conversé con él. Es decir, hablé yo y él escuchaba. Era uno de esos negros que ríen y hacen gestos y abren la boca, entre locos y tontos. Un negro que había guardado las palabras de la infancia, mejor dicho: la sonrisa, porque palabras no tenía muchas. Y fuerte, claro. Un animal de dos metros de altura.

—¿Y el otro?, ¿el que mató?

—Igual que Justo, más o menos. ¿Qué diferencia quieres tú que yo haga entre dos peones a quienes he visto siempre en el trabajo? Se llamaba Juan de Dios el asesino.

—¿Y las razones?

Juan Ruiz sorbe su cerveza. Se pone importante. Las frases se le caen de la boca como una baba trascendental. Prepara su ridículo discurso.

—Tal vez no había razón. Tal vez había motivos. El motivo o la ocasión de ese asesinato y de otros muchos sucesos que seguramente se han realizado hoy, puede estar en la existencia de una luz mineral que andaba hoy corriendo por las calles.

—¿La nube amarilla, quieres decir?

Juan Ruiz se lanzó sobre Vargas como si fuera a abrazarlo. Le extendió las manos a través de la mesa, entre los vasos llenos de cerveza, del color de la tarde amarilla. Le producía asombro y cariño que José Vargas hubiera comprendido el carácter monstruoso de aquel pedazo de algodón y pluma que se había situado sobre el barrio comercial

de la ciudad para lanzar sobre las casas aquella brasa floja, aceitosa, capaz de pegarse a todas las cosas como manteca para pintar sus perfiles y su entraña con un color de asco. Tenía que ser José el poeta quien coincidiera con Juan Ruiz en la explicación verdadera de aquel acontecimiento.

—Sí. La nube. Mírala todavía.

Juan Ruiz empujó a Vargas hasta la puerta del bar. En el lento atardecer de junio, el cielo se oscurecía en malva brillante. Sobre la temblorosa luminosidad de la tarde se destacaba el monstruo redondo, ya un poco grisáceo, pero todavía repleto de resplandores que parecían surgir de su entraña y estar retenidos en su tenue brasa bajo la piel de la nube, en la red de sus pellejos.

—Una nube enferma y asqueante.

El odio por José le brotó de nuevo después de la crisis admirativa y cariñosa. Recordó con violenta seguridad la escena de la pensión, repetida en la memoria hace algunos minutos, cuando Vargas le recriminara por haber preguntado si Lola Ortiz había sido mujer de Pérez Ponte.

Documento «H»
VISITA DOMICILIARIA A LA PENSIÓN DE DOÑA ROSITA

En los tiempos de la pensión, Ruiz y Vargas compartían lo que había sido una alcoba, dividida luego por un tabique para separar un poco las intimidades. Ya comenzaba entonces Juan Ruiz a vivir como encogido y disminuido en sus posibilidades. Se comparaba con los otros y consideraba su caso como injusticia manifiesta. Trabajaba entonces en una oficina pública y, al mismo tiempo, pretendía seguir estudios. El retardo impuesto por su tío al retenerlo en casa, enviarlo al seminario, llamarlo de nuevo a la aldea árida, lo molestaban. Cumplía difícilmente con sus exámenes y se enfurecía ante una serie de incapacidades que no le eran imputables. No soportaba las averiguaciones acerca de cómo estaba hecho un pez o el tallo de un helecho. Cuando estudiaba literatura o historia todo marchaba bien, pero las escasas experiencias hechas en el laboratorio de química le producían la impresión de milagros y trampas, de mentiras cuidadosamente preparadas para producir, por ejemplo, el nacimiento de una luz amarillo-azulenca, con algo de musgo o de liquen.

Juan Ruiz está convencido de que no podía hacer estudios como los demás. Deseaba continuar el camino que le parecía conveniente y normal y se daba cuenta de que no era un estudiante como los otros, con sus horas precisas de clase, con su disciplina y su alegría de vacaciones.

Era un pequeño funcionario que preparaba exámenes y llenaba páginas con su letra adornada en una oficina polvorienta y sucia. Un hombrecito pequeño, peludo, moreno, flaco, lento, Juan Ruiz.

De su formación religiosa le quedaba la maniática insistencia de una frase repetida en cualquier oportunidad. Juan decía con mucha frecuencia *eso es pecado*. (Podemos suponer, sobre ese dato, que su alma se había detenido en los límites indecisos de la adolescencia, a pesar de que el organismo continuara el endurecimiento óseo normal y de que se hubiera cubierto de pelos la oscura piel del flaco individuo.)

Decía la palabra *pecado* con tono de muchacho que recita el catecismo. Podía parecerle pecado la exagerada fuerza del sol, el cuerpo de Lola Ortiz, la ración de queso que ordenaba doña Rosita en el desayuno.

Un día, como Juan dijera «es pecado tener que salir a trabajar con un día tan bonito como éste», José Vargas le preguntó qué es pecado. Ruiz engalló la figura para decir con orgullo:

—Pecado es todo lo injusto. El mundo entero se convierte en injusticia a causa de cada injusticia. La avaricia de doña Rosita nos echa a perder la vida a todos y nos hace cometer pecados. Yo siempre estoy irritado porque la vida me trata injustamente. Mi vida es también pecado.

En vano pretendía describir Juan Ruiz con frases de hombre su noción de pecado. En realidad llamaba pecado todo lo que le hacía sentir su pequeñez, su pobreza, sus luchas en la oficina y en los estudios: el conjunto de manifestaciones de dolorosa desigualdad que sentía cuando comparaba su persona con los demás.

La significación pecaminosa del desayuno —del queso del desayuno— llegó a ser chiste en la pensión.

—Ahí viene el pecado —decía José Vargas en el comedor luminoso de luz mañanera cuando la sirvienta colocaba ante él, sobre el mantel manchado, el plato con la pequeña colina de queso rayado.

—El pecado de doña Rosita —dijo una vez Narciso Espejo.

—El pecado de Juan Ruiz —corrigió José Vargas.

—El pecado de todos —chilló Juan Ruiz.

José Vargas sentía su cuarto de pensión como el más incómodo desagrado de su vida en la ciudad. La convivencia con Juan Ruiz —de quien lo separaba el sucio tabique de papel— era el signo menos soportable de la habitación común. Cuando Ruiz estaba fuera, todo era aceptable, pero los ratos en los que la presencia del compañero le era inevitable, le demostraban el peso de esta forma de existencia que lo hacía compartir la vida ajena. Juan Ruiz suspiraba, se movía en la cama, parloteaba susurros ininteligibles, roncaba.

En esos instantes la idea más exacta de la riqueza, del poder, de la libertad, era para Vargas un enorme salón solitario y silencioso. No encontrar a nadie, no mirar a nadie, no escuchar a nadie, tener para sí un espacioso límite sereno y, por sobre todo, no estar obligado a soportar vecino tan molesto en su humildad como Juan Ruiz.

La llegada de Lola produjo aquella violenta escena entre José Vargas y Juan Ruiz.

La presencia de la mujer en su vida de todos los días llevó a Ruiz al estado de éxtasis y lo obligaba a hablar de su angustiosa admiración. Después de suspirar y murmurar a solas, necesitaba contar su pasión por Lola Ortiz.

El procaz erotismo de esa confidencia no fue aceptado por Vargas. Juan hablaba de todos los aspectos visibles de Lola e insinuaba suposiciones sobre las características corporales que Lola ocultaba bajo el vestido. Obsesionante la obsesión de Juan Ruiz. Llegó a hablar de los ovarios de Lola y de la madurez de sus óvulos; citó estas actividades fisiológicas como si pudiese recorrer los caminos interiores de la muchacha.

José Vargas intentaba dominar su rabia mientras, como un babeante mono-payaso, Ruiz expresaba su adoración lírica y grosera. El presentido cuerpo de Lola era como un mapa cuyas cordilleras, montañas, selvas, lagos, recorría la imaginación de Juan Ruiz.

Por fin, Vargas dijo sus indignadas palabras:

—¡Te callas, Juan Ruiz!

El otro se mostró rastrero:

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa, José?

Vargas explicó que no soportaba el caso de manía amorosa que demostraba el compañero hacia Lola Ortiz; él estaba acostumbrado a respetar y a que lo respetaran. Juan continuó en susurro:

—Es que la adoro. La quiero mucho, mucho.

Los ojos de Ruiz se humedecían rojizos. Como Vargas lo sacudiera cayó de rodillas y continuó diciendo su collar de oraciones, su plegaria de amor. Decía que Lola era un ángel y también un oscuro sitio de oscura atracción y un terrible pecado resplandeciente. La figura de Ruiz, imitador de algo semejante a la comedia de un temblor y sus palabras, mezcladas de sentimiento y sensualidad, produjeron mayor desagrado a Vargas.

«Falsas confidencias», pensó, y dijo:

—¿Por qué tienes que decirme a mí tantas necedades? ¿Por qué no le hablas a Lola?

—No puedo. Me mira y ya todo es mentira.

—Pero a mí no me interesa. ¡Te callaste!

Juan Ruiz se levantó:

—Un día te voy a matar.

Documento «I»
DECLARACIÓN INDAGATORIA DE NARCISO ESPEJO

Esa noche nos reunimos con un motivo especial. Juan Ruiz y José Vargas estaban en el pequeño bar-restaurant del vasco Aguirre. Fue Juan quien me telefoneó y me habló de la necesidad de que los acompañara. Decía Juan que era imprescindible que habláramos de la nube amarilla. (Esa nube que todos los habitantes de la ciudad habíamos visto detenida sobre los techos de Caracas.)

Juan la relacionaba con un asesinato —y hasta con un intento de suicidio— y decía que Vargas preparaba un reportaje sensacional sobre los sucesos ocasionados por la nube. Al decir de Juan, era indispensable que yo estuviera presente para hablar de esos proyectos. Además dijo que tenía que entregarme un documento muy importante. Vargas debía regresar al periódico pero yo podía comer con Juan, mientras José regresaba, después de terminar sus tareas de periodista.

Yo prometí, sin mucho entusiasmo, que iría al restaurant del vasco Aguirre. Sé muy bien que Juan y José —sobre todo Juan— continúan sus costumbres de solteros. Juan es alcohólico. Si decía «comer en el restaurant del vasco Aguirre» eso significaba «beber en el bar del vasco Aguirre». Cuando me encuentro a alguno de los dos en una esquina cualquiera de la ciudad, la conversación se plantea y se extiende interminablemente en redor de cualquiera

de los temas que nos fueron comunes en nuestra juventud. Ambos rozan esos temas con el sincero cariño de los solitarios.

Perdonen ustedes si hablo en presente —si utilizo el presente de indicativo de los verbos— pero siento los acontecimientos relacionados con mi conversación en el bar del vasco Aguirre como sucesos en los cuales todavía está enredada mi atención. Digo —en el presente de indicativo— que José habla con la displicente alegría del hombre sereno y Juan con la temblorosa inseguridad del borracho.

El caso de Lola Ortiz constituye siempre la fuente de las más apasionadas palabras, para Juan. No se atreve a rozar ese tema sino cuando la carga alcohólica lo ha hundido ya en caminos de angustia. Desde mozo ha sentido una especie de obsesión por Lola, obsesión que nada ha significado en las relaciones personales de uno y otra. Gran parte del día están juntos en la oficina del almacén de Pérez Ponte —donde ambos trabajan— y tengo entendido que apenas se dirigen la palabra.

Si no recuerdo mal, una vez Juan se atrevió a bailar con Lola un pasodoble en el corredor de la pensión donde vivíamos. La experiencia no duró más de tres minutos. Se enredaron de manera harto complicada y Lola vino a caer sentada sobre un pote de helechos. Supongo que, dada la sensibilidad de Lola Ortiz, nunca ha olvidado el ridículo de aquel largo instante.

A mí poco me importan Lola y sus complicaciones. Guardo cariño por la estampa brillante y salvaje que significó su llegada a nuestra pensión de estudiantes. Después, la vida de Lola ha sido —según los chismes que me han llegado— bastante irregular. Suponemos todos

sus amigos que ha tenido muchos amantes ocasionales, muchas aventuras sin amor; sabemos que sufre exagerada afición a los licores y que ha llegado a la incómoda posición de la soltera que desea su quietud con sana ansiedad que la hace imposible.

Hablo de Lola, porque, cuando Juan me telefoneó, me dijo de la nube amarilla, de un asesinato, de un intento de suicidio, del reportaje de José Vargas, del documento que debía entregarme y añadió:

—Además, es necesario que vengas por un asunto relativo a Lola. José Vargas es un canalla.

No me asombré. Juan es así cuando vive sus mundos de alcohol y de angustia.

A fin de cuentas, el caso de Lola Ortiz es tan común y digno de lástima como el de miles de mujeres que corren las calles de la ciudad. Sólo que los que la conocimos en los tiempos de la primera juventud nos preocupamos por ella con sincero interés y, cada vez que tenemos conocimiento de un enamoramiento, de una aventura, de un pequeño escándalo alcohólico de Lola, intentamos conocer los pormenores del asunto con una especie de malsana curiosidad que pudiera parecer amistoso acercamiento hacia una hermana pequeña, poco experimentada, sobre la cual hay que velar para que actúe con la corrección y el discernimiento necesarios.

Creemos conocer a Lola con minuciosa exactitud. Aplicamos a su «caso» teorías y razonamientos que sólo encuentran excusa en la supuesta ternura que por ella sentimos. Es posible que, en realidad, seamos canallescos con esa mujer. Tal es la opinión de Juan Ruiz en sus ratos de angustia alcohólica.

Durante un tiempo (durante mi noviazgo, supongo, porque recuerdo con precisión que las historias de Lola hacían reír mucho a una linda muchacha luminosa que es hoy mi mujer) fue habitual motivo de nuestras conversaciones la hipótesis de que todos los cuentos relativos a Lola eran mentira.

Nos preguntamos cada vez cómo habíamos subido al nuevo amor, la reciente aventura, el último escándalo de Lola y vinimos a caer en cuenta de que era Lola misma quien nos lo había hecho saber. Pensamos que si Lola se esmeraba tanto en que sus más antiguos amigos supiéramos que ella era una mujer solicitada como compañera de placer ocasional en tan repetidas ocasiones, si nos hacía saber que una muchacha la había abofeteado públicamente o que un compañero vulgar había derramado sobre su blusa una copa de licor, alguna razón debería de haber para esa especie de exhibicionismo.

No fue extraño Juan Ruiz a la hipótesis que explicaba la actitud de Lola a base de mentira. La teoría nos pareció bonita a todos. Resultaba hermoso ver envuelto el personaje de Lola en las nieblas de la historia, antes que colocarla en un terreno anormal que supusiera, desde el punto de vista de una estricta moralidad, concesiones intolerables para la responsabilidad de una persona sensata.

Cuando Lola mostró a José Vargas el diamante regalado por un amante, Juan Ruiz explicó que Lola había comprado esa sortija y que, además, le iba a costar no poco sacrificio terminar de pagarla. Juan Ruiz añadió que Lola se enviaba flores a sí misma los días de aniversario (y otros días en los cuales le parecía grato tener flores) y que luchaba, con tenacidad, con subterfugios, con bajezas, con toda la pasión que se puede tener en el fin más preciado de la existencia, por estar segura de tener en sus «fiestas» la

cantidad de invitados suficiente para que su pequeño apartamento fuera incómodo y que parecía llegar a desear que formaran parte de sus «cocteles» individuos poco educados a los cuales irritaba hasta lograr que produjeran algún incidente escandaloso.

La leyenda de la mitomanía de Lola quedó asentada como verdad definitiva el día del famoso concierto.

Lola había anunciado que iría acompañada por su amante de turno (un yanqui millonario que iba a divorciarse muy pronto para casarse con ella). En el teatro todos pudimos verla, terriblemente inquieta dentro de su vestido exageradamente descotado. Lola fue al concierto en compañía de doña Rosita, la propietaria de la pensión de estudiantes donde vivimos tanto tiempo juntos.

Teníamos razones para pensar que Lola actuaba de esa intranquila manera, por ver qué reacciones producía en sus antiguos amigos. Cierto es que hay en sus actos tan loca mezcla de risa y angustia que nos la hace respetable. Para Juan Ruiz —sobre todo cuando vive las nieblas del alcohol— todo lo que se refiere a Lola es más que respetable, está bajo el signo de la más reconcentrada pasión.

Cuando Juan me pidió que nos reuniéramos en el restaurant del vasco Aguirre, me dijo:

—Es necesario que vengas por un asunto de Lola. José Vargas es un canalla.

Ya yo sabía que estaba borracho. Lola y borrachera son en Juan una sola palabra.

Mi mujer —Cecilia, La Luminosa, según dice Juan— se mostró de acuerdo con todo. Ella debía ir de visita a casa de su madre; sabe que yo soporto difícilmente las conversaciones en las cuales mi suegra se refiere a lo que ella llama «mis aventuras juveniles». Mi mujer me dijo que

iría a buscarme al restaurant después de su visita familiar. Cecilia se divierte mucho cuando escucha parlotear a Juan Ruiz. Siente, seguramente, la admiración que le profesa mi antiguo amigo. Sabe (se lo he contado yo) que la llama habitualmente La Luminosa.

Cuando llegué al restaurant del vasco Aguirre, Vargas y Ruiz estaban en la etapa de la tertulia alcohólica que lleva a recitar versos. (La pensión de doña Rosita —donde vivimos nuestra juventud— fue incubadora de genios literarios. Vargas es poeta, Juan Ruiz y yo hemos escrito cuentos, crítica literaria; hasta Joaquín Pérez Ponte, quien era sólo visitante ocasional de la pensión, escribió una novela de la cual ha publicado algunos capítulos.)

Cuando me acerqué a la mesa de Juan y José, éste decía —tal vez por milésima vez a lo largo de la noche— el poema que tiene la facultad de convertir a Juan en un ser suspirante y cariñoso: «Durante mucho tiempo mi única amante fue la madrugada».

Ya estaba Juan en la inestabilidad sentimental que el alcohol le procura. Pasaba de uno a otro tema con indecisa rapidez, como si temiera enredarse en algún imprevisible lazo oculto.

Al poco tiempo, un empleado del periódico donde José Vargas es redactor-jefe vino a buscarlo; le dijo que las páginas de información estaban retrasadas en espera del «visto bueno» para el reportaje policial. José se despedía cuando Juan saltó:

—Antes de irte tienes que decirle a Narciso lo que me has contado sobre Lola Ortiz.

La voz de Juan era profunda, como si surgiera del fondo de una máscara, como si contuviera el eco de sí misma, como si el cuento de Lola Ortiz lo hubiera hecho descender

a un oscuro pasaje lúgubre, fabricado por José Vargas. La voz de Juan acusaba: el poeta Vargas, capaz de escribir frases tan hermosas como «durante mucho tiempo mi única amante fue la madrugada», había sido capaz también de contar aquello.

José lo miraba con la sonriente serenidad que siempre ha tenido.

—Si quieres escuchar otra vez el delicado asunto, vas a tener que contártelo a ti mismo —dijo y se marchó.

—Mereces la muerte —afirmó Juan.

José es un hombre cuyo carácter amerita explicación. Voy a hacerla. Fuera de unas horas de fino fabricante de poemas, es el más sensato y optimista razonador. Aun cuando acepta el juego de las imágenes, no acepta el ser dominado por ellas. Su poesía es epidérmica. Si la frase poética que Juan Ruiz admira (la de «durante mucho tiempo mi única amante fue la madrugada») parece indicar una inquietud de tipo íntimo, ello no basta para que, en su conjunto, el poema exprese —como casi todos los poemas de Vargas— su relación con el mundo exterior, la presencia del paisaje. José siempre ha sido así. Transfigura lo externo. Disminuye lo que él llama impertinente curiosidad de las gentes de la ciudad.

Recuerdo que una tarde, en nuestra época estudiantil, sentados en los escalones del pedestal de la estatua de Cagigal, yo comencé a hablar de mi familia. Las sombras del atardecer daban tono húmedo y verde al patio universitario mientras, sobre el cielo todavía azul, las ramas de los árboles ascendían entre las arcadas coloniales como si dibujaran gestos de tristeza.

—He crecido dentro de un ambiente, donde todo lo que después he considerado como natural, se considera

inexistente. Ahora, tú y yo vivimos en un irregular convento de alocados frailes, dirigido por las furietas y la avaricia de doña Rosita. Yo nací en un convento de monjas que mi madre creaba en torno suyo. Claro que yo no formaba parte de la comunidad y que la única monja era mamá, pero la vida en mi casa estaba reglamentada por la voluntad de una angustiada abadesa que cumplía sus propias órdenes rigurosamente.

—¿Murió hace tiempo? —preguntó José.

—Hace unos cuantos años. Aunque yo no sé si vivió verdaderamente alguna vez. Me he preguntado cómo serían las relaciones sexuales entre ellos: digo, entre mamá y papá.

José Vargas hizo un gesto de molestia. Me dijo, una vez más, que las gentes de la ciudad gastaban su tiempo y su imaginación en pueriles preocupaciones. A él no le molestaba pensar que su padre —Aquiles Vargas— se acostara con su madre —Cruz Guaregua—. Jamás se había dedicado a tan absurdos pensamientos. Se habían acostado como cualquier hombre y cualquier mujer, encendidos en sus cuerpos sanos por el deseo. No le molestaba pensar que Aquiles Vargas cubría con su cuerpo blanco el oscuro cuerpo de Cruz Guaregua, como le importaba poco saber que su madre —la india Cruz— había terminado sus amores con el señor adinerado Vargas y se había entregado a otros hombres y había tenido otros hijos.

Para mí, en cambio, las supuestas escenas sexuales de la familia constituían imágenes difícilmente soportables.

—Tienes que saber que harían sus cosas como todo el mundo —dijo José.

—¿Como todo el mundo?... Mi padre era un alcohólico. Murió en la cárcel, como preso político, entre otras

razones, por la falta de aguardiente o por una especie de delirio donde se mezclaban el alcohol y la sífilis. La gente se asusta cuando yo digo estas cosas.

—Tú eres el que se asusta, Narciso.

—Es posible.

Suspiré. Entonces estaba todavía en edad que me permitía decir con toda sinceridad que los atardeceres me inclinaban a la melancolía. Siempre he sido hombre crepuscular. (Sólo que no se dicen tales tonterías cuando nos alejamos definitivamente de la juventud.) Suelo mirar el cielo y me interesan las nubes. Por eso fui a la cita donde Juan contaría los acontecimientos derivados de la nube amarilla con su secuela de asesinato y tentativa de suicidio. Aquella tarde universitaria una nube estuvo presente en la conversación de José Vargas y yo. Otra tarde amarillenta nos reunimos en un pequeño bar a hablar de Lola Ortiz. Muchos años más tarde otra nube provocaba la tertulia de Vargas, Ruiz y yo en el restaurant del vasco Aguirre. La nube de la lejana tarde estudiantil desgarraba lentamente su blancura entre las oscuras ramas de un árbol que la había enredado.

—Linda nube —dije yo. Y José añadió:

—Avanza por el cielo como una balandra en alta mar.

Habló en seguida de ruido de olas, hizo entrar en la sombra del viejo patio de la universidad un montón de duros pétalos de caracol, dormidos en su memoria bajo las dulces aguas de un puerto lejano.

—Hablabas de tu gente —dijo, como si apartara de su mente aquellas imágenes de la tierra donde nació.

Sí. Pienso a veces con cuánto desagrado recibiría en su cama la severa abadesa al borrachín que llegaba a la casa en la madrugada de la parranda, sucio de toda la mugre del burdel y del ron. Yo no conocí a mi padre. Casi no lo conozco.

O es que no deseo recordar su estampa. He visto retratos suyos. Una hermosa cabeza de artista. En realidad, un pobre diablo miserable y borracho a quien El Tirano le adornó la muerte con una ficticia heroicidad.

José Vargas me dijo que yo admiraba a mi padre y que, fueran cuales fueran mis palabras, miraba con simpatía el drama de aquel hombre dado al alcohol y casado con una dama que hacía la comedia de la monja en su casa.

—Hay que respetar en cada quien su misterio.

Así era —así continúa— José Vargas. Pasa entre las gentes como si solicitara excusa por el hecho de haberlas rozado, pero esa solicitud de excusa demuestra que el roce ha sido desagradable para el solicitante. Dice que es necesario respetar el misterio de cada quién, pero exige que respeten, en reciprocidad, su propio misterio. Por eso le molestaba el olisqueo de intimidades que, según su decir, había encontrado por primera vez en nuestra pensión de estudiantes. Por eso, cuando Juan Ruiz le preguntó si Lola Ortiz había sido mujer de Pérez Ponte, lo recriminó con la frase «usted sí que pregunta tonterías».

Luego, cuando fueron hasta la puerta del bar para mirar los últimos resplandores de la nube, cuando regresaron a la mesa de su tertulia se decidió a contar. (Ya ha pasado muchos años en la ciudad y, a veces, permite que cambien ciertas costumbres de su espíritu.) Le dijo a Juan:

—Usted quiere sufrir un poco, ¿no? Es usted lo que llaman un pequeño masoquista, que no molesta a nadie con su perversión. Llega al placer por el dolor, pero obtiene el dolor sin escándalo, sin mezcla de corrupción de menores, de cleptomanía o de pendencia. No tiene inclinación al exhibicionismo. No se orina en la estatua del Libertador.

No provoca ningún acontecimiento que pudiera provocar la gran vergüenza de que lo lleven a la policía. Pero llega al placer por el dolor. Parece imposible que haya gentes así, pero —según me ha contado un médico amigo— en esta alegre ciudad de Caracas hay quienes llegan a hacerse heridas en el órgano sexual y a representar una pequeña comedia de crucifixión para llegar al placer. Es asombroso que existan tales cosas en una ciudad tan alegre y joven como Caracas, pero, si quieres, puedes hacer esfuerzo y ponerte en contacto con el pequeño grupo de locos que realizan su farsa de flagelaciones y torturas y corona de espinas y cortadas en el sexo. Yo respeto en cada quien su misterio y respeto también el misterio de Caracas, de nuestra querida ciudad alegre y carcajeante. No te enfurezcas porque te diga masoquista. Lo eres. Yo no debería contarte el cuento de Lola Ortiz, porque no me agrada producir placer. Ya estamos viejos para pretender iniciar una especie de amorío homosexual intelectualizado, ¿no es cierto, Juan Ruiz?

Juan rió.

—¿Tú ves? Te gusta lo que digo. Yo respeto tu misterio. Por una vez te complazco. Voy a imaginarme que no sé que te gusta sufrir. ¿Cuento?

—Quiero saber —dijo Juan.

—Sabes todo. Quieres que te lo repitan para tener el placer de dudarlo, de olvidarlo, de recordarlo otra vez cuando estés borracho y ponerte a llorar y a decir que Lola es una santa y que yo soy un canalla. Da lo mismo. Una noche —no sé hace cuánto tiempo— encontré a Pérez Ponte en el Bar Cristal. Me dijo que, lamentablemente, no podía conversar conmigo, porque estaba con «alguien». Se tomó un trago, compró una botella, se fue

y regresó diciendo que Lola quería hablar conmigo. Lola estaba en el automóvil, Lola era el «alguien» de quien había hablado Pérez Ponte. Estaba borracha y me habló con odio y con rabia, como si supiera que yo estaba enamorado de ella. Seguramente pensaba desde su borrachera que te estaba hablando a ti. Según parece esas sustituciones de personas son fáciles de hacer por almas angustiadas. A mí me interesan los misterios humanos «en teoría»; hago lo posible por no rozarlos en los casos concretos de mis amigos.

(Me ha contado más tarde José Vargas que Juan escuchaba como si las palabras concernientes a la historia de Lola cayeran en los pozos del sueño, como si estuviera cayéndose en el amodorramiento. Por su parte, Juan me informó —minutos después de mi llegada— que la imagen de sí mismo surgida entre los abismos alcohólicos era la estampa de un hombre que grita su dolor y su angustia en la soledad de la calle que cruza una ciudad abandonada: la pequeña rabia de un hombre que llora y golpea las puertas de una casa que sabe vacía tras la madera y el candado.)

—¿Estás gozando, Juan Ruiz? Yo me niego a hacerte gozar tanto. No quiero compartir tus vicios. Tengo los míos, que ya me dan bastante quehacer.

Dice Juan Ruiz que su voz sonó —para su propio oído— serena:

—Estoy pasando todas tus impertinencias para ver si, al fin, cuentas lo de Lola.

—Bueno. Lola me llamó; se echó en mis brazos llorando: «¿No sabías que soy una...? Hoy con Pérez Ponte y mañana con cualquiera». Y luego se me quedó mirando y chilló: «Te mato si te atreves siquiera a pensarlo».

—Verdad es.

—¿Qué?

—Que mereces que te maten.

(Decía esto y dentro —cuenta Ruiz— estaban su llanto y su angustia ante las cerradas puertas de la ciudad desierta, sus golpes y sus gritos: «¡Dejadme entrar!, ¡dejadme entrar, ¡quiero una niña que se mire conmigo en el espejo!, ¡quiero una espiga temblorosa en el viento!, ¡quiero una estrella desdoblada en su llama!, ¡quiero una brasa consumida en su fuego!»)

—Son muy parecidos Lola Ortiz y tú. Por eso será que no han podido llegar al placer extraordinario que les produciría estar juntos.

—Mereces que te maten.

—¿Cuento o no cuento?

—Cuenta. Pero respeta el misterio.

—Cierto —dijo riendo José—. Me olvidaba. Bueno. Lola propuso: «Vamos a tomarnos unos tragos juntos. Vamos, Joaquín. Con José Vargas, que es el único hombre bueno que he conocido». Por eso digo que me confundía contigo.

—Sigue.

—Pérez Ponte se opuso diciendo que en el Bar Cristal había mucha gente conocida y Lola dijo: «Yo también soy conocida; por lo menos, lo seré muy pronto». Fue una noche complicada donde, al lado mío, se desnudaban los misterios. Muy desagradable. Una noche extraña dentro de la alegría de esta alegre ciudad.

—Sigue.

—Nada. Acompañé a Lola y a Pérez Ponte hasta que ellos se quedaron en la *garçonnière* de Joaquín. Lo cual

no quiere decir que fueran amantes esa noche. Yo, por ejemplo, no me acosté con nadie. Mi única amante fue la madrugada. Me gusta caminar cuando estoy borracho.

(Fue entonces cuando Juan Ruiz quiso llamarme por teléfono y cuando José y él comenzaron a decir esas letanías de elogios cariñosos que los borrachos suelen guardar para sus amigos ausentes. José Vargas dijo que yo era un hombre sin misterios. Juan Ruiz hizo el elogio del hombre que había sido capaz de vencer sus fantasmas y de hacer suya mujer tan perfecta como La Luminosa.)

—¿Sabes que he escrito las «memorias» de Narciso Espejo?

—¿Una falsa autobiografía?

—Un cuaderno apócrifo.

—Raro. Admiras mucho a Narciso.

—Hoy le entrego el cuaderno.

—Mira hasta dónde te ha llevado la nube amarilla.

—Y a ti...

—Nada me lleva a ninguna parte, Juan Ruiz. Apenas si soy un traidor. He traicionado. La madrugada lo sabe. Me ha excluido.

Comenzó a recitar su poema «durante mucho tiempo mi única amante fue la madrugada». Entonces llegué yo y, al poco tiempo, se fue José Vargas a su tarea del periódico.

La pequeña escena desarrollada entre Juan Ruiz y yo fue, en cierto modo, divertida. Tal vez actué con excesiva frivolidad, pero no puede suponérseme por ello culpa alguna en el acontecimiento que se realizó más tarde. Seguí el juego de Juan Ruiz sin la menor intención de crueldad. Contaba él los cuentos del día —el asesinato frente a la ventana del almacén, el intento de suicidio sobre el cual le había informado José Vargas, el terror de Lola Ortiz junto al cadáver ensangrentado del peón— y hacía frecuentes alusiones al documento que tenía que entregarme.

Me divertía su borrachera, pero no hacía burla de ella. Yo estimo al personaje de Juan Ruiz; lo he admirado durante largas etapas de mi vida; lo he encontrado siempre generoso, siempre firme en su honesta actividad. Si se acercaba a la madurez con pasos titubeantes por el alcohol, también era dueño de una buena sonrisa amistosa.

Muy poco *importante* Juan. Sin el menor asomo de tendencia a decir «yo» e inflar el pecho. Dadas las circunstancias que han marcado su vida, buen derecho tenía a hacer hincapié sobre sus cualidades de escritor. Sólo lo ha hecho una vez, en lo que él llama «explicación necesaria», la que figura al comienzo del cuaderno que, por fin, me entregó aquella noche, a la puerta de su casa.

Me pareció en aquel momento que se despedía angustiosamente de mí y de La Luminosa, pero puedo pensar que esa idea se me ha presentado luego de haber conocido el suceso posterior a nuestra sencilla despedida. Angustias de borracho no son para ser tomadas en cuenta. Bien sabe todo el mundo que pueden desaparecer en cualquier afortunado cambio de humor. O con el sueño.

De Juan Ruiz se contaron siempre muchos cuentos en la ciudad; en redor de su persona se tejían pequeñas leyendas. Era un hombre con misterio, como diría José Vargas. Un hombre «complicado». Dentro de la fraseología del siglo pasado se hubiera dicho de él que tras su frente serena ocultaba una tempestad.

Cierto es. Los acontecimientos lo han demostrado. Si no una tempestad, había una nube amarilla que rompía dentro de su cabeza reflejos y llamas.

Por sus escritos, difícil sería suponer la podrida luminosidad cerebral. La prosa era para él un instrumento preciso, dirigido hacia problemas de estricto juego literario. Como si quisiese manejar solamente jugos filtrados a través de conceptos y teorías muy seguros y definidos. La suya, una exacta y fría expresión que pretende no dejar sitio a los gestos de la pasión.

Excepción hecha del «cuaderno» su labor es así, exacta y fría.

Tal vez ahora podría asegurar que se siente en sus párrafos una especie de suspiro triste, una enternecedora ternura que airea los razonamientos. Pero ahora conozco el «cuaderno».

Juan me mostró su famoso «documento» —el cuaderno apócrifo de Narciso Espejo— el día de la nube amarilla, es decir, la noche inmediata a aquel atardecer luminoso y enfermo que conmovió la ciudad. Debería decir más, pero la función de narrador impone el ocultamiento de ciertos sucesos hasta el momento preciso.

A lo largo de su conversación conmigo había hecho muchas alusiones al «cuaderno», al «documento», a las «memorias». A mí me divertía no demostrarle interés por el escrito en cuestión. Cuando proponía ir a buscarlo a su casa (vivía muy cerca del restaurant del vasco Aguirre, en un pequeño cuarto independiente que formaba parte de un local de comercio: una habitación pequeña, una regadera y un excusado en la parte de atrás, sus libros, una mesa, la cama siempre revuelta, los trajes —como en la época de estudiante— colgados de la pared bajo una tela) yo le mostraba que era absurdo haber llamado por teléfono y traerme hasta el restaurant del vasco Aguirre, para permitir luego que me quedase hablando al aire ante una

mesa llena de vasos y de licor. Cuando decía que podíamos ir juntos a buscar el famoso documento, le recordaba que mi mujer vendría a encontrarnos en el restaurant y podía suceder que llegase justamente cuando hubiéramos salido. Asentía y seguía tomando sus tragos.

—Antes de que llegue La Luminosa tengo que hablarte del cuaderno. He debido entregártelo hace tiempo.

—Yo creía que habías escrito eso en los últimos meses. Como nunca habías hablado... Pronto llegará Cecilia. Mañana, si quieres, vas a almorzar con nosotros y lo llevas.

—No. Tiene que ser esta noche. Cuando llegue La Luminosa nos vamos los tres. Ustedes me acompañan hasta casa y yo te entrego *el cuaderno de Narciso*. Tus memorias. Están escritas para ti. Nada malo hay en ser Narciso Espejo. En pretender aceptar la realidad del reflejo.

Y luego, como si se refiriera a cosas más cercanas a nosotros —a nuestra vida personal— que el asesinato del peón Justino Calazán, añadió:

—¿Ves la tragedia que ha causado la nube amarilla?

—Sí —concedí.

—Te aseguro que no ha terminado de hacer daño. Por eso te entregaré esta noche tu cuaderno.

Tacha del Documento «C»
CRÍTICA DEL CUADERNO APÓCRIFO

Nunca comprendí mejor a Juan Ruiz que después de haber leído el pretendido retrato mío que pintó en su «cuaderno apócrifo». Nunca lo comprendí mejor y es triste decirlo ahora, cuando ya no existe; ahora, cuando pienso que, en el momento de comenzar a leer las páginas del cuaderno (un sucio block de tapas rojas, con la marca comercial del almacén de Pérez Ponte) ya estaba muerto Juan o se debatía quizás en la agonía de su suicidio.

Dice el médico que la muerte ha debido de llegarle rápidamente, dada la facilidad que los hombres impregnados de alcohol tienen para desangrarse. Que haya encontrado la paz que le fue negada durante su vida. Que exista para él un Dios bueno, reflejo de su alma. Que lo acompañe la serenidad. Bien lo merece Juan Ruiz, el angustiado, y yo se lo deseo con la mayor sinceridad.

Mi afecto por él y la dolorosa certidumbre de que yace bajo tierra no pueden impedirme, sin embargo, el ejercicio del derecho de análisis sobre el contenido del «documento» que en este expediente ha sido clasificado bajo la letra «C»; las supuestas memorias que Juan me entregó.

El cuaderno había sido titulado de muy diversas maneras. Los sucesivos títulos aparecían en la tapa deteriorada o en la primera página interior. Uno tras otro habían sido rayados y el que, al parecer, guardaba la simpatía

del autor decía, en mayúsculas, NARCISO ESPEJO, *y entre guiones, esquema de su lucha contra los fantasmas.*

Para entender el sentido de la tarea mental que supuso el trabajo de Juan Ruiz esos títulos son interesantes.

El cuadernillo se había titulado al principio «Humana Arquitectura»; correspondía ese título a las páginas donde están relatados los sueños infantiles de la Ciudad de Dios y la ambición del título estaba apoyada en una cita de Rabelais colocada en lo alto de la primera página: «Je ne batis que des pierres vivants: ces sont de hommes».

Cierto estoy de que Juan Ruiz me habló alguna vez de esta frase, para decir que debía de ser la insignia de los novelistas, y me confesó entonces que nunca leyó a Rabelais y que había visto las palabras rabelesianas en una revista francesa.

Bajo el rayado título de «Humana Arquitectura» aparecía una larga línea de inspiración joyceana: «Retrato del artista en disfraz de Narciso», y, unas tras otras, «Espejo y disfraces», «Croquis de la batalla contra los monstruos», «Dibujo del recuerdo», «Sombra y luz sobre el agua del olvido».

Según parece, el trabajo realizado por Juan provocaba en su autor diversos juicios cuya síntesis colocaba al comienzo del sucio cuadernillo a la manera de comentario personal.

La noche de la entrega del cuaderno —mientras estábamos todavía en el restaurant del vasco Aguirre— escribió en uno de los papeles del menú una especie de índice de las páginas que iba a darme. Decía: Dios. El pecado. El Tirano. La tradición. La belleza. El amor.

Y afirmó:

—Son los fantasmas. Todos tienen que ser vencidos.

Yo le mostré su vaso lleno de ron:

—¿Y esto?

—No se trata de mí. Yo estoy repleto de fantasmas como una casa embrujada. Se trata de Narciso Espejo. De ti.

(Acepto que mis amigos me llamen Narciso Espejo, aunque no sea tal mi nombre, porque es un seudónimo de mi juventud literaria cuyo absurdo me es grato.)

Alguna oposición habría de ver Juan Ruiz en mí cuando añadió:

—Nada malo hay en ser Narciso Espejo. En pretender aceptar la realidad del reflejo.

Cuando comencé a leer las páginas del cuaderno, me asombró que Juan hubiese podido dedicar tanto tiempo a revisar mi vida, así fuera bajo el símbolo del reflejado Narciso. El compañero Ruiz había publicado apenas unas cuantas notas —muy valiosas en mi sentir— sobre algunos temas de crítica literaria y algunos bocetos realizados a veces como poemas, a veces como leyendas. (Así, la «leyenda de Narciso» incluida en el prólogo del «cuaderno apócrifo» y publicada antes separadamente; así el poema a su muerte incluido en la «explicación necesaria».)

Recuerdo cuando escribo estas líneas que, al despedirnos, la noche del suicidio y del cuaderno, cuando daba la mano a Cecilia mi mujer —a quien siempre llamó La Luminosa— advirtió:

—Se me olvidaba decirte... Las memorias no están completas. He llegado a redactar: la lucha contra Dios, la lucha contra El Tirano, la lucha contra el pecado. Faltaría la lucha contra la belleza y el triunfo sobre La Luminosa. Habría que añadir, al fin, para redondear el trabajo, La lucha contra el espejo. *Adiós, tengo muchas ganas de dormir.*

Durmió, efectivamente. Que haya un Dios de paz para él.

Si Juan Ruiz tuvo suficiente interés en trabajar una supuesta «autobiografía de Narciso Espejo» para la cual yo le serví de modelo —de motivo, sería mejor decir—, yo puedo dedicarme a completar un poco esa tarea, devolviéndole así —en juego de espejos— un aspecto de lo que él era. Las mixtificaciones (ya anunciadas por Juan en las primeras páginas) fueron cometidas sin perversa intención y fabricadas con asombrosa seguridad de falsario. Todo ello me da derecho a emplear ciertos instrumentos de enmendador en esta tacha del documento «C» que quiere ser, a fin de cuentas, la demostración de algo que nunca negó Juan: la falsedad del cuaderno.

El máximo error de ese trabajo biográfico está en pretender traspasarme (o, al menos, en querer traspasar a esa sombra que él llama Narciso Espejo) multitud de ideas, sentimientos e impresiones que corresponden exclusivamente a Juan Ruiz. Bien cierto es que vivimos algo de infancia, mucho de adolescencia y un poco de juventud en circunstancias semejantes, pero también es muy cierto que, cuando comparábamos nuestros recuerdos —en conversaciones posteriores—, llegábamos siempre a la conclusión de que los recuerdos para nada sirven. (Tal observación está recogida en el «cuaderno de Narciso» dentro de la nota titulada teoría de los espejos.*)*

He creído siempre que me desagrada tanto escuchar confidencias como hacerlas. Mientras leía las memorias me vi obligado a reconocer que soy bastante más hablador de lo que yo mismo acepto. Juan Ruiz conocía muchas de mis actividades por haberlas escuchado de mi boca. Sin duda, me confesaba con él igual que si lo considerara revestido de los poderes sacerdotales; seguramente con mayor sinceridad que la que ponía en mis palabras cuando era el padre Iturriaga el confesor.

Por eso, el cuadernillo me parece harto desagradable. Bien claro está que comprende un tapiz de mentiras, pero Juan supo meter en sus páginas una pequeña sonrisa, un asomo de intención picaresca, conforme a la cual se presume que, cuando Narciso dice que miente o que recuerda mal o que no sabe si inventa, quiere dejar sentado que algo de verdad se ha colado en las líneas de la historia.

Yo hubiera preferido que Juan mintiera de una vez, descaradamente, y dijera que transmitía una confesión auténtica (la cual sería atacable directamente, como la tacha de un documento ante los tribunales) y no que escudara su responsabilidad tras la afirmación previa de que el cuaderno es apócrifo, de que es la obra de una vaga persona llamada Narciso Espejo y de que, además, éste no sabe si recuerda realmente o si inventa sus recuerdos. Es tan visible el remiendo, tan patente la voluntad de ficción, que hace pensar que los velos aparentemente fabricados para disfrazar la verdad han sido concebidos en realidad para denunciarla.

Más aún: no tenía Juan Ruiz necesidad alguna de afirmar que el cuaderno es apócrifo y de añadirle esa alusión al literario personaje de Narciso Espejo —evidentemente falso en su doble alusión al personaje que ama el reflejo de su imagen— para decirme luego que el seudónimo que yo usé en mi juventud está utilizado como persona verdadera, como ser humano que escribe sus memorias (y sus olvidos, según diría Juan).

Hechas estas consideraciones sobre el cuaderno en general, voy a tratar separadamente algunos de los puntos del relato de Juan (o de Narciso).

Mi madre murió cuando yo tenía quince años; era viuda desde ocho años atrás; igualmente cierto es que mi hermano mayor regresó por entonces de Europa, donde estudiaba medicina, después de muy larga ausencia. Llegó en compañía de su mujer.

Poco me importa la falsedad de los datos relativos a las posibles relaciones sentimentales entre Marta y yo. La señora de mi hermano dejó de serlo pronto; mientras yo estuve en la cárcel, el matrimonio se rompió y, si alguna vez se me ocurre pensar en mi cuñada, he de tener por cierto que caminará las calles neblinosas de su París natal; que, en determinado momento, cuando mira las aguas del Sena en una tarde especialmente melancólica, recordará sus tiempos de casada como una aventura incómoda y pintoresca, digna de ser cantada con acompañamiento de acordeón. En esos posibles recuerdos no figurará el flaco adolescente que era hermano menor de su marido venezolano.

Así, cuando hago las rectificaciones que el asunto merece, no pongo en ello interés distinto al que todo hombre tiene por la verdad. Me agrada ser veraz y no deseo aceptar que una murmuración (así sea hecha con intención artística) desvirtúe la correcta versión de los hechos en los cuales he intervenido.

Evidentemente, el «acto del burdel» —como designa el cuaderno la azarosa visita primera a una casa de lenocinio— ha debido de ser realizada un poco antes de la muerte de mi madre y no sé si antes o después de la llegada de mi hermano y su mujer. Posiblemente después. Lo que sí sé de cierto es que el pretendido amor callado y romántico, encendido entre Marta y yo, nada tiene que ver con la realidad.

Es posible que en mis conversaciones de adolescencia me atribuyese sentimientos que nunca he tenido. Muy posible que quisiese aparecer como satánicamente doblegado por la irresistible apetencia de la mujer de mi hermano. Todo eso está encuadrado dentro de las reglas del juego de la adolescencia.

Si inventaba la ternura por aquella delgada mocita que se llamaba Flor, nada extraño que me supusiera héroe de cierto amor menos inocente, con fondo bíblico de Herodes y Salomé, de David y Bethsabé, de Jesús y la pecadora María de Magdala y que tomase como motivo de esas imaginaciones la figura extranjera de la cuñada Marta.

Acaso sea cierto que llegase a dar por verdad que entre Marta y yo se había establecido cierta correspondencia de deseos y que me empeñara en considerar como real el hecho de que Marta quisiese encontrar en mí eso que se ha dado en llamar el atractivo del adolescente.

Concedo que he podido inventar confidencias sobre ese tema y decirlas a Juan Ruiz o a cualquier otro compañero de entonces.

El cuaderno —quiero dejar constancia de ello— da por sentado que los deseos de adulterio y de incesto existieron. Tales son los problemas que plantean todas las «memorias», todos los «diarios», todas las supuestas «confesiones». No es lo mismo decir que un muchacho pretendía engalanarse con una relación escabrosa, que afirmar o insinuar que esa relación fue cierta. Bien sabía Juan Ruiz, como lo sabe cualquiera, que un muchacho se enreda frecuentemente en sus propios sueños y llega hasta llevarlos al terreno de la realidad a través de una serie de subterfugios más o menos inocentes, entre los cuales tiene considerable importancia la masturbación.

Puedo asegurar —jurar, si es necesario— que (fueren cuales fueren mis sentimientos con relación a Marta y existiese o no en la señora de mi hermano cierta morbosa tendencia a considerar su desgarbado cuñado adolescente como posible objeto erótico) si se hubiese iniciado la más pequeña posibilidad de una escena de seducción, ésta hubiera tenido los mismos resultados que el bíblico encuentro entre José y la mujer de Putifar.

Y no es que yo considerase horrible la idea del comercio sexual, sino que no concebía que pudiera realizarse fuera de una atmósfera de vicio, fuera de su sitio: el barrio del escándalo. Nunca con una mujer que cose o borda, frente a la cual me sentaba a la mesa familiar y a la cual escuchaba parlotear tonterías en un idioma extraño.

La iniciación tenía que llegar, como llegó, a través de una prostituta, sin la menor relación sentimental. En tal sentido visité, en compañía de Juan Ruiz aquella casa donde unas mujeres (extranjeras como Marta) pretendieron instruir nuestros organismos en el combate erótico.

Cuando salimos, Juan estaba en el límite de las lágrimas, de la vergüenza, de la repugnancia. Dijo: «¡mi hermano!, ¡qué porquería!», mientras yo sonreía con desdén de hombre aclimatado a los ambientes de la corrupción y de la inmoralidad.

Al escribir estas líneas, al recordar la enteca figurilla de Juan llorón, bajo la luz del farol, pienso que acaso era el compañero Ruiz quien estaba enamorado de Marta mi cuñada y quien, precisamente por causa de ese delicado amor adolescente, sintió como insulto la desvergüenza de una mujer que se parecía a Marta, por la errada manera de hablar el español. Sé qué digo cuando asiento que para mí, no significó choque moral alguno el «acto del burdel». Juan lo comprendió así y así consta en el cuaderno, pero en cambio, da por cierto el mentiroso deseo adúltero entre cuñados.

Otro grave caso de mentira a medias incluido en el cuaderno lo constituyen las páginas relativas al niño Narciso Espejo y sus imaginaciones religiosas. Al leer las páginas redactadas por Juan Ruiz, se podría suponer que yo vivía una especie de sueño beatífico permanente, envuelto en las brillantes nubes de un mundo ingrávido y metálico que, en su movimiento ascendente hacia la brasa de Dios, ocultaba la realidad.

Cierto es que yo era —y continúo siéndolo— soñador en exceso; pero, por soñador —por consciente de esa actividad de mi espíritu—, capaz de saber en todo momento que estaba interviniendo en un juego —el juego del sueño— cuyas reglas habían sido inventadas por mí mismo para hacer que el juego sea considerado como tal. De no cumplir con esas reglas —de creer que el juego puede llegar a borrar la realidad o a confundirse con ella— se traspasaría los límites después de los cuales comienza la locura. Si Juan Ruiz me consideró loco alguna vez, a mí me es imposible compartir su opinión. Jugué al sueño místico con el más exacto espíritu deportivo. Así lo comprendió José Vargas cuando le hablé de mis costumbres infantiles de soñador y me respondió: «Un juego demasiado bonito para que un niño lo estropee... y se estropee».

Otro punto.

Juan se refiere frecuentemente en su cuaderno —en el cuaderno apócrifo de Narciso Espejo— al «acto de la medalla». Anuncia una y otra vez la realización de ese «acto»; lo presenta como importante suceso y grave acontecimiento; lo hace eje de una cadena de adolescencia

y, cuando se pone frente a él, cuando decide llevarlo a las páginas del cuaderno, su indiferencia es manifiesta. Yo diría que lo describe con acritud, hasta con rencor. Algo le produce malestar en la evocación del gesto por el cual un adolescente ofrendó a los genios creadores de la patria el redondo símbolo metálico de una medalla. Para Juan Ruiz los sentimientos de aquel adolescente son ridículos y pretende hacerlos pasar dentro de su simpatía como sentimental debilidad. Es lamentable que Juan no entendiera aquel grave y solemne acto por el cual Narciso Espejo —dejémosle ese nombre— se colocó dentro de su pueblo y arrojó a la tierra —en una pequeña rueda de metal— todo el universo religioso que él sentía como una atadura. Fue un acto de libertad.

Ese cuento de la medalla me pertenece en su totalidad; por tenerlo mío, exclusivamente, nunca quise escribir sobre él. Soy ajeno a todo ejercicio literario cuya materia corresponda a mis experiencias íntimas. Juan Ruiz lo comprendió, aunque de errada manera, al ocultarme tras el personaje de Narciso Espejo. Se equivocó una vez más al hacer demasiado notoria su intención de ocultamiento. No era tonto Juan. Lo que logró al fin fue ocultarse a sí mismo. Sólo un exceso de honradez le impidió llevar a término su plan.

Vuelvo a lo del relato de la medalla.

Creo que hay sitios del organismo que no están hechos para ser tocados. En mi sentir, los cirujanos ejercen actos contrarios a la construcción del cuerpo humano y al ordenamiento natural del universo cuando ponen sus manos sobre las vísceras. Nada puede suponerse menos humano que una operación cesárea, la que fabrica una puerta para traer a la vida un niño a quien el cuerpo de su madre había negado ya la posibilidad de existir. Llego a aceptar la amigdalotomía (como acepto el coito) en el sentido de exploración de órgano más o menos superficiales y cercanos a la piel; pero me es imposible concebir que el hígado, los pulmones, el útero, puedan ser manipulados.

Igual pienso de ciertos actos exclusivamente personales, realizados en la más absoluta soledad, sólo valorables por el apasionado testimonio de quien fue, en relación a ellos, actor, autor y espectador, al mismo tiempo. Son hechos —así los clasificaría— cerrados sobre sí mismos, resueltos en su propio límite y cargados de tan explosiva fuerza que referirse a ellos fuera de su ambiente, de su sitio, de su instante, de su agente creador, los rompe y destroza en detalles minúsculos e insignificantes.

Tal el cuento de la medalla. Si yo no he querido describirlo nunca, nadie tenía derecho a hacerlo. Al meterlo en las páginas del cuaderno, Juan cometió un abuso de confianza y desvirtuó la fuerza de un acontecimiento que para mí era esencial.

Otro ejemplo de falsedad notoria es el pequeño relato titulado por Juan el «acto de la hostia».

No podría negarlo en su totalidad. Supongo que insinué alguna vez la posibilidad de realizar ese gesto de sacrílego candor; pero bien sabía Juan (conforme lo hace constar en el cuaderno) que en aquel tiempo yo pretendía asombrarlo, en justa represalia de la admiración que él me había producido con su altivez ante las autoridades del seminario.

Jamás llegué a realizar el «acto de la hostia», entre otras razones, porque no era ya lo bastante creyente para apreciar el valor pecaminoso de un acto cuya importancia sólo puede residir en la voluntad de atacar una profunda creencia.

Puesto que no había fe, el acto era inútil. Hubiera solicitado Juan mi opinión mientras redactaba su cuaderno y ese capítulo no estaría escrito. (Ni ningún otro, si voy a ser sincero).

Otro suceso que merece ser llevado a sus límites exactos es el de la «falsa confesión». En el cuaderno se le da larga extensión, como si fuese un hecho sobre el cual hay que insistir, un acontecimiento que no puede pasar desapercibido. Comprendo que significó algo más que una travesura. Fue una pequeña rebelión contra la cariñosa influencia que sobre mí tenía el padre Iturriaga.

Para analizar las consecuencias y los orígenes del incidente hay que fijar ciertos puntos. No es cierto, por ejemplo, que el padre Iturriaga me hiciera indicaciones sobre las obras de arte consideradas como ocasiones de pecado. Tal vez fue Juan Ruiz el que sufriera alguna reprimenda a propósito de algunas postales pornográficas que llevaba habitualmente en los bolsillos y miraba en el colegio cada vez que de ello tenía ocasión.

Si en circunstancia tan pequeña ha sabido mentir Juan, ¿qué podrá esperarse de más graves asuntos?

Voy a plantear exactamente el caso de la «falsa confesión». Fue cierto, pero para que yo actuase conforme lo hice hubo razones de gravedad poco común. El padre Iturriaga era el que me había enseñado a escudriñar la conciencia, a tomar en cuenta el consentimiento como condición necesaria para la existencia del pecado, el que había colocado a mi alcance ciertos instrumentos de lucha contra las tentaciones. Mi decisión de mentir al padre Iturriaga no pudo tener otros motivos que la voluntad de romper la confianza que en él tenía, por medio del engaño. O —quizás— la esperanza de que el padre Iturriaga me aconsejara y preparara mi defensa frente a ciertos pecados, que, aunque no cometidos, iban a aparecer en mi vida, sin duda alguna.

Yo no sé si el padre Iturriaga aceptó mi mentira; lo cierto es que, desde entonces, me negué toda posibilidad de relación sincera con él. Una rebelión, la travesura de la «falsa confesión».

En general, para todo lo que se refiere el cuaderno guardo desconfianza. Si no hubiese sido por las condiciones de entrega, por el hecho de aparecer como legado de un hombre en trance de morir —compañero cuyo recuerdo respeto, ser de dolor y de angustia que gritaba su dolor a través de las hostiles calles de su soledad— hubiera corregido y arreglado a mi gusto esas páginas a las que no puedo negar cierta mínima dosis de verdad.

He consultado con antiguos amigos —con Pérez Ponte, con José Vargas— si no tengo derecho a corregir las memorias y olvidos de Narciso Espejo.

Pérez Ponte estuvo de acuerdo en que podían ser cambiados esos recuerdos y añadió que le parecía conveniente que no apareciese alusión alguna a Lola Ortiz.

Vargas se mostró hostil a todo cambio. Dijo una vez más su frase que ordena respetar el misterio de cada quien, lo que, por consiguiente, implicaba respetar en especial el misterio del acto de Juan al cual estaba unido su muerte.

Yo argumenté que Juan había utilizado anotaciones, trabajos periodísticos, bocetos literarios de mi exclusiva propiedad y los había hecho formar parte de un trabajo falsamente biográfico y protegido por la sombra del disfraz de Narciso Espejo.

José Vargas se opuso serenamente:

—Juan te ha convertido en parte de su misterio. Dibujó un mapa de sus sueños y marcó en él los límites de tu provincia con excepcional cariño. Incluyó en su dibujo el sitio que le corresponde como si quisiera señalarse en la cercanía de tu amistad. Dejó una «explicación de Juan Ruiz» perfectamente clara al comienzo del «cuaderno de Narciso Espejo». Si hay errores graves, puedes hacer una aclaratoria como las que recibimos en el periódico todos los días.

—Aclaratoria al compañero muerto. Discusión con el difunto Juan Ruiz.

—Tu aclaratoria podía ser el capítulo que Juan deseaba escribir sobre «la lucha contra el espejo». Con él te saldrías del misterio como el payaso que rompe el parche del tambor en la fiesta del circo.

Así lo he hecho.

Esta es mi aclaratoria, la tacha del documento, la negación del reflejo.

Añadiré que, para dar ilación a este expediente formado por documentos contradictorios, José Vargas consintió en escribir los reportajes novelados sobre la nube amarilla que fue, acaso, causante de la muerte de Juan Ruiz. Además me señaló los términos de la conversación que tuvo con Juan, antes de que yo llegara al restaurant del vasco Aguirre. Juntos —Vargas, Pérez Ponte y yo— reconstruimos las historias de la pensión de doña Rosita.

Para terminar, insisto en afirmar que yo no soy Narciso Espejo. Me llamo Pedro Pérez —u otro nombre sin especial distinción— y soy un hombre —uno como tantos— que escucha sus propios pasos en el silencio de las calles nocturnas y piensa en la angustia del compañero desaparecido.